Patricia OM

# UNA CARROZA PARA BELEN

# Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
Epílogo
Otras obras de la autora

# Una carroza para Belén

Galo Cienfuegos 01

Patricia Om

Página web de la autora
www.patriciaom.com.ar

Copyright ©2021 Patricia Om
Todos los derechos reservados.

## AGRADECIMIENTO

A todos aquellos que leyeron esta novela cuando aún era un proyecto sin forma. Y a los que me alentaron a seguir adelante.

A mi hijo.

# 1

Hacía más de media hora que Fabián esperaba el tren. De todos modos, cuando comenzó a acercarse lo sorprendió el rugido; se había distraído observando a dos gorriones que picoteaban el césped, cerca de la columna en la que se hallaba recostado. El sol ya caía en forma oblicua sobre las tejas de la estación, pero el calor seguía tan intenso como al mediodía. Por eso se había colocado allí, porque el espacio abierto le provocaba la ilusión de que corría un poco más de aire.

Una breve excitación le aceleró los latidos cuando el convoy se detuvo; la buscó con la mirada, metió los pulgares bajo las tiras de su mochila y se abrió paso entre la gente.

Ahí estaba. Detrás de una ventanilla polvorienta, la reconoció. El inconfundible cabello, casi, casi rubio, se movía al compás de sus pasos y el vestido floreado jugueteaba entre sus piernas perfectas. De pronto, la chica se detuvo; sus ojos castaños recorrieron el andén en busca de alguien. Lo buscaba a él.

Fabián sonrió. Decidió disfrutarla un instante, de lejos; y la observó. Después se acercó despacio; a su alrededor, el mundo desaparecía. No había otra cosa que no fuera ella. Nada más le importaba. Carraspeó levemente cuando estuvo a su lado.

—Hola.

Ella se sobresaltó, regalándole una brillante sonrisa.

—¡Hola!

—¿Viajaste bien?

—Sí. Mucho calor, pero bien.

No supo si tomarla por la cintura o agarrarla de la mano. Optó por no tocarla. Todavía.

—¿Querés que vayamos a caminar un poco, antes de cenar? Es temprano.

Ella apretó los labios.

—No voy a poder quedarme mucho tiempo —susurró, con voz apenada—. Pero podemos ir a tomar un helado, o una gaseosa. Después me tengo que ir.

La decepción se le clavó en el pecho, como un puñal. ¿Cómo que se tenía que ir? ¡No era eso en lo que habían quedado!

—¡Creí que cenaríamos juntos! —rezongó, masticando su rabia.

—Sí, sí, lo sé; por eso te pido perdón, no quería cancelarte —mintió la muchacha—. Pasa que, a último momento, una amiga se enfermó y la mamá me pidió que la acompañase un rato, mientras va a trabajar. ¡No podía decirle que no! Pero podemos quedar para otro día, si querés.

¿Cómo no iba a querer? ¡Si estar con ella era lo único que le importaba! «Me está mintiendo, ¿por qué? ¿Se cree que soy tarado?».

Tuvo ganas de tomarla de un brazo, subirla a un taxi y llevársela lejos, a cualquier parte. Secuestrarla. Hacerle el amor hasta perder el sentido. No quería dejarla ir. No otra vez. Pero se estaba hartando de sus idas y vueltas.

Por esta vez, tendría paciencia. Solo un poco más de paciencia.

Caminaron unas cuadras y se ubicaron en una mesa sobre la vereda de un bar, cerca de la estación. Pidieron helado de vainilla y chocolate, y gaseosa de pomelo.

—¿Hablaste con la piba esa? —preguntó ella, con un involuntario desdén en el tono.

Él encogió los hombros.

—Sí; la dejé. Se lo expliqué y lo entendió.

—«¡Mentiroso!».

El atardecer caía como una flecha; en cualquier momento se haría de noche. Ella quería irse, necesitaba distancia.

*Estaba furioso consigo mismo por estar furioso con ella y no poder disfrutarla. No lograba controlarse. No quería tomar la pastilla. No con ella ahí, a su lado. No podía dejarse vencer.*

*Percibió que empezaba a transpirar, que se agitaba.*

Apuró el helado, y continuó mintiendo.

—Se está haciendo tarde, tengo que irme. Otro día nos vemos, ¿dale?

Fabián inspiró profundo y asintió, resignado. Estaba enojado. Minutos después, la acompañó de nuevo al andén.

Esperaron hablando de cualquier cosa para ablandar la tensión. Se miraron, se provocaron, rieron. Los gorriones ya se habían ido. La estación encerraba el bullicio de la gente que esperaba el tren; irían a divertirse, tal vez, a los pueblos vecinos, o a la Capital, y los más jóvenes regresarían de madrugada, medio borrachos, medio dormidos.

*El silbido de la locomotora se escuchó como un estruendo, y llegó en espiral, distorsionándolo todo. Rojo, rojo, rojo. Todo estaba rojo. Su corazón palpitaba, descontrolado, Belén se desdibujaba, violenta. El tren se acercaba como un monstruo de hierro, rugiente y furioso. Los nudillos blancos, la garganta seca. El tren se acercaba, Belén iba a irse. Belén iba a irse. El tren era rojo. Las vías bailaban. El cielo era rojo. Las piernas, los pies, se amontonaban al borde. Peligro. Era todo rojo. Belén iba a irse. Belén iba a irse. El andén era rojo. El tren era rojo.*

*Belén se había ido.*

* * *

Rosamund salió de la cocina como una ladrona, en puntas de pie. Llevaba los zapatos en la mano y el bolso colgando del hombro. La mayoría de las luces estaban apagadas, solo algunas esporádicas lámparas permanecían encendidas, más que nada como guía, por si alguien se levantaba al baño, o necesitaba un vaso de agua. O deseaba salir al jardín. O subir a la terraza a fumar un cigarrillo; no estaba permitido en las habitaciones.

Las galerías se encontraban desiertas. Miró su reloj de pulsera: la una. Esperaba que Elena ya estuviese dormida; sería desastroso que la viera, no solo le arruinaría esa noche sino muchas más, a futuro.

Elena solía dejar la puerta entreabierta, por lo que pasó frente a ella con sumo cuidado, conteniendo la respiración. Sonrió con alivio al escuchar sus suaves ronquidos. Estaba a salvo. Un momento. ¿En la habitación de Inés había luz? ¿Qué hacía, la vieja, despierta a esa hora? Imposible que estuviera leyendo, ¡si estaba más ciega que un topo! Tampoco tenía televisor. ¿Estaría espiándola? Bufó airadamente y siguió su camino. La noche anterior le había reprochado que saliera tanto. No la toleraría otra vez. Mejor se apuraba.

Llegó a la escalera y bajó a toda prisa, medio agachada, pegada a la pared, asegurándose de que nadie la viera.

Una vez fuera, el aire le pareció más limpio. Frescura de libertad, al fin. Cerró la puerta y se calzó velozmente. Cruzó la calle procurando no hacer ruido con los tacos sobre el asfalto. A los pocos pasos se volvió para observar la fachada del pequeño edificio y sonrió con algo de picardía para luego perderse en la noche, que la aguardaba, cargada de quién sabe cuántas emociones y de misteriosos secretos.

* * *

Elena abrió los ojos, asustada. Había escuchado algo. ¿O lo había soñado? Giró su voluminoso cuerpo sobre la cama, arrastrando las mantas, y se sentó. Un haz de luz, tranquila y difusa, se colaba por la hendija de la puerta. Bostezó. Tal vez alguien había ido a la cocina. ¿O había sido la puerta del patio? ¿La de la calle? No. No había sido un portazo. Tomó el despertador de la mesita de luz y se levantó. No quería encender el velador. Eran las cuatro y veinte. Se asomó y miró hacia ambos lados. Nadie. Solo silencio. Estiró el cuello para ver el final de la escalera. Nada.

Se acercó entonces, en puntas de pie, hasta el vano, para vigilar la parte de abajo. Nadie. Estuvo a punto de bajar para cerciorarse de que la puerta de calle estuviera cerrada; luego lo pensó mejor, seguro que lo estaba, nadie saldría a esa hora. Tampoco estaba previsto que alguien llegara. Se acercó a la ventana que daba al patio y miró a través. Las mismas luces de siempre, las mismas sombras.

Decidió que era mejor regresar a su cuarto o le costaría muchísimo trabajo volver a dormirse; pero algo llamó su atención: la luz de la pieza de Inés estaba encendida. Volvió a mirar el reloj con la idea de que, tal vez, se habría equivocado y no era, en realidad, tan tarde.

¡Santo Dios! ¡Casi las cuatro y media de la madrugada! ¿Se sentiría bien, esa mujer? Caminó hasta la habitación y pegó la oreja a la puerta. Silencio. Tal vez, la viejita se había dormido con la luz encendida; si la despertaba, luego no podría volver a dormirse. ¡Y quién la aguantaba, después! Inés no era mala, pero sí, cascarrabias. Los años le habían agriado el carácter. Rogó que no le sucediera lo mismo a ella; en realidad, dudaba poder llegar a la edad de Inesita. Un horrible temblor le recorrió la espina, y no era de frío. Le asustaba mucho la muerte.

Decidió ir a la cama y dejar de pensar tonterías; al día siguiente le diría a Inés que, en adelante, se asegurara de apagar la luz antes de dormirse o le aumentaría el alquiler.

Se rio de sí misma mientras dejaba el despertador sobre la mesa de noche; jamás le diría, a Inés, semejante cosa.

¿Qué habría sido eso, tan extraño, que había escuchado? No era el sonido del arrastre de muebles. A veces, sucedía que, a algún inquilino despistado, se le antojaba reacomodar el mobiliario sin darse cuenta de que no era momento de hacerlo, ya que el resto dormía. Pero no era el caso. Tampoco había sido el sonido de una puerta cerrada de golpe. Más bien, pensó, mientras se subía la sábana hasta el cuello, fue como si alguien tosiera muy fuerte, como cuando uno se ahoga con un trozo de comida. O, tal vez, alguien que vomitó. ¡Sí! ¡Seguramente eso había sido! Una especie de borboteo.

Al día siguiente se ocuparía de ver cuál de sus huéspedes se había sentido mal durante la noche. Le prepararía un té de manzanilla, o de boldo.

Ya más tranquila, inspiró profundo y en pocos minutos, había vuelto a dormirse.

# 2

La Inspectora Del Barco bajó de su auto y, con pasos rápidos como para escapar de la llovizna, se acercó al pequeño grupo de hombres que, linternas en mano, examinaban la escena. Cuando llegó hasta el cadáver, se detuvo, mirando con pena el cuerpo desnudo, tendido a sus pies.

—Van a pasar años y no voy a acostumbrarme a esto —dijo con resignación, sosteniendo un pañuelo sobre su rostro—. ¿Qué tenemos?

El forense levantó la vista y se quitó las gafas.

—¡Hola, inspectora! Ya ves; mujer entre quince y veinte años, la estrangularon. Lleva fallecida alrededor de veinticuatro horas. Después de la autopsia tendré un panorama más completo.

—¿Ataque sexual?

—Tal vez. —Levantó ligeramente los hombros—. Está casi desnuda; si hubo intención, no llegaron a hacerlo. No la violaron, aunque tiene varios hematomas ante mortem. Habrá que determinar si ya los tenía o se los infligieron durante el ataque. Deberíamos sacarla de acá lo antes posible.

Un muchacho de mono blanco sostenía un paraguas sobre la cabeza del médico.

—¿Está todo listo? —preguntó la inspectora; el forense afirmó —. Muy bien, entonces llévenla, nomás.

Suspiró; le daba pena esa niña frágil que yacía, expuesta y sola, bajo el escrutinio de un grupo de extraños. Pero no podía hacer nada por ella, más que encontrar a su asesino.

El equipo de Rastros y Huellas —compuesto por tres técnicos y un forense—, le generó cierta envidia. Los habían enviado desde San Jerónimo; Canalejas era un pueblo demasiado pequeño como para que alguien se ocupara de que tuviese su propia división homicidios. Miró a su oficial.

—Romero, recorra el área y levante lo que considere.

—Sí, señora.

—¿Se siente bien?

—No mucho, señora. —El muchacho estaba tan pálido como el barbijo que llevaba puesto.

—Bueno, ¡aléjese! Tome un poco de aire, una gaseosa o un dulce, y siga con su trabajo. ¡Ustedes! —gritó a los técnicos, que se habían reunido a conversar junto a la furgoneta—. ¿No ven que la llovizna se está llevando evidencia? ¡A trabajar! ¿O vinieron a charlar?

Los hombres le explicaron, con cierta condescendencia, que ya habían cumplimentado el registro. El que sostenía el paraguas, se

limitó a cerrarlo cuando el forense se levantó. Del Barco torció el gesto, en señal de disgusto.

—Te veo en la mañana, doctor —masculló—. Llévense el cuerpo. Nosotros seguiremos husmeando un rato más, a ver qué encontramos.

El médico asintió con aire cansado y se despidió.

La inspectora se quitó el pañuelo de la nariz, lo metió en el bolsillo y observó alrededor. A unos metros, el oficial Romero vomitaba apoyado en un árbol. Meneó la cabeza con una ligera y comprensiva sonrisa. Ella también había sido novata, alguna vez. Se metió un caramelo en la boca, sacó su linterna y comenzó a recorrer el escenario.

Las herramientas y objetos que se distinguían a simple vista, oxidándose entre el pasto crecido, le indicaron que, en alguna otra época, en el lugar se había apostado un taller o una fábrica. Se veían tuercas, tornillos, un trozo de martillo, un hacha. Casi en el centro del predio se erigía una especie de monolito, semi derruido; más allá, una calesita en ruinas. Daba pena verla. El vallado se reducía a unos cuantos postes maltrechos, colocados a cierta distancia uno del otro, con restos de alambre tejido colgando como harapos. Al piso le faltaban trozos de tablas y tablas enteras. Las figuras, que otrora subían y bajaban al compás de alguna melodía, arrancando las cándidas sonrisas infantiles, se hallaban, ahora, irreconocibles: caballos, conejos, cerditos; sin orejas, sin patas, sin ojos. Despojos de la plenitud de antaño. El techo, que alguna vez habría ostentado colores vivos y alegres, se había convertido en poco más que un colgajo de lona. El escenario se presentaba naturalmente macabro; la llovizna y las luces de las linternas no hacían más que acentuarlo.

Ana del Barco no pudo evitar recordarse a sí misma con cinco o seis años, montada, feliz, en la vieja calesita de Pompeya, frente a la Basílica. Y a Ciro sosteniéndola, riendo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquella otra vida?

Giró la linterna para abarcar un rango más amplio. El abandono era total.

«¿Qué estaría haciendo una chica tan joven en un sitio así? Caso contrario, ¿cómo llegó su cuerpo hasta acá?».

* * *

Los ojos de Rosamund se posaron en los del hombre que estaba a su lado, que la admiraba sin ningún disimulo. Ella lo disfrutaba, pero no lo mostraba, intentaba disimularlo. El placer de la conquista, el poder de la seducción, la embriagaba. Lo necesitaba.

—¡Sos hermosa! —dijo Mateo, contemplándola, embelesado—. ¿Quién te puso ese nombre tan raro?

Ella sonrió, con la copa en alto.

—¿Raro? ¿Qué tiene de raro mi nombre? Es extranjero, pero es uno más, como cualquier otro.

—¿Sos extranjera?

—Digamos que sí. Más bien, te diría que soy... un espécimen exótico. —Dibujó, con sus labios, un gracioso mohín—. ¿Vos, de dónde sos?

—De Rosario.

—Y ¿qué hacés en un pueblito como éste?

—Necesitaba trabajar y acá había un puesto libre.

Los ojos de uno se fijaron en los del otro, una sonrisa de complacencia flotó en el aire.

—¿A qué te dedicás?

—Soy enfermero, por ahora. Ya veremos si puedo convertirme en doctor, algún día.

La joven abrió los ojos, asombrada.

—¡Acá no hay facultad de medicina!

—Ya lo sé. Cuando adquiera algo más de experiencia, volveré a Rosario, o iré a Buenos Aires; veré si logro ingresar en la facultad. ¿Vos? ¿Trabajás acá, en este lugar?

—¡Ay, no! Acá me divierto un poco, ¡nada más! —Movió las manos con desdén— ¡Mirá si voy a trabajar en un... lugar como este! —Estuvo a punto de llamarlo «antro», pero se contuvo—. No, yo vivo con mi tía, la ayudo en su negocio. Y nos va bastante bien, te diré.

—¿Qué negocio tiene tu tía?

—¡Pero qué curioso sos!

—Es que quiero conocerte más, y más... y más... —Los dedos rozaron apenas sus mejillas suaves, en un vaivén que la electrizó.

—Ah, ¿sí? —deslizó, con voz aterciopelada, levantando, coqueta, el hombro desnudo—. Entonces invitame a bailar.

Mateo volvió a sonreír, la tomó de la mano y, al hacerlo, sintió el calor de su piel. La delicadeza de la muchacha, su belleza incitante, su voz suave, envolvente, su cuerpo delgadísimo, que la tornaba etérea. Un fuego interior comenzó a devorarlo.

Se pusieron de pie. La tomó por la cintura y ella se estremeció, aunque en su corazón palpitaba cierta inquietud. ¿Estaría bien lo que hacía? No lo conocía, en verdad. Era hermoso, alto, fuerte, viril, caballero... No podía ser malo.

Mateo la giró hacia sí y la abrazó con firmeza. Se movieron al compás de la música, su perfume salvaje la dominó por completo. Decidió dejarse llevar. Sólo por una vez. Apoyó la cabeza en su hombro y sus bellísimos ojos se fijaron en un punto indeterminado, tornándose vacuos. Fue sólo un segundo. El la apartó suavemente para besarla. Ella lo besó también, con los párpados entornados, casi al

borde de las lágrimas. «Ojalá seas mi príncipe azul, esta vez».

* * *

—¡Este chico me va a matar de un disgusto! —protestó Elena en voz baja, quitando la cafetera del fuego—. ¡Son las ocho de la mañana y todavía no fue a buscar el pan! ¿Qué está esperando?

Elsita, su ayudante, la miró con ojos risueños mientras ordenaba la vajilla sobre la mesa.

—Puedo ir a la panadería, si quiere —se ofreció con amabilidad.

—¡No! ¡Vos tenés que servir los desayunos y hacer las habitaciones! ¡Voy a ir a despertarlo! Le voy a tirar una jarra de agua fría en el medio de la cara a ese mocoso y...

—¡Buen día! —Un joven alto y delgado apareció por la puerta. Tenía el rostro aniñado y el cabello alborotado—. ¡Perdón, me quedé dormido! —exclamó, con cara de pena—. Ya mismo voy a buscar el pan... ¡No se me enoje, señora Elena! ¡Usted sabe que yo la adoro! —Le estampó un beso en la mejilla sin darle tiempo a seguir protestando, luego tomó la canasta y bajó corriendo a buscar la bicicleta que guardaba en el cuarto de la limpieza, debajo de la escalera.

Elena no alcanzó a reaccionar; para cuando pudo mover la boca, el chico ya se había ido. Levantó las cejas, en dirección a Elsita, que sonrió, divertida.

—¡Este Esteban! —se quejó, con las mejillas encendidas—. Andá al comedor, a ver si ya hay alguien que quiera desayunar, y prestá atención, tal vez alguno se sintió mal, anoche. Podemos hacerle algún té de..., ¡de algo!

La muchacha se quitó el delantalito y salió. La mujer entonces, se dispuso a cortar el pan del día anterior para las tostadas. Pese a sus protestas, quería mucho a sus dos únicos empleados. Elsita era dulce, servicial y trabajadora; Esteban, un poco atolondrado; muy introvertido unas veces y otras, insoportablemente hablador. Pero tenían un gran corazón y, lo cierto era que no sabría qué hacer sin ellos.

En el comedor, las mesas más solicitadas, eran las que se hallaban contra las ventanas; ambas estaban ocupadas. En una, el señor Rogelio leía un libro, levantó la cabeza al ver a la joven.

—¡Buenos días! —saludó ella, con cierta musicalidad.

—¡Buen día, señorita! —repuso él, sonriendo, encantado—. Le voy a pedir un café con leche y dos medialunas de manteca, por favor.

—De inmediato.

En otra mesa, el señor Cáceres se había adueñado del periódico

y lo había desplegado sobre el mantel. Como siempre, fingió no darse cuenta de que alguien había entrado. Elsita se detuvo a su lado, muy erguida.

—Café solo y un tostado de jamón y queso —enunció el hombre con sequedad, sin levantar la vista del periódico.

—De acuerdo.

Estaba saliendo, a toda prisa, cuando Marcos y Daniela Rivas, un matrimonio de mediana edad, que había llegado la semana anterior, entraron al comedorcito con cara de pocos amigos. Se sentaron en la mesa más alejada, junto a la puerta.

—¡Buen día!

—Hola —saludó Rivas—. ¿Nos traerías café por favor? ¿Y algunas tostadas con manteca y mermelada?

Su esposa, Daniela, ni la miró.

—En seguida —repuso la chica, y regresó a la cocina. Volvió a ponerse el delantalito rojo, mientras Elena sacaba las tostadas del horno y las volcaba en una fuente de loza—. ¿Ya volvió Esteban?

—No.

Anotó los pedidos en un papel y lo pinchó en una tabla de corcho, colgada para tal fin.

—Rogelio, Cáceres y los Rivas ya están en el comedor; nadie parece sentirse o haberse sentido mal —informó la joven, justo en el momento en que entraba Esteban con la canasta repleta de pan y facturas—. ¿Trajiste pan de sándwiches?

El chico sacó una bolsa de la canasta y la levantó, triunfante.

—¡Acá está!

—¿Inés no se levantó todavía? —inquirió Elena, con el ceño fruncido. Elsita negó con la cabeza. Esteban encogió los hombros, mientras mordía una medialuna—. ¡Qué raro! Siempre es la primera en levantarse, aunque anoche, creo que se quedó despierta hasta tarde. No me explico qué hacía... Tal vez se quedó dormida con la luz encendida. —Sacudió la mano, espantando sus pensamientos—. Bah, no sé. ¡Esteban! ¡Dejá de comer y sacá las bandejas, que hay que llevar todo esto!

El mucacho tragó de un bocado el resto de la medialuna y corrió a cumplir con el recado.

La mañana comenzó a transcurrir de la forma habitual. El desayuno se servía hasta las nueve y media, aunque fuera domingo; por lo que, para esa hora, los huéspedes ya estaban todos en el comedor. Elsita y Esteban se abocaron al resto de sus quehaceres: asear los cuartos, limpiar los baños, barrer patio y terraza, comprobar que los mecanismos y llaves funcionaran correctamente y que los desagües no estuvieran tapados.

Elena se había quedado un tanto intranquila, limpiando y acomodando la cocina. El hecho de que Inés no se hubiera levantado la tenía preocupada. Cuando finalizó sus tareas se quitó el delantal y fue a espiar el comedor: los inquilinos desayunaban en completa armonía, conversando entre ellos algunos, leyendo el periódico, otros. La única que faltaba era Inés. ¿Cómo era posible que no se hubiera levantado? Resopló quedamente y decidió acercarse a su habitación.

La puerta estaba cerrada, la luz apagada. Iba a golpear, pero se contuvo. No le gustaba molestar por gusto a sus inquilinos. ¿Y si aún dormía? ¡Se perdería el desayuno! ¡Ya no tenía edad para andar saltándose las comidas, así como así!

Tal vez el ruido que había escuchado en la madrugada había sido Inés, levantándose al baño. Los viejitos suelen hacerlo varias veces durante la noche. ¿Estaría bien? Meneó la cabeza, chasqueando la lengua. «Bah, seguro que sí, ¡tiene una salud de hierro!». Miró el reloj: las nueve y veinte. Consideró que, teniendo en cuenta lo bien que se había portado con ella y lo avanzado de su edad, bien se merecía, la pobre Inés, que, al menos en una ocasión, se le llevara el desayuno a la cama. Satisfecha con su decisión, regresó a la cocina, buscó una bandeja y sobre ella dispuso una taza de humeante café con leche con dos cucharaditas de azúcar, un plato con las dos medialunas más gorditas que encontró, y un vaso con zumo de naranjas. Sonrió para sí misma. ¡Qué alegría le daría a la más querida de todos sus huéspedes!

# 3

—Lamento hacerte trabajar un domingo —dijo el comisario Salcedo cuando vio entrar en su desaliñada oficina, a la inspectora Del Barco—, pero, para tu desgracia, sos la única investigadora que tengo. —Sonrió con intencionada malicia—. La occisa se llamaba Adriana Schiavone —informó—, dieciocho años. Desapareció en San Jerónimo, el viernes por la tarde. Su madre la buscó por la casa de todos sus conocidos y finalmente ayer, hizo la denuncia, en horas de la mañana. Acá tenés lo que hay. —Tiró sobre el escritorio una delgada carpeta naranja.

La inspectora se sentó frente a él.

—¿San Jerónimo? ¡Eso está como a sesenta kilómetros de acá!

—Exacto. Los primeros datos de la autopsia dicen que fue estrangulada con una cuerda de nylon, no muy gruesa. No fue violada, aunque la desnudaron, vaya a saber por qué. Le dieron un par de golpes justo antes de matarla. —El comisario se recostó en el desvencijado sillón y apoyó las piernas sobre el escritorio.

La inspectora se puso de pie, molesta con la arrogancia del comisario; agarró la carpeta.

—¿Qué hacía la chica en Canalejas?

—No tengo la más pálida idea —replicó tranquilamente, Salcedo—. Para eso te tengo a vos, para que investigues. Laboratorio nos debe algunos resultados y Rastros tiene que pasar un informe. ¿Necesitás algo más?

—No por ahora. Con esto me conformo. Me llevo a Romero; está un poco verde, pero le gusta la investigación. Creo que va a salir bueno.

El comisario asintió, entrecerrando los ojos. No lo convencía para nada Romero, pero si a Ana del Barco sí, no había más que hablar. Era su única inspectora y tenía que darle uno que otro gusto, de vez en cuando. Algún día cumpliría su sueño de dirigir una delegación de verdad, en la Capital, con muchos efectivos a su cargo. Entonces sería un hombre importante. No veía la hora de salir de ese pueblito de morondanga, donde el asesinato de esa chica era lo único que sucedía desde que había asumido el puesto.

Del Barco se detuvo frente al mostrador de la entrada. El oficial se hallaba en su escritorio, concentrado, rellenando unos formularios.

—Romero, ¿se siente mejor?

El joven levantó la cabeza, asombrándose al verla.

—Sí señora.

—Me alegro. Agarre sus cosas. Viene conmigo.

Le costó reaccionar. ¿Lo estaba eligiendo para acompañarla en la investigación? ¿A pesar de haberse descompuesto en la escena del crimen? Saltó de la silla, tomó su morral y, con inocultable satisfacción, la siguió, ante la atónita mirada de su compañero.

—Puede que la asesinaran en el mismo lugar en el que fue hallada —comentó la inspectora ni bien subieron al auto—. Lamentablemente, la llovizna y los pibes que juegan por ahí, habrán borrado muchas huellas. —Hizo una maniobra algo brusca con el volante y salieron del estacionamiento—. Cuénteme qué observó.

Romero se esforzó por recordar la mayor cantidad de detalles posible.

—En otro tiempo, el lugar debe haber sido una especie de garaje o un taller mecánico. Había tuercas, clavos, tachuelas..., un pilar de piedras o adoquines, una bomba de agua, de esas antiguas, toda oxidada. —Del Barco no recordaba la bomba de agua, igual asintió, satisfecha. Tal vez su compañero no tuviera buen estómago, pero era bueno observando—. Vi muchas huellas de pisadas —continuó Romero—. ¿Sabe quién encontró el cuerpo?

—Unos chicos que jugaban en la calesita que está a pocos metros. ¿La vio? A la calesita.

—¡Sí, sí! Un peligro que los chicos jueguen ahí. ¡Está demasiado sucia, y rota! Supongo que debe haber toda clase de bichos, desde arañas hasta ¡ratas! ¡Qué asco!

Sonrió sin sacar la vista del camino; Romero le caía cada vez mejor.

—A ver, fíjese qué dice la carpeta, lea esa autopsia —ordenó, intentando no sonar demasiado autoritaria. Era una de las críticas que, con más frecuencia, le hacía Gerardo.

—Estuvo atada por las muñecas y los tobillos, la golpearon cuando todavía estaba con vida. ¡Mire qué extraño! Su última comida fue sushi... No llegó a digerirlo según parece, o sea, lo comió justo antes de morir.

La inspectora frunció el entrecejo.

—¡Qué extravagante! —exclamó, pensativa. Su cerebro intentaba acomodar una pieza. ¿Sushi?

* * *

El estruendo con que la bandeja se estrelló contra el piso fue tan grande que los huéspedes saltaron de sus sillas.

Elsita, que ya había limpiado el zaguán, barría la vereda cuando lo escuchó. «¡Dios mío!», pensó, y subió corriendo.

Esteban acababa de repasar la azotea y se disponía a cambiar una lámpara del lavadero. «¿Qué fue eso?». Permaneció inmóvil

durante unos segundos, luego bajó a toda velocidad.

La chica fue la primera en llegar; Elena miraba con espanto la puerta abierta de la habitación de Inés. Tenía las manos apretadas contra los labios para no gritar; su cuerpo entero temblaba. La bandeja en la que había llevado el desayuno había rodado hasta debajo de un mueble, y la loza se había partido en mil pedazos. Elsita se asomó por detrás y, luego de componer una mueca de horror, soltó un grito.

Sobre la cama, cubierto de sangre, yacía el cuerpo de Inés completamente desnudo, con los brazos abiertos y los ojos fijos en algún punto del techo. La garganta, abierta de lado a lado, ya no goteaba; rastros de coágulos ennegrecidos pendían, como estalactitas, hacia el piso, en cuya superficie se había formado un charco viscoso y oscuro. Las paredes lucían chorretones desordenados y gotas oblicuas, en tonalidades confusas de rojo y bordó. El olor era penetrante y agudo, ferroso. Nauseabundo.

Los inquilinos se habían apiñado en la galería, sin atinar a hacer ni a decir nada.

—Inés está muerta —informó Elsita cerrando la puerta tras de sí—. Hay que llamar a la policía.

—¿Por qué a la policía? —preguntó, algo confundido, el señor Rogelio—. Llamemos a un médico..., la pobre estaba bastante mayor.

—Sí...sí, también llamemos a un médico —coincidió ella—, Elena está bastante descompuesta, y la verdad es que yo también. Pero hay que llamar a la policía —insistió, mientras ayudaba a la casera a sentarse en la silla que Marcos Rivas había acercado—. Ustedes no vieron lo que vimos nosotras. Fue un asesinato, se los aseguro.

Horrorizados, se miraron entre sí. Elena sollozaba sin dejar de temblar.

—Pero... ¿Quién puede querer matar a una vieja de ochenta años? —preguntó el señor Míguez.

—¡No lo sé! —gritó la muchacha—. ¡Hay que llamar a la policía! ¡Esteban, movete!

El chico dio un respingo, como si acabara de darse cuenta de que estaba allí; había permanecido algo abstraído, apoyado en el pasamanos de la escalera.

—¿Yo los tengo que llamar? —cuestionó, entre molesto y asustado—. ¿Y qué les digo?

—Dejá —intervino Rogelio—. Yo llamo.

* * *

El comisario Salcedo dio orden de cerrar la habitación. El forense y su equipo estaban dentro, trabajando. En la galería, los huéspedes esperaban con impaciencia a que se les dijera algo, cualquier cosa que los tranquilizara; tenían demasiadas preguntas a las

que temer. ¿Había entrado alguien al hotel para matar a la señora Inés? O, más inquietante aún, ¿había un asesino entre ellos?

—En unos momentos, va a venir la inspectora Del Barco, que va a quedar a cargo de la investigación —comunicó el comisario—. Ella será quien dé la autorización a la ambulancia, para retirar el cuerpo cuando el equipo haya completado su trabajo. Y también les dirá cuándo, el hotel, puede volver a disponer de la habitación. Ahora, les pido por favor, que no se muevan de acá hasta que la inspectora lo permita. Yo me voy a retirar, si alguno de ustedes quiere decirme algo..., este es el momento. —Los huéspedes se miraron unos a otros, desconcertados. Ninguno dijo nada. Salcedo chocó sus palmas—. De acuerdo, entonces me retiro. El agente Zuviría se va a quedar de guardia. Buenas tardes.

Al llegar a la calle se encontró con su inspectora y el oficial Romero, que descendían del auto.

—¡Qué bien! ¡Qué rápido llegaron!

—Estábamos en camino a la escena de anoche —señaló Del Barco—. ¿Qué pasó?

—Una anciana de ochenta años. La encontraron muerta en su cama, esta mañana, cuando fueron a llevarle el desayuno. Asesinato. Spagna ya está trabajando. Dejé a Zuviría de guardia.

—¡Apenas estamos empezando con la chica Schiavone!

—Sí, lo sé mi querida, pero ya sabés que sos la única investigadora que tengo. Y como esto es otro asesinato, te toca. Yo voy a hablar con el comisario general Spaciutto, a ver qué me dice. Hagan lo que puedan. —Tras una ligera reverencia, subió a su vehículo y se alejó del lugar. Ella lo miró con fastidio.

—Espero que no muera nadie más, al menos por unos días —musitó, mientras subían por la escalera.

En el rellano, los recibió un grupo bastante particular. La inspectora supuso que serían los habitantes de la casa. Luego los observaría con mayor detenimiento.

—Que nadie salga ni entre —susurró al agente Zuviría.

—Descuide, inspectora.

Lo espeluznante del cuadro y el nauseabundo olor a sangre, por poco la descompone al entrar en la habitación. Colocó un pañuelo sobre su nariz y le pidió al forense un barbijo para su compañero, que ya estaba blanco como un papel.

El doctor Spagna se lo alcanzó, tras mirarla con ojos implorantes.

—¡Dormí solamente dos horas! —se quejó.

—Todos dormimos poco, doc. ¿Qué tenemos?

—¡Un desastre! Nunca vi algo como esto. ¡Es horrible! —

Suspiró—. En fin; mujer, ochenta años... No hay mucho para decir, por ahora. Le cortaron el cuello con una hoja fina. Un trabajo bastante..., chapucero te diría, no fue un corte limpio.

—¿Principiante?

—Podría ser. O le costó hacerlo. Tengo que llevarla para la autopsia.

Del Barco observó el cadáver; en su rostro se dibujaba una mueca horrible y grotesca; los ojos, vítreos, parecían implorar clemencia, y el cuerpo, delgado y enjuto, con la piel apergaminada, había sido humillado al exponerlo en su desnudez. Se sintió acongojada como nunca antes.

—¿Ya la fotografiaron?

—Sí.

—¿Se la puede tapar?

Spagna la cubrió, a desgano, con una sábana blanca.

—¿Hora aproximada de la muerte?

—Hace unas seis o siete horas...

—O sea que... —Miró su reloj de pulsera—, ¿entre las cuatro y las cinco de la mañana?

—Más o menos, sí.

—De acuerdo, llévesela, entonces. —Desvió la vista al suelo—. ¿Qué es todo este destrozo?

—Parece que una de las mujeres vino a traerle el desayuno y la encontró..., así.

Levantó una pierna para no pisar los restos de loza ni el charco rojo del piso. Repasó la habitación con la vista; a excepción del enchastre de sangre, nada parecía estar fuera de lugar. No había nada revuelto. Nadie había abierto el armario, ni los cajones de la cómoda, ni los de la mesa de luz.

—Romero, ¿está en condiciones?

El muchacho asintió, agradecido de llevar un barbijo que impidiera, a alguien, notar sus náuseas.

—Bien, mire un poco, a ver si le da la sensación de que falta algo o de que algo no coincide con el resto..., después búsqueme que vamos a hablar con los demás. ¿Qué es este lugar? ¿Una pensión? —preguntó, volviéndose al forense.

—Un hotelito, sí, más o menos como una pensión. Sirven las comidas, creo...

Del Barco repasó la habitación una vez más y salió. Las personas que había visto al subir, la esperaban ansiosas en la galería. Levantó un poco la voz para imponerse entre el murmullo.

—¿A quién pertenece esto?

Elena levantó tímidamente la mano. Se había sentado en una silla, contra la barandilla de la escalera y lloraba copiosamente.

—Es mío, señora —balbuceó.

Ana del Barco sintió algo de pena, la pobre mujer parecía realmente afligida. Era la mayor de cuantos estaban allí. «Tal vez sea parienta cercana de la muerta», pensó. Sacó una libretita y comenzó a anotar, sin dejar de observarlos.

Agachada junto a la casera, una joven con delantalito rojo y cabello prolijamente recogido en un rodete, intentaba consolarla. «¿Su hija tal vez?».

Junto a ellas, erguida y circunspecta, otra mujer, de unos veinticinco, rubia, bonita, cruzada de brazos, parecía estar esperando el colectivo. «Modelo, secretaria, vendedora…».

La última tendría cerca de cuarenta años, discretamente vestida y sin maquillaje, semejaba una maestra de escuela. El hombre a su lado era, probablemente, su marido, ya que llevaban similares sortijas y él la sujetaba por los hombros. Su aspecto era bastante anodino, no mal parecido y algo más joven que ella.

Otros dos hombres, llamativamente parecidos entre sí, se hallaban de pie sobre los primeros escalones, acodados en el pasamanos; sus caras eran rojizas y sus cabellos rubios rozaban el blanco, «rusos, alemanes..., entre cuarenta y cincuenta años. Probablemente hermanos».

—¿Falta algún ocupante?

Negaron con la cabeza, luego de mirarse entre ellos. Del Barco siguió observando.

Había dos que parecían perfectos caballeros. El mayor tendría unos sesenta o setenta años, bigote blanco y risueños ojos grises; con su traje de tweed y el pañuelo de seda en el cuello, parecía salido de la Gran Bretaña de principios de siglo. La inspectora frunció el entrecejo. «Caballero inglés», anotó.

El otro llevaba un traje un poco más actual, gris topo, de tela liviana. Andaría por los cincuenta. Semi calvo y con la piel tan brillante que parecía cubierta de aceite. «¿Pastor? ¿Vendedor?».

El último hombre, cercano a la cuarentena, tenía un aspecto sumamente atlético. Alto, ancho y bastante bronceado. Evidentemente cuidaba mucho su aspecto; todo en él parecía impecable. «Bon vivant. O… profesor de gimnasia».

Finalmente, hacia el fondo de la galería, un muchacho de unos veinte años, pelo castaño muy claro, alto y delgado, la observaba con ojos gatunos. «O trabaja acá o es hijo de alguno de ellos».

—Bueno —dijo, cerrando la libreta—, vamos a intentar terminar lo antes posible. Necesito un lugar tranquilo y privado para hacer las entrevistas; y que todos se queden por acá cerca, un rato más.

Elsita se acercó, solícita, para acompañarla al comedor.

—Acá puede trabajar tranquila —dijo al llegar—, si necesita algo, no dude en llamarme.

—Muchas gracias.

La joven se retiró. Ana apoyó el bolso en una silla y examinó el entorno: construcción antigua, pisos de madera lustrada, paredes blancas, dos acuarelas medianas. Mesas cuadradas, manteles rojos y blancos, un antiquísimo mueble con cristalería barata y dos banquetas altas, cerca de la entrada. Se asomó a una de las ventanas; se veía el parquecito de enfrente, la iglesia y algunos techos del barrio. Desde la contigua, se alcanzaba a distinguir una parte de la calle principal y, bastante más lejos, la ruta a San Jerónimo. «Si el asesino salió por acá, tuvo varias vías de escape».

Unos golpecitos la hicieron voltear, Romero se asomó por la puerta.

—Estoy listo —anunció.

—Bueno, entre. —Tenía mejor cara que cuando lo había dejado —. ¿Algo raro en la habitación de la occisa?

—Un alhajero vacío. Éste. —Levantó una bolsa plástica que contenía una caja rectangular de madera marrón oscura, con herrajes y cerradura dorados—. Estaba caído en el piso, abierto y vacío —agregó—. El resto estaba todo en su lugar.

Romero dibujó una sonrisa amplia. La inspectora lo miró con gravedad.

—Excelente Romero. Guarde eso en su morral. Debería haberlo mandado al laboratorio cuando se fue Spagna.

El muchacho se ruborizó.

—Pensé que usted querría verlo antes de interrogar a la gente.

—Está bien. Por ahora guárdelo. Siéntese, ¿Le pidió a la encargada la lista de habitantes?

El muchacho asintió.

—Bien, vamos a empezar a llamarlos. Preste atención, Romero, detalles, gestos, miradas, dudas. Todo cuenta. Preste atención y anote. Después vamos a sacar conclusiones.

# 4

El día había resultado agotador y aún no acababa. Ana salió de la ducha envuelta en un toallón y secó con otro su cabello renegrido y largo que, durante el día, llevaba con un tirante recogido en lo alto de la cabeza, como un penacho. La aliviaba poder soltarlo cuando llegaba a casa. Se dejó caer sobre la cama con los brazos en cruz. Estaba intranquila. San Jerónimo era el lugar de residencia de la chica Schiavone, por lo cual, no le quedaría más remedio que viajar hasta allá, en algún momento.

Esa ciudad era su punto débil, su talón de Aquiles. Allí estaba Gerardo. Allí estaba su culpa. No quería ir, pero no podría evitarlo. Cerró los ojos e intentó no pensar.

Tiró los toallones al piso y se vistió lentamente. Romero no tardaría en llegar. Traería pizza. Habían acordado que cenarían mientras analizaban las entrevistas y los informes; y planificarían el día siguiente. No podían perder un solo minuto. Un asesino rondaba Canalejas y debían atraparlo lo antes posible. Tal vez fueran dos, los criminales.

Había comprado gaseosas y tenía —vieja costumbre— una o dos botellas de cerveza en la heladera para después, para cuando pudiesen permitirles un recreo a las neuronas. Sin sobrepasarse, claro. No haría con Romero lo que había hecho con Gerardo.

Su compañero llegó a las ocho y media. Se acomodaron en el comedor, donde, además de la mesa principal, había un sillón de dos cuerpos y una mesita ratona.

—Bien —dijo Ana, cortando la pizza—. Tenemos dos crímenes, así que vamos a analizarlos de a uno. Primero, Adriana Schiavone.

Romero asintió.

—¿La puedo tutear? —preguntó, con algo de timidez.

Lo pensó un segundo, mientras mordía su porción. Que Romero quisiera tutearla, la halagó. Si bien aparentaba menos edad de la que tenía, era evidente que el muchacho era bastante más joven; que quisiera tratarla de igual a igual, estaba muy bien. Siempre y cuando, no se confundieran los roles. Como con Gerardo.

—Sí, me parece lo más cómodo —consintió con vaguedad, como si no le diera importancia—. Veamos, por acá están mis notas e informes. —Con la mano libre sacó una carpeta del bolso, la abrió sobre sus piernas y leyó algunos párrafos—: Adriana Schiavone, dieciocho años; el viernes a las siete de la tarde salió de su casa para encontrarse con una amiga y nadie volvió a verla. ¿Qué amiga? ¿Cuál es su nombre?

—Belén. La madre de Adriana no la conoce.

Ana levantó las cejas y siguió leyendo.

—La madre empezó a buscarla ese mismo viernes; visitó a sus amigas y amigos. Parece que tampoco cono..., ¿ninguno conoce a la tal Belén?

—Raro, ¿no? A mí también me llamó la atención.

—Sí, claro que es raro. A no ser que no exista. Puede que Adriana fuera a ver a alguien que a su mamá no le gustara y haya mentido.

—¿Algún chico?

—Es probable. ¿Qué adolescente no ha mentido alguna vez a sus padres para salirse con la suya? —Romero bajó la vista—. Aunque..., si fuera así, alguna amiga o amigo, tendría que estar enterado. Los chicos se cuentan esas cosas, ¿nadie dijo nada?

Romero negó con la cabeza.

—La madre comentó que Adriana gustaba de un chico —relató —, pero no eran novios. Me parece que, en algún lado, una de las chicas habla de él y de la tal Belén. Tiene que estar en las declaraciones que nos enviaron por fax, ahí en la carpeta; yo mismo las ordené.

La inspectora buscó entre los papeles sosteniendo la porción de pizza con los dientes.

—Acá. Sí, según una amiga, Adriana conoció a Belén en una visita a Canalejas y, cada tanto se visitaban. El chico que le gustaba se llama Fabián.

—O sea que la tal Belén es de acá —observó, pensativo, Romero.

—Así parece, mañana voy a pedir que la busquen. Belén podría ser la última persona que vio a Adriana con vida.

—O su asesina.

Del Barco frunció el ceño, estaba a punto de decir algo cuando sonó el teléfono. Se estiró hasta alcanzarlo y levantó el auricular.

—Del Barco.

—Hola, inspectora, soy el doctor Martínez, el ayudante del doctor Spagna. Me pidió que la llamara ni bien supiera algo más sobre los cadáveres.

—¡Ah, sí! ¡Gracias! ¿Y dónde está Spagna?

—Se fue a descansar. Ha estado prácticamente sin dormir las últimas veinticuatro horas.

—Ah, claro. —Revoleó los ojos—. Bueno, dígame, Martínez.

—La chiquita fue muerta el mismo viernes en que desapareció, a última hora, entre las once y las doce de la noche. Al parecer la mataron en la zona de la calesita; la lluvia borró muchas huellas, pero hay indicios de que estuvo allí. Luego arrastraron el cadáver hasta el

otro sector.

—Entiendo... —Intentó recordar si había visto huellas de arrastre. No. «¡Puta lluvia! ¡Putos inútiles técnicos!»

—En cuanto a la señora Farías, la del hotelito —siguió el doctor.

—La señora Inés.

—Exacto. Ella fue degollada con una hoja bastante fina pero tosca. Podría ser un cúter común, de esos que se compran en las librerías. No se requirió mucha fuerza, ya que era una mujer muy menuda y bastante mayor de edad. No era demasiado fuerte y, además, estaba acostada. La mataron en su cama, más o menos a las cuatro, cuatro y media de la madrugada. Schiavone requirió un poco más de fuerza. Pese a que fue maniatada por los pies y las manos, hace falta bastante fuerza para estrangular a alguien. Yo diría —y el doctor Spagna coincide— que probablemente la mató un hombre, mientras que, a la viejita, pudo haber sido lo mismo un hombre que una mujer.

—Entiendo... ¿Me confirma que Adriana Schiavone comió sushi antes de morir?

—Así es, y le diría que lo comió inmediatamente antes de morir.

—¿Y la señora Farías?

—Ya había hecho la digestión. Caldo de verduras y pollo con papas.

Ana hizo una mueca de asco.

—De acuerdo. ¿Algún otro detalle que me pueda servir?

—Déjeme pensar..., no, creo que ya le he dicho... ¡Ah, sí! Estoy seguro que ambos asesinos son diestros, la manera en que fue infligida la fuerza para estrangular a Adriana Schiavone y la trayectoria de los cortes de Inés Farías indican exactamente eso. Que las mataron personas diestras. Encontramos varias huellas en el cuarto de la muerta, de ella y de gente que vive allí, que, por h o por b han entrado en la habitación.

—Gracias, doctor.

La inspectora puso al corriente de lo conversado a su compañero. Éste la miró, pensativo.

—Adriana le dijo a su mamá que se iba a encontrar con Belén, ¿adónde? —inquirió.

Ana miró las notas.

—No dijo adónde.

—Es todo muy raro —musitó el oficial—. Una vive en San Jerónimo y la otra en Canalejas. Podrían haberse encontrado en cualquiera de los dos puntos. ¿Cómo es que la que vive en San Jerónimo termina muerta en Canalejas?

—Y ¿cómo es que la vive en Canalejas es una desconocida, no solo para el entorno de Adriana, sino para todos? No se encontró a alguien que la conozca. Me pregunto sirealmente existe esa chica.

Romero asintió, con la boca llena.

—Es cierto —coincidió, luego de tragar—, por ahora no podemos comprobarlo De todos modos, Adriana, que no tiene auto, viajó hasta acá; hay que determinar por qué medios vino. ¿Tren, micro? ¿La trajo alguien?

—Ya hay agentes en las terminales y las estaciones.

—A lo que iba —prosiguió el oficial—, es que el cuerpo de Adriana fue encontrado lejos, tanto de la estación de tren como de la de ómnibus. O sea..., no sé. —Se limpió las manos con una servilleta de papel y desplegó los brazos sobre el respaldo del sillón.

—Cerca de la ruta a San Jerónimo —pensó ella, en voz alta—. La calesita está cerca de la ruta. —Se quedó pensando, intentando recordar algo que, sabía, se hallaba escondido en algún lugar de su cabeza.

—Podría haberla traído alguien en auto —agregó Romero—. ¿Y el sushi?

—El sushi... —repitió Ana; eso también estaba en alguna parte de su cerebro—. Mañana voy a hacer que averigüen dónde lo venden por esta zona, yo no conozco ningún lugar, ¿vos?

Romero negó. Ella tomó su anotador, buscó una hoja en blanco y realizó unos rápidos garabatos; eran sus recordatorios para el día siguiente.

—Los chicos que encontraron el cuerpo ya están descartados. Pertenecen a un club de fútbol y, el fin de semana, estuvieron en la Capital, junto con otros diez pibes y el cuerpo técnico. Habían regresado ese mismo sábado, a la tarde. ¿Llegaste a ver huellas de arrastre entre la calesita y el terreno donde se encontró el cuerpo?

—No. Estaba todo bastante pisoteado. Lloviznaba, había mucho barro.

—Sí, es verdad. Escuchame, Romero, mañana vas a llamar a San Jerónimo para que busquen al chico ese, Fabián; que lo entrevisten, porque acá no hay nada sobre él. Y que averigüen dónde venden sushi. —El muchacho afirmó. Ana prosiguió sin mirarlo a la cara, temía evidenciar su incomodidad ante la sola idea de verse obligada a visitar San Jerónimo—. Pasemos a la viejita del hotel. Te escucho.

—Inés Farías tenía ochenta años recién cumplidos. Jubilada. Nadie conoce mucho de su vida. Vivía en el hotelito desde que éste abrió, diez años atrás. Era una mujer de pocas pulgas, gruñona y con poca paciencia.

» Elena Lombardo es la dueña del lugar. Compró la propiedad y

abrió el hotel después de que murió su marido, con un dinero que le pagaron del seguro, o algo así. Se la quiere mucho, es muy comprensiva, buena persona, bla, bla, bla. Se consideraba amiga de la difunta. —Tomó aire y siguió—: Los dos únicos empleados que tiene son Elsa Morales y Esteban Casenave, veintidós y veintitrés años respectivamente. La chica vive con sus padres y dos hermanos, acá, en Canalejas. Ya está chequeado el domicilio; estaba en su casa cuando sucedió. Los inquilinos le tienen mucho cariño. El muchacho vive en el hotelito. Es huérfano, no tiene familia ni antecedentes penales. Quienes lo conocen, afirman que es muy buen chico.

» De los huéspedes, ninguno tiene antecedentes. Sólo dos de ellos viven en el hotel: uno es Armando Rogelio, un hombre con bastante dinero, tenía una fábrica de muebles que vendió cuando murió su hijo, junto con el resto de sus pertenencias. Fue a vivir al hotelito hace tres años.

«El caballero inglés», pensó Ana.

—El otro es Lorenzo Cáceres —continuó Romero—, vendedor de seguros. No tiene familia y viaja bastante por los pueblos aledaños. El resto son pasajeros que vinieron de vacaciones. Una maestra jardinera, Carolina Hortiguera, que llegó la semana pasada. Los Rivas, un matrimonio, a un paso del divorcio, que también llegó la semana anterior, y Juan Manuel Míguez que llegó el viernes. Es instructor de paracaidismo. Todos estaban durmiendo —siguió informando el oficial —. Nadie oyó nada. Excepto la señora Elena, que dijo haber oído un ruido a eso de las cuatro y veinte, y que la luz de la habitación de Inés estaba encendida. Ninguno parece tener motivos para querer ver muerta a la vieja.

—En apariencia —observó Ana—. Pero alguien la mató, ¿no?

—Sí. Rastros revisó todo. No había una sola ventana ni una sola puerta forzada.

—Exacto. Por eso pienso que tiene que haber sido alguno de ellos. Aunque me parecieron bastante confiables, la verdad. —Encogió los hombros—. La puerta de Inés tampoco estaba forzada. O sea, que le abrió al asesino, o asesina, ya que, de acuerdo al forense, pudo haber sido tanto un hombre como una mujer. ¿Nada del alhajero?

—Nada todavía.

—¿Cerveza?

* * *

La despertó un golpeteo suave, que no pudo determinar de dónde provenía. Levantó los párpados con pesadez. Demasiada luz; mucha más de la que usualmente había en el cuarto, a esa hora. Cerró con fuerza los ojos, intentando encontrarse. ¿Había soñado algo? No lo recordaba. Se había dormido profundamente. Se había retirado

temprano, ni bien terminó de cenar. La salida de la noche anterior la había dejado tan excitada que casi no había logrado dormir y, durante el día, le había costado mantenerse en pie hasta el final. Cerró con fuerza los ojos, intentando encontrarse. Sí, se había acostado temprano y se había dormido rapidísimo. Ni siquiera había tapado el espejo. Odiaba ver su reflejo al levantarse. Cerró con fuerza los ojos. Allí estaba. Y entonces los abrió, bien abiertos.

Se sentó en la cama, recordó que se había cortado la luz durante la noche y que el ventilador se había detenido. Entonces había abierto la ventana. Evidentemente, se le había olvidado cerrarla. ¡Qué horror! Se levantó de un salto, descalza.

Un pájaro con un penacho rojo estaba posado en el alféizar y, con el pico, lo golpeaba. Sonrió al verlo, quiso acercarse, pero el animalito se asustó y salió volando.

Se asomó a la ventana, temerosa. Necesitaba asegurarse de que nadie anduviera merodeando por allí. No le gustaba que la espiaran. Cerró las hojas de la persiana y volvió a recostarse, aliviada de sentir el aire del ventilador que, en algún momento, había vuelto a funcionar. Estiró la mano y agarró el reloj de su mesita de noche: las cinco y media. ¡Qué temprano había despertado! ¡Mateo...! ¡Cuánto bien le había hecho su compañía! ¿Resistiría él? ¿La habría esperado anoche? No había podido ir; con todo el lío de la muerte de Inés... ¡Qué ganas había tenido de ir al Mantra, para verlo! Para sentir su piel, para besarlo otra vez. No le habría importado estar cansada. Pero todo se había vuelto patas arriba y no había podido. Vida de mierda. ¡Maldito pajarraco! ¡Maldito corte de luz, que la había hecho abrir la ventana! ¡Maldita vieja, que se había dejado matar! ¡Por su culpa no podía salir, con toda la policía hurgando por ahí, metiéndose en todo! ¡Malditos!

Rosamund hundió la cara en la almohada y lloró hasta que volvió a quedarse dormida.

# 5

Elsita acomodaba las rodajas de pan en una placa de horno. Miró a Elena por el rabillo.

—¿Cuándo vamos a preparar el funeral de Inés?

La casera colocó dos cafeteras sobre las hornallas.

—Cuando la policía nos entregue el cuerpo. Si es que lo hacen. Ninguno de nosotros es familiar directo.

—Pero somos la única familia que tenía ¿no?

—Sí, ¡pobrecita! Espero que nos lo den igual. ¡Ya veremos cómo nos arreglamos para despedirla como Dios manda!

Esteban entró en ese momento, con la canasta del pan. Saludó desganadamente y la apoyó sobre la mesa. Se veía apesadumbrado.

—¿Estás bien? —preguntó Elena.

—Más o menos, en la panadería me hicieron un montón de preguntas acerca de lo de ayer.

—¿Y qué les dijiste?

—Nada. Que la mataron, que no se sabe quién fue, que la policía se la llevó.... ¡Después me cansé y los mandé a la mierda!

—¡Esteban! —se horrorizó la casera—. Bueno, la verdad, no te culpo ¡Qué metida es la gente! Vení, sentate y desayuná. —Le sirvió una taza de café y palmeó con cariño, su brazo.

Elsita los miró por sobre el hombro sin dejar de trabajar; sacó la bandeja con el pan y, en su torpeza, la chocó contra la puerta del horno, haciendo un exagerado ruido a latón.

—¡Elsita! ¿Qué te pasa hoy? —protestó Elena, molesta.

—¿Te quemaste? —quiso saber Esteban.

—¡No, no! Estoy algo torpe hoy, lo de Inés me pone muy mal. A mí también me hicieron muchas preguntas en casa. Mi mamá no quiere que venga más hasta que agarren al asesino.

—¡Pero qué ridiculez! —exclamó Elena mientras cerraba las hornallas y se disponía a llenar las tazas—. Decile a tu mamá que nadie va a entrar acá. Y que la gente que se hospeda... ¡Ninguno es un asesino!

Esteban vaciló. Le alargó su taza para que le sirviera más café.

—¿Está segura, doña Elena?

—Sí. ¡Estoy muy segura!

* * *

Ana llegó a la comisaría algo más temprano de lo acostumbrado, se quitó los anteojos de sol y se sirvió un café.

—Inspectora, el comisario la está esperando en su oficina.

La voz correspondía a una bonita y joven agente, a quien nunca había visto antes. Una sombra cruzó su mirada. Le recordó a aquella otra agente, cuya muerte la llenaba de culpa. Le agradeció con una sonrisa y la muchacha se retiró. Resopló, para ahuyentar sus fantasmas. Aunque no estaba de ánimo, no le quedó más remedio que acercarse hasta la oficina de su superior. Y al abrir la puerta, el corazón le dio un vuelco.

El comisario estaba de pie, con las manos en la espalda, serio. Demasiado serio. Frente a su escritorio, los dos hombres de caras rojizas que recordaba haber visto en el hotelito, estaban sentados y la observaban, hoscos y despectivos.

—Buenos días —saludó, previendo el sermón. Intentó adelantarse con alguna excusa. No lo logró.

—Buenos días —respondieron los tres.

—Inspectora Del Barco —dijo Salcedo, caminando de un lado al otro, con las manos detrás de la espalda, haciendo sonar los tacos de sus botas. Del Barco alcanzó a ver sus nudillos, blancos y apretados—. Estos dos señores se hospedan en el hotel en el que, anteanoche, murió la señora Inés. ¿Lo recuerda? —Había un matiz dolorosamente irónico en su voz.

—Por supuesto —replicó, apoyando la taza sobre el escritorio.

—Bien —prosiguió el comisario—, ellos son Iker y Bren Scull, alemanes de nacimiento; viven en nuestro país desde el setenta y cuatro. Ninguno tiene antecedentes penales y trabajan en el puerto de Canalejas desde hace quince años. —Ana respiró dificultosamente. ¡No los había entrevistado! ¡Los había olvidado por completo! Agradeció que Facundo Romero no hubiese llegado todavía porque lo estaría estrangulando en aquel mismo instante, aunque quizá, fuera ella más culpable que él. Por escalafón—. Le cuento todo esto —continuó, lenta y rabiosamente, Salcedo— porque ni usted ni su compañero, a quien usted misma escogió, los entrevistaron en el día de ayer. ¡Simplemente, los omitieron! Puedo preguntarle, inspectora Del Barco, ¿por qué? ¿Por qué no entrevistaron a estos dos señores?

—No tengo explicación señor. Asumo la responsabilidad y le pido disculpas.

Salcedo la fulminó con la mirada.

—¿Su compañero? ¿Dónde está?

—Llegará en cualquier momento señor.

—Bien. —El comisario se dirigió a los hermanos alemanes—. Les agradezco infinitamente que se hayan acercado; por ahora, es todo. Muchas gracias.

Los dos hombres se levantaron pesadamente y salieron de la oficina, mirando con desagrado a la inspectora que, lejos de amilanarse, levantó la barbilla y sostuvo sus ojos en ellos. No le

gustaban esos tipos. Salcedo cerró la puerta.

—¡¿Disculpas?! —bramó, casi en secreto, para que los de afuera no escuchasen—. ¿Me pedís disculpas? ¿Vos sabés lo que significa esto?

—¡Sí, sí, lo sé! ¡Una cagada que no me explico! Cuando llegamos, los vi, después fuimos a un comedor a entrevistarlos, íbamos haciéndolos pasar de a uno… Un momento... ¡No estaban ahí...!

—¡¿Cómo que no estaban?!

—No, no estaban. Cuando llegamos, sí, los vi entre los otros, después fui a la habitación donde estaba el cuerpo, Romero también entró..., cerramos la puerta, hablamos con Spagna y cuando salimos..., sí, estaban en la escalera; recuerdo que noté el parecido y deduje que serían hermanos, después fui al comedorcito a esperar a Romero, que se había quedado revisando la escena..., después él se acercó adonde estaba yo y empezamos las entrevistas. ¡Ahí ya no estaban! —Enfatizó con el índice, como si apretara un botón en el aire—. Y sí, es verdad que se me pasó. ¡Les había pedido a «todos» que no se fueran, asumí que estarían «todos» allí! ¿Qué le dijeron?

Salcedo se ubicó en su rotoso sillón marrón, con marcado disgusto.

—Que nadie los entrevistó ayer. Que estaban, y que nadie los llamó. Les pregunté por qué no dijeron algo cuando vieron que ustedes se estaban yendo; alegaron que no se dieron cuenta, que habían ido a la cocina a tomar un café y que no se dieron cuenta de que se habían ido. Según ellos, nadie los buscó.

Ana tomó asiento.

—¿Le contaron qué hicieron la noche del crimen?

—Fueron a un barsucho, de esos que están en la playa. Acá están los datos. —Tiró un papelito celeste sobre el escritorio y luego levantó sus piernas—. Regresaron recién el domingo, a eso de las ocho de la mañana. No vieron nada raro.

—Ellos son raros.

Salcedo chasqueó la lengua.

—Andá a hablar con Romero. Encuentren una buena justificación o se comen, los dos, una suspensión.

* * *

Cáceres se acercó tímidamente a la mesa en donde el señor Rogelio leía su libro.

—¿Puedo sentarme con usted?

Rogelio levantó la vista, sorprendido; Cáceres nunca antes le había dirigido más de dos o tres palabras y siempre dentro del marco de la obligatoriedad que impone la buena convivencia.

—¡Por supuesto! —respondió, cerrando el libro. Puesto que

había muchas mesas vacías, asumió que su vecino solo necesitaba conversar un poco.

—¿Qué me cuenta usted del…? incidente —preguntó, en tono confidencial.

—¡Terrible! —contestó aquél de igual forma. —¡Pienso que tiene que haber entrado alguien! ¡No creo que alguno de los huéspedes sea un asesino!

En ese mismo instante, los Rivas hicieron su entrada. Como nunca, saludaron con amabilidad, ubicándose en la mesa de al lado.

—¿Pudieron dormir? —preguntó Marcos Rivas—. Nosotros apenas.

Su mujer asintió, con gesto compungido.

—Me costó un poco más de lo habitual, pero sí, dormí —señaló Rogelio.

—Yo, muy poco —apuntó Cáceres—, me pareció escuchar ruidos toda la noche, me levanté varias veces a pegar la oreja en la puerta.

—La chica Hortiguera quiso irse —señaló Daniela Rivas, con secretismo—, el policía de la puerta se lo prohibió. Ella insistió, pero el tipo le dijo que, si no entraba y se quedaba quietita en su cuarto, la detendría.

—¡Pero no pueden hacer eso! —protestó Rogelio—. ¡No estamos incomunicados!

—Sí, pueden —aseguró Cáceres, muy circunspecto—, si comprueban que mintió en su declaración, o que algo de lo que dijo, no coincide con los hechos..., o algo así.

—Y ahora ¿dónde está?

—En su cuarto, supongo. Me parece que Míguez la está consolando.

Los cuatro se miraron y sonrieron con picardía.

¿Y los Scull? —preguntó Cáceres—. ¿No vinieron a desayunar?

—Deben haber ido a trabajar. No recuerdo haberlos visto ayer, en las entrevistas —señaló, algo dubitativo, Rogelio.

—¡Claro que estaban ayer! —aseguró Rivas—. ¡Nadie podía salir del hotel!

—Ahora que lo dice... —manifestó Daniela—, yo tampoco recuerdo haberlos visto...

—Ni yo —murmuró Cáceres.

* * *

Ana miró los nudillos de su compañero mientras éste hablaba por teléfono. Acababa de ponerlo al tanto de su reciente reunión con Salcedo y los Scull; en consecuencia, se hallaban abocados a la tarea de recolectar la mayor información posible acerca de los habitantes

del hotel. Romero hablaba con un perito de San Jerónimo.

Recostada en su sillón, con los brazos cruzados y el pie izquierdo sobre la rodilla derecha, la inspectora intentaba encontrar ciertos datos dentro de su cerebro. Mientras, no dejaba de observar con curiosidad los nudillos enrojecidos y lastimados de Facundo Romero.

Éste colgó el auricular e, instintivamente, cruzó los brazos, escondiendo las manos.

—Fabián Núñez —dijo—. Era el nombre del chico que le gustaba a Adriana. Lo atropelló un tren el sábado a la tardecita, en San Jerónimo. Todavía no se determinó si fue un accidente, si se tiró, o si lo empujaron.

—¡Dios mío! —exclamó Del Barco, poniéndose en pie—. A Adriana la mataron el viernes, ¿no?

—Sí, pero hay más. Agarrate fuerte: un amigo de Fabián contó que el pibe fue a la estación, a encontrarse con una chica llamada Belén.

La inspectora abrió enormes, los ojos. Luego llevó su mano a la boca, pensativa.

—No lo puedo entender. ¿Qué se nos escapa? Adriana salió de su casa a eso de las siete para encontrarse con la dichosa Belén, de la cual..., ¡no sabemos absolutamente nada! —Permaneció unos instantes pensando, luego levantó el mentón—. Fabián, fue a encontrarse con Belén y terminó bajo las ruedas de un tren —Miró a Romero—. ¿Dijo, el amigo, a qué hora quedaron en encontrarse?

—A eso de las seis o seis y media de la tarde, se despidió de él a las cinco y media. El accidente fue a las siete y cuarto.

—Entonces: Belén queda con Fabián en la estación de San Jerónimo. Se encuentran, ¿se encuentran? ¿Y si murió antes de encontrarse con ella? ¿Y Adriana? ¿Belén se encontró con Adriana? ¿Las dos vinieron a Canalejas? ¿Un triángulo amoroso? ¿Belén los mató a los dos?

—No lo sé —contestó Romero, meneando la cabeza—. Creemos que Belén es de Canalejas. Adriana salió el viernes por la tarde de su casa, en San Jerónimo.

—Le dijo a la madre... ¿La madre de Adriana no le preguntó quién era Belén?

—Una amiga, es la única explicación que le dio.

—Y entonces, ¿qué? ¿Belén tiene auto? ¿Viajaron su auto y después la dejó sola? ¿Dónde? ¿La dejó con alguien? Hay que averiguar urgente quién es Belén.

—Según el forense —continuó Romero—, a Adriana tuvo que matarla un hombre, por la fuerza que requiere estrangular a alguien. Pero, estuve pensando... Adriana era una chica de complexión

pequeña; no tenemos idea de cómo es Belén. Podría ser, no una chiquilina sino una mujer. Como vos. O más fuerte aún. ¿O acaso vos no podrías estrangular a una chica del tamaño y el peso de Adriana? Hemos asumido que Belén es una adolescente, tal vez no lo sea.

Ana se estremeció al imaginarse estrangulando a alguien. Pero Romero tenía razón. Tal vez Belén no era una chiquilla. Tal vez era adulta. Fabián, bien podría haberse sentido seducido por una mujer que le llevara unos años. No hubiera sido el primero ni el último.

La campanilla del teléfono la sacó de sus pensamientos.

—Inspectora Del Barco —se presentó al levantar el auricular. Inmediatamente después se le dibujó una enorme sonrisa—. ¡No lo puedo creer! ¿Cómo estás?

Romero aprovechó la distracción para levantarse, tomó su morral y se metió en el baño. Trabó la puerta, colgó el bolso en el perchero y abrió el grifo, empapándose la cara. «¿Por qué todo tuvo que ser así? ¿A qué vino?». Se miró en el espejo, miró sus nudillos y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Del morral sacó una cajita celeste y, del interior de ésta, una pastilla que puso en su boca. La tragó con el agua corriente, haciendo cuenco con las manos. «No me va a denunciar. No me quiere hacer daño».

El dispenser de toallas estaba vacío. Se secó con papel higiénico y salió, como si nada.

* * *

—Si no salís ya, voy a gritar —dijo Carolina Hortiguera, temblando.

Pero no tuvo tiempo. Un latigazo le quemó la garganta; atinó a tomársela con las manos. Entonces sintió la sangre que comenzaba a correr, negándole cualquier tipo de reacción; su voz no salía. Era más grande el terror que la herida.

Una mano fuerte, mucho más fuerte que ella, le despejó el cuello de un solo tirón, y un nuevo latigazo la quemó aún más que el anterior. Quiso gritar, pero la sangre manaba a borbotones. Sus piernas se aflojaron. Todo estaba rojo. Apenas sintió el golpe al caer. Vio el piso del baño cubierto de sangre. Su propia sangre, Quiso llorar, pero sus pupilas se negaron a hacerlo. Comprendió lo que había sucedido y entonces, se dejó ir.

Belén sonrió, satisfecha. Tomó el secador y escurrió el agua teñida de rojo. Miró a su alrededor, la tomó por los tobillos y tiró con fuerza, hasta apartarla del camino. Volvió a escurrir el piso. Destapó la bañera, en la que Carolina no había llegado a meterse, se quitó la ropa y se sumergió mientras se vaciaba. Luego se puso de pie, se envolvió en un toallón, tiró otra toalla en el piso y, sobre ésta, se

vistió con la ropa que había dejado lista en una bolsa, sobre la tapa del inodoro. Cuando estuvo lista, desplegó otra toalla y levantó la anterior, envolviendo en ella, un cúter amarillo, el resto de las toallas y la ropa sucia. Metió todo en la misma bolsa y abrió la puerta con la mano envuelta en una servilleta. Se pegó al marco, escuchando con atención.

Era la hora del almuerzo, los huéspedes estarían en el comedor; Elsita y Elena, en la cocina. Esteban, como todos los lunes, se había despedido hace rato, para ir a ayudar a Héctor, en el Mantra. Sonrió. Tenía que abandonar el baño con muchísimo cuidado. El maldito policía todavía vigilaba. Quería reír a carcajadas. ¡Cómo iban a levantar en peso al imbécil, cuando descubrieran el fiambre! ¡Esa puta de mierda acababa de pasar a mejor vida delante de sus narices! Se calzó las zapatillas en la puerta, sin hacer ningún ruido y se alejó, con una sonrisa en los labios.

Rojo, rojo, rojo. Todo estaba rojo. Belén ya no estaba. Una vez más, Belén se había ido sin que nadie la viera.

# 6

Romero estaba fascinado.

—¿Adónde vamos? —había preguntado al salir del baño y ver que su jefa se alistaba.

—Acaba de llamar mi amigo Galo —repuso ésta—, nos está esperando en El Galeón. —Soltó una carcajada—. Galo nos espera en El Galeón —repitió, divertida.

—¿Galo? Es un nombre poco corriente —comentó el oficial—. Sé de un solo tipo que se llama así. Un actor, que según creo, se retiró y... —Iba pensando en voz alta mientras caminaba detrás de la inspectora.

—Galo Cienfuegos —interrumpió ella.

—¡Ese mismo!

—Ese mismo —repitió la inspectora, girándose, al tiempo que le guiñaba un ojo—. A ése mismo vamos a ver.

—¿De verdad? ¿De dónde lo conocés?

—Es una larga historia. Otro día te la cuento.

Y allí estaba, junto al mismo tipo que había visto tantas veces, en tantas películas; no muy alto, delgado, rostro alargado, nariz recta. ¡Era increíble verlo en carne y hueso! ¡Había escuchado tantas historias acerca de Galo Cienfuegos! Que se había casado, se había divorciado, se había vuelto a casar y vuelto a divorciar, que estaba de novio, que lo habían detenido por ebriedad, que se drogaba, que le hicieron un juicio, que tenía uno, dos, tres hijos, que filmaba acá, que filmaba allá.

Y ahora estaba ahí, frente a él. Tranquilo, aplomado, más joven de lo que había imaginado. Con esa voz inconfundible. Áspera, algo ronca. Rasposa.

Luego de las presentaciones de rigor y de una conversación trivial acerca de cómo estaba cada uno, Cienfuegos habló del motivo que lo había llevado a Canalejas.

—Me enteré que Adriana Schiavone apareció muerta, acá —dijo.

—Así es —contestó Ana.

—La estrangularon, ¿verdad?

La inspectora se sorprendió, asintiendo con la cabeza. De pronto abrió los ojos, como si hubiera comprendido algo.

—¡Y le dieron sushi! —exclamó, llevando las manos a la boca.

—Exacto. —Galo sonrió.

—¡Había algo que me hacía ruido y no podía determinar qué! ¡Y era eso... el sushi...!

Romero se limitó a beber de su taza de café y a observarlos, esperando que alguno le explicara. Fue Ana quien lo hizo.

—Corina Fuentes, ¿te dice algo? —Le sonaba vagamente ese nombre, pero no podía precisar por qué ni de dónde. Negó con la cabeza—. Era una actriz de segunda o de tercera, si cabe la expresión.

—¡No seas mala! —interrumpió Cienfuegos—. Era actriz. Punto. Tenía algunos problemas; era una pobre mujer.

—¡Ya me acuerdo! —se entusiasmó Romero, apoyando ruidosamente, la taza sobre el plato—. Murió, ¿no?

—Así es —consintió Ana—. La estrangularon en su departamento, en Buenos Aires, la ataron de pies y manos a una silla y la obligaron a comer sushi antes de matarla, o al menos es lo que se cree. Ella odiaba el sushi, ¿no es así? —Cienfuegos asintió—. El caso salió en las noticias, más que nada porque él vivía en el piso de arriba.

—Odiaba el sushi —confirmó el actor—, no lo podía ni ver, decía que le traía malos recuerdos.

Romero recordó los titulares de los diarios: «Muere actriz amiga de Galo Cienfuegos». «Amiga de exitoso actor muere asesinada en su casa».

—¿Era realmente amiga suya? —inquirió con curiosidad.

—Éramos... ¿Cómo decirlo? Compañeros de copas. Los dos teníamos serios problemas con el alcohol y nos juntábamos a beber. Era una mujer muy sufrida. Metieron preso a su último marido por el crimen. Me sentí muy mal por él, creo que es inocente, pobre tipo. Tenía sus cosas, por supuesto, pero no creo que la haya matado. Lo visité un par de veces en el penal; el pobre clama su inocencia y yo, la verdad es que le creo. No iba a matar a la mujer que lo mantenía. A duras penas, pero lo mantenía.

—¿Pensás que a Corina y a Adriana Schiavone las mató la misma persona? —interrumpió Ana.

—No puedo asegurarlo. Sabés muy bien todo lo que me dediqué a investigar. —Miró a Romero y le pareció oportuno explicarse—: Empecé un tratamiento para limpiarme. Abandoné mi carrera porque no me estaba haciendo bien, dentro del mundo del espectáculo hay mucho vicio y es difícil contenerse. Pero no podía estar encerrado en mi casa sin hacer nada, la cabeza no me daba tregua. Necesitaba otro... incentivo. Así que me puse a investigar el asesinato de Corina.

—¿Logró limpiarse? —preguntó, asombrado, Romero.

—Totalmente. Desde el diez de diciembre del noventa y cuatro no bebo ni consumo sustancias..., ni nada. Sólo las pastillas que me recetó el médico para la ansiedad, la depresión..., bueno, todas esas cosas que trae aparejada la abstinencia. O sea que, hace un año y dos meses, que estoy felizmente limpio.

—¡Felicitaciones!

—Gracias. Pero por favor no me trates de usted, no creo que seas tanto más joven que yo, me hacés sentir un viejo decrépito. —Sonrió—. ¿Sigo con el tema?

Ana y Romero asintieron con gesto amable. —Por favor.

—Bien. Estuve leyendo los diarios de estos días y hablando con nuestro amigo Manuel Drago. Un ex policía amigo —aclaró, más que nada para Romero—, así me fui enterando de este caso. Y me llamó la atención algo: esta chiquita que murió, al parecer, había ido a encontrarse con una amiga llamada Belén, ¿no es así?

—Si —consintió Ana, agudizando los sentidos.

—Bien. El noviecito de Adriana, Fabián, que murió en ese terrible accidente de tren, también fue a encontrarse con una chica llamada Belén.

—Es cierto.

—Bien. Pues da la casualidad que, hace años, en la casa de Corina Fuentes, vi una chiquilina que también se llamaba Belén. —Los policías se mostraron estupefactos—. En aquel momento —continuó Cienfuegos—, pensé que podría ser hija de Corina, después supe que no. Había cierto rumor en el ambiente acerca de eso. Se decía que había tenido un hijo o una hija, cuando era muy joven. Con el tiempo me enteré de que había sido un varón. El padre no era Ignacio, —el que está en la cárcel por su muerte—, sino alguien bastante anterior. Parece que el niño nació con algún problema y ella no lo pudo soportar; cuestión que los abandonó. Algo así me contó Corina en una de nuestras... noches locas. Y algo de eso averiguó la policía después. Lo cierto es que el pobre Ignacio nunca se enteró que Corina había tenido un hijo hasta que ella murió.

—¿Cómo era la Belén que viste? —preguntó Ana, con ansiedad.

Cienfuegos acarició su barbilla, pensativo.

—Una chiquilina..., tendría, en aquel entonces, unos quince años, tal vez dieciséis o diecisiete, no más de eso. La vi un segundo. Yo había subido al departamento de Corina, recuerdo que era domingo; antes de tocar el timbre ya había escuchado unos gritos tremendos, que venían de adentro; no había alcanzado a llamar cuando la puerta se abrió de golpe. Era una chiquilina, como les digo, de unos quince años, alta, delgada, muy bonita. Me miró con asco y se apartó para que yo entrara. Lo hice. Ella se fue dando un terrible portazo. Por supuesto le pregunté a Corina quién era, ella se rio con cierto..., desdén, diría yo. «¿Esa? —dijo—. Es Belén. No te preocupes, no es nadie». No pregunté más. Yo había ido a su casa para otra cosa, no para meterme en sus asuntos.

—¿Nunca te dijo nada?

—Nunca. Después de que murió, intenté encontrar a la chica,

tal vez era parienta, una sobrina o algo; le pregunté a Ignacio, pero él tampoco tenía idea de quién podía ser

—¿Y al hijo? ¿Lo encontraste?

—No. Lo del hijo me lo contó una tarde, posterior a aquella; estábamos los dos muy ebrios así que, lamentablemente, no recuerdo nada de lo que me dijo. Pero no, no lo encontré. Sí me enteré, que el padre murió en el ochenta y siete. La policía lo buscó al morir Corina, y bueno, lo encontró.... en el cementerio. Yo me mantuve al tanto, más que nada, por Manuel Drago.

—¿Cómo se llamaba el hijo?

—Leonardo. Nació en el setenta y dos. Pero no pude encontrar de él, ni con ayuda de Manuel. Es como si se hubiera esfumado.

La inspectora se metió en la boca una de las masitas que habían llevado con el café.

—¿Por qué el ambiente artístico no quería a Corina? —inquirió —. Es algo que siempre me intrigó.

—Porque era alcohólica. Y cuando estaba borracha hacía y decía cualquier cosa. Por eso tampoco la contrataban, era una mujer muy inestable. Además, estaban los rumores; algunos decían que dio al hijo en adopción, otros que lo regaló y, los peores, que lo mató. En realidad, había quienes decían que mató a los dos, al padre y al hijo. Nunca creí nada de eso, por supuesto. Pero fijate que después que ella murió, cuando empecé a averiguar, descubrí que, tanto el chico como el padre, desaparecieron de la faz de la tierra casi al mismo tiempo que ella comenzó a tener cierto éxito en televisión, allá por el ochenta, ochenta y uno.

—Vos también te emborrachabas y sin embargo nunca dejaste de trabajar —reflexionó Ana.

Galo sonrió.

—Soy hombre. Se me tenía más paciencia. Mi público estaba compuesto, más que nada, por mujeres y, ya se sabe que las mujeres buscan proteger a la oveja descarriada, sobre todo si les gusta. Y yo gustaba, a pesar de... —señaló su rostro—, esto.

Ana frunció la nariz al sonreír con cierta indulgencia.

—¿Dónde vivía Corina, antes de ir a la Capital?

—Acá, en Canalejas. Hacia el norte, en la parte más antigua.

—¡La calesita! —reaccionó—. Está en la parte antigua. En el norte. ¿Te vas a quedar unos días?

—Hasta que resolvamos esto —aseguró Galo, satisfecho.

# 7

Al entrar en la comisaría, encontraron a Salcedo vociferando y haciendo grandes aspavientos con las manos.

—¡¿Dónde se habían metido ustedes dos?! —gritó al verlos—. ¡Tenemos otro asesinato en el hotel de Elena Lombardo! —De pronto vio a Cienfuegos, abrió los ojos como platos y su rostro se llenó de sonrisa—. ¡Galo Cienfuegos! ¿Qué andás haciendo por acá? —Se abrazaron cálidamente—. ¿Venís con nosotros a la escena del crimen? —preguntó.

—¡Claro! —repuso el actor.

La nueva agente de cara bonita se acercó a Del Barco.

—Inspectora. Acá están los informes de las coartadas de los huéspedes, los estudios de las escenas, y el reporte del accidente de tren, en San Jerónimo. Solo falta la palabra final de las autopsias.

Ana tomó las hojas y las metió en su bolso

—Gracias, linda. ¿Se sabe algo de Belén?

—Nada todavía.

—¿A quién mataron ahora? —preguntó Romero.

—A una de las inquilinas, Carolina Hortiguera —respondió Salcedo—. ¡La mataron en las narices de Zuviría! ¿Estás con auto? —preguntó a la inspectora, que asintió—. Bueno, dáselo a Romero; que vaya con Galo. Vos te venís conmigo.

Si bien a Ana no le causó ninguna gracia tener que ceder su vehículo, no dijo una palabra y le entregó las llaves a su compañero.

—¡Dios mío! ¡Este asunto no nos da respiro! —protestó Salcedo, encendiendo el motor—. ¡De estar mirándonos las caras por no tener nada que hacer, pasamos a tres crímenes en tres días!

Ana hizo una mueca de asentimiento y agarró las hojas que le había entregado la agente.

—Estas son las verificaciones de las coartadas —señaló con aire pensativo—. Las voy a leer después, con mayor detenimiento.

—Leelas ahora —ordenó el comisario—. Si no encontramos algo pronto, Spaciutto nos va a mandar a alguien de Buenos Aires para que se haga cargo.

Ella lo miró espantada. De venir alguien de afuera, pasaría a tener dos jefes, lo cual le resultaba espantoso de solo pensarlo. Para Salcedo sería un puñal en el orgullo; como decirle en su propia cara que no estaba a la altura.

—Acá está la de Hortiguera —señaló—. ¡Ah, mirá vos! De maestra jardinera nada, esta mina. No vino de vacaciones sino a trabajar. ¡Era stripper! Vino a trabajar en... ¡el Mantra! Su declaración

dice que dormía la noche que mataron a Inés Farías. Pues miente. Estuvo en el boliche, haciendo su numerito.

Salcedo largó un gruñido.

—¿Y los otros?

—A ver, los Scull... Acá... Sí, parece que ellos sí, dijeron la verdad. Estuvieron en el bolichito ése que te dijeron, El Ángel; pero también fueron vistos a eso de las tres en el.... ¡Mantra! Elena dijo que escuchó algo a eso de las cuatro y veinte —continuó, tras una breve pausa—. A Inés la mataron entre las cuatro y las cuatro y media, o sea que puede que Elena haya escuchado el asesinato ¡Dios mío! No habrá sido ella, ¿no? —El comisario la miró, muy serio, por el rabillo del ojo —. No —se respondió a sí misma, regresando la vista a los papeles—. Y Elsita también mintió, dijo que estuvo en su casa, pero fue vista en...

—Ya sé, no me lo digas. En el Mantra.

—No. Fue vista en El Ángel; sin embargo, hay gente que la vio entrar corriendo al Mantra a eso de las tres. ¡Qué raro! —meditó unos momentos y continuó—: En fin, los otros parece que sí, estaban durmiendo en el hotel. Míguez, el instructor de paracaidismo, sale a correr todas las mañanas a eso de las seis y no escuchó nada. El chico, Esteban, suele salir a la noche, pero ésa, justamente, no salió. Estaba en su cuarto, durmiendo.

Salcedo frenó el automóvil. Habían llegado. Del Barco metió las hojas en su bolso y suspiró, resignada.

—No podemos corroborar si realmente estaban durmiendo. Los huéspedes no andan fijándose quién está y quien no.

—Pero ahora sabemos que los que mintieron salieron esa noche —acordó el comisario—, estuvieron en El Ángel o en el Mantra, o en ambos. Y uno de esos mentirosos, Carolina Hortiguera, es cadáver.

* * *

—¿Cómo pudo haber salido sin dejar una sola huella? —se preguntó Romero, de pie en la galería. Miraba con atención el interior del baño. Estaba acostumbrándose a ver muertos.

—De la misma forma que salió de la habitación de Inés —contestó Ana, pensativa. Volvió a sacar las hojas y les echó un vistazo —. ¿Se tomaron muestras de todas las personas que viven acá?

—Sí —afirmó el doctor Spagna, arrodillado junto al cuerpo—. Y hay coincidencias, pero no es raro, viven acá.

—Es cierto.

Galo curioseaba desde la puerta, con las manos enlazadas en la espalda, estirando el cuello para ver mejor. Ana se dirigió hasta él y lo tomó del brazo, apartándolo del resto—. Tenés que ayudarnos —suplicó, en voz baja—. Esto empieza a desbordarnos, si no conseguimos algo rápido, nos van a mandar a alguien de Buenos Aires

y eso sería un fracaso para nosotros. ¿Dos asesinos juntos en Canalejas? ¡Tres muertes en tres días! ¡Es demasiado!

—Sí, sí, por supuesto que voy a ayudar en lo que pueda. Haceme copia de todo lo que tengas. Esto es un hotel, ¿no?

—Sí.

—Ahora que les sobran, al menos dos habitaciones, me podrán alquilar una, supongo.

—¡Cómo te vas a quedar acá! ¿Estás loco? Venite a mi casa.

Galo sonrió con indolencia.

—No te ofendas Anita, pero por una o dos noches, prefiero quedarme acá.

La inspectora levantó los hombros, ligeramente ofendida.

—Vos sabrás. Y no me llames Anita.

* * *

Rosamund se miraba en el espejo. Su delicado rostro parecía más bello con la tenue luz del velador. Su maquillaje era perfecto. Levantó la barbilla, ladeando un poco la cabeza. Era hermosa y lo sabía. Nadie jamás la convencería de lo contrario. Ni le impediría que lo fuera.

Inspiró profundo y se miró otra vez. Había furia contenida en las pupilas, en los labios rectos, en los puños apretados. No podía gritar, pero quería. ¿Soportaría Mateo? ¿La entendería? ¿Lo vería nuevamente?

Se metió en el baño diminuto y se cambió de ropa. Tenía que hacer algo. Necesitaba remediarlo. Su furia la turbaba, las manos le temblaban. No podía cometer un solo error. No podía permitir que la descubrieran. Abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un blíster de pastillas. Tomó dos.

Apoyada en el lavabo volvió a mirarse en el espejo. Era ella, sí. Era ella. Inspiró de nuevo y exhaló. Un temblor aciago recorrió cada centímetro de su cuerpo. No había forma de evitarlo. Ella aún no sabía que la había descubierto, pero lo concluiría tarde o temprano. No había vuelta atrás. Tenía que morir. Los golpes de su corazón dentro del pecho la azotaban con la fuerza de una tormenta, el sonido de su respiración entrecortada sonaba como un cristal, partiéndose en pedazos. Angustia. Miedo. Rabia. Se tendió en la cama y lloró, como pocas veces, antes, había llorado.

* * *

Facundo Romero cerró la puerta de su departamento, tiró el morral sobre el silloncito de caña y entró en la habitación, se quitó los zapatos y se tendió en la cama, de cara al techo. Estaba exhausto.

Miró sus puños cerrados, que permanecían enrojecidos, los pequeños cortes se veían, ahora, más nítidos. Dos lágrimas resbalaron por sus sienes; cerró los ojos. Ahí estaba el rostro avejentado, las pupilas furiosas clavadas en las suyas. «¡No vine para esto!» le había gritado. «¿Para qué, entonces?», respondió él. La discusión se había tornado tan áspera como siempre, como cada vez que lo veía. ¿Para qué vino? se preguntó a sí mismo, una y otra vez.

Pensó en levantarse, meterse en la bañera o darse una ducha, y después dormir. ¡Cuánto le hubiese gustado que al día siguiente ya no hubiera muertos! Que hubiesen desaparecido como por arte de magia. O que Ana le dijera que los asesinos ya estaban detenidos, que podía quedarse a descansar. El cuerpo le pesaba demasiado, las piernas no le respondían, los párpados ya no se abrían.

De pronto el mar, imponente y majestuoso. Sus brazos sujetando el cuerpo amado, mirando, los dos, el horizonte. Tan lejano. Una sensación extraña aprisionando sus labios. La brisa del mar se había detenido. Se ahogaba.

Abrió los ojos de golpe. Entonces sonrió y se dejó besar otra vez.

—¡Hola Facu! Estás todo transpirado —dijo quien portaba esa sonrisa que le iluminaba el alma, apartándose en seguida de él, para meterse en el baño.

Facundo se sentó en la cama, un poco atontado.

—Esta mañana vino mi viejo —relató, con la voz enronquecida de sueño.

—¿Qué quería?

—No lo sé. Nunca sé para qué viene... Para pelear. Nos agarramos otra vez. Tuve que tomarme un Rivotril.

—¡Facundo! —Ya había abierto la ducha—. ¡Estabas de servicio!

—Sí, ya sé...

—Si tus jefes se enteran...

—¡Sí, ya sé! ¡Tampoco es que lo hago todos los días! —se defendió, rascándose la cabeza.

—¿Querés que vaya yo y hable con tu papá?

—¡Ni se te ocurra!

—Vos sabrás... Bueno, dale, vení a la ducha, que te ayudo a relajarte.

Su voz sonó a picardía. Facundo sonrió. Y se dejó llevar.

* * *

Ana hizo un bollo con el papel de la hamburguesa que acababa de comer y lo tiró al tacho rojo que tenía en la cocina para la basura.

El bollo pegó en el borde y fue a parar debajo del mueble del comedor, junto a una sandalia plateada. Desde el sillón, en donde estaba despatarrada desde hacía más de media hora, siguió con la vista el trayecto e hizo un gesto de fastidio. No tenía ganas de moverse. Más tarde sacaría todo lo que hubiera debajo del mueble, ahora su cabeza andaba por otro lado. La llegada de Galo la había transportado de nuevo a San Jerónimo y a todo su pasado en esa ciudad. Le hubiera gustado conversar un rato más con él.

Lo había invitado a cenar, como en los viejos tiempos. Pero él había declinado la oferta, prefirió quedarse en el hotel para observar a los huéspedes. Y estaba bien. Ella lo aceptó. Galo era un tipo pragmático, con una enorme capacidad de observación. Confiaba en él. Lo vería al día siguiente, en la comisaría, cuando fuera a reunirse con el dibujante para intentar un retrato hablado de la dichosa Belén. Galo era el único que la había visto y, aunque habían pasado varios años desde entonces, tal vez lograra definir un rostro.

Miró la foto sobre el mueble, que la mostraba sonriente y feliz, abrazada a su anterior compañero. «Gerardo..., ¡Cuánto te extraño!». Agarró la lata de cerveza que estaba a su lado, en el piso, y la terminó de beber. ¿Cómo hubieran sido las cosas si Gerardo aún viviera? Sonrió con melancolía.

Romero era un buen chico y no tenía dudas de que llegaría a ser un gran investigador, pero hasta ahora.... «Bueno, la verdad es que ninguno de los dos nos hemos lucido mucho con estos hijos de puta, que andan matando gente a diestra y siniestra». Los párpados se habían vuelto pesados y la boca se le abrió en un bostezo largo y ruidoso. Con cierto esfuerzo se puso en pie y caminó hasta la cama. Se tumbó con los brazos abiertos. Le gustaba caer así.

¡El dato es falso! ¡Es una trampa! ¡Corré, yo te cubro! —gritó Gerardo.

Corrió hacia el callejón apenas iluminado por la luz de la luna, dobló en un recodo y se colocó pegada a la pared, levantando el arma.

—¡Ahora! —ordenó a su compañero.

Lo vio empezar a correr. Disparó hacia el destello del arma contraria. Lo vio caer. Lo vio mirarla con ojos suplicantes.

—¡Gerardo! —gritó. Saltó de la cama con el rostro empapado de transpiración. Estaba temblando.

# 8

Los huéspedes, como era de esperarse, se encontraban alterados. Dos crímenes en dos noches, era demasiado para cualquiera. Tenían miedo y, de habérselos permitido la policía, se habrían marchado esa misma tarde del hotel, en cuanto apareció el cadáver de Carolina Hortiguera. Pero no podían. Todos eran sospechosos, ahora más que antes. Ni siquiera Elsita, esta vez, pudo irse a su casa. Elena la acomodó en su habitación.

Los peritos habían trabajado hasta cerca de las diez de la noche, Salcedo había reforzado la custodia. El pobre Zuviría había soportado, estoicamente, la reprimenda frente a todo el mundo. En medio de su nerviosismo, el comisario, lo había amenazado con suspenderlo, mientras tanto, seguía siendo uno de los custodios del hotel.

Sin ganas de cocinar, Elena propuso pedir unas pizzas, lo cual fue aceptado sin una sola queja y por unanimidad.

Cienfuegos se convirtió, por supuesto, en el centro de atención. ¿Quién no había visto alguna vez una película suya? ¿O algunas de las novelas en las que había actuado para la televisión? Si bien el actor renegaba de su fama, a veces, como en esta ocasión, le servía de excusa para entablar relación con las personas de su interés. Se sometió a un meticuloso interrogatorio acerca del porqué de su alejamiento de la farándula, si era verdad esto o lo otro, si realmente se encontraba recuperado y, sobre todo, ¿qué hacía en un pueblo tan pequeño y perdido como Canalejas? No era un sitio elegido habitualmente por las estrellas del espectáculo.

Respondió con paciencia a cada una de las preguntas mientras observaba con tranquilidad, a su audiencia.

Al finalizar la cena, cada uno fue a su habitación. Había miedo en las miradas y una solapada desconfianza en el otro.

Elena ubicó a Cienfuegos en un espacioso cuarto de la planta baja.

—Es un cuarto familiar —explicó—, como verá, tiene una cama doble y dos camitas extra. Es, más bien, para un matrimonio con niños, pero en general, al hotel vienen hombres y mujeres solos, así que casi nunca está ocupado. El único matrimonio que tenemos ahora son los Rivas, y no tienen hijos. ¿Estará cómodo aquí? ¿O prefiere que lo ubique en el primer piso?

—Este está perfecto, no se preocupe.

—Creí que acá estaría a salvo de los ruidos de la cocina y del resto de los inquilinos. Supongo que alguien como usted, prefiere

tener privacidad.

—¿Alguien como yo?

—Famoso, quise decir. —Se sintió un poco tonta al sonrojarse. Galo sonrió.

—Gracias Elena, todo está muy bien. Está perfecto. Ahora, si me disculpa, ¿me habló de alguien que podría ir a retirar mi auto del Galeón? Mi equipaje está allí.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Lo había olvidado! ¡Discúlpeme! Ya mismo le digo a Esteban que baje; no se sentía bien, el pobre, y se quedó en su cuarto, debe haberse dormido porque ni siquiera bajó a cenar. ¡Ay Dios mío! —exclamó de pronto, con cara de susto—. ¡El asesino! ¿Y si ahora lo agarró a él? ¡Esteban! —gritó con voz entrecortada.

Elena salió del cuarto con Cienfuegos pisándole los talones. Los huéspedes, al escuchar el alboroto, salieron también, temerosos, de sus habitaciones. Los dos agentes apostados en el primer piso tomaron la iniciativa y comenzaron a correr hacia la habitación del muchacho. Cienfuegos observó que todos estaban allí, menos Elsita.

—¡Esteban! ¡Esteban! —llamaban a gritos, los policías.

El joven se asomó por la barandilla, con el pelo revuelto y a medio vestir. Se veía consternado.

—¿Qué pasó?

Los agentes se detuvieron a mitad del segundo tramo, levantando las cabezas.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? ¿Qué pasó ahora?

—Nada. ¿Podés bajar? Hay personas que están preocupadas por vos.

El chico frunció el entrecejo.

—Bueno, ahí voy.

Elena lo recibió con los brazos abiertos.

—¡Ay, muchachito! —sollozó—. ¡Qué susto nos diste!

—Pero, ¿por qué? ¡Si yo avisé que me quedaba en mi cuarto porque no me sentía bien...! —Hundió la cabeza en los brazos de la mujer.

—Sí, ya sé, pero con esto del asesino... ¿Te sentís mejor?

—Más o menos.

Cienfuegos se había mantenido a un lado de la galería, junto al resto de los huéspedes.

—¿Vio a Elsita? —preguntó, en voz baja, a Marcos Rivas.

—No. ¿Viste a Elsita? —inquirió éste a su vez, a su mujer, con el mismo secretismo.

—Está en la habitación de Inés —respondió ella—, recién se asomó. Creo que está asustadísima, ¡pobre chica!

—No es para menos....

Una vez convencidos de que Esteban se encontraba bien y seguros de que nadie había sido atacado, los huéspedes regresaron, cautelosamente, a sus habitaciones y echaron llave a sus puertas.

Elena hizo lo posible para que el chico la acompañara a la cocina y comiera algo.

—¡No tengo hambre Elena, me voy a dormir! —refunfuñó él y, tras plantarle un beso en la mejilla, se alejó rápidamente.

—Es muy bueno —comentó la mujer. Cienfuegos se había quedado junto a ella y la escuchaba con atención—. Un poco atolondrado, pero más bueno que el pan. —Su rostro reflejaba una mezcla de preocupación y ansiedad—. ¿Quiere que tomemos algo fresco? ¡Hace tanto calor! ¡Elsita! —llamó, mientras abría la puerta de la cocina y encendía la luz—. Siéntese, señor Galo. Ahora voy a llamar a un amigo mío, a ver si le puede traer el auto.

—No se preocupe. Mañana lo retiraré yo mismo.

Elsita se asomó tímidamente, saludó con la voz en un hilo y se sentó en uno de los taburetes.

—No te preocupes, mi querida —susurró Elena en tono maternal, acariciándole el pelo—. Tenemos cuatro policías cuidándonos. Yo me asusté porque Esteban está solito en la terraza y no lo había visto en toda la tarde.

—¿Y qué le pasa? —preguntó la muchacha con el ceño fruncido.

—No se siente muy bien; es lógico. —Elena chasqueó la lengua —. Todo esto de las muertes... El pobrecito quería mucho a Inés. ¡Y ahora la señorita Hortiguera! La verdad es que yo no sé lo que pasa. ¿Quién quiere matar a dos mujeres que no hacían daño a nadie? Una pobre viejita y una maestra jardinera. —Sirvió jugo con hielo en tres vasos. La chica la miró muy seria.

—¡No era maestra jardinera! —protestó con dureza. Elena volvió a chasquear la lengua e hizo un ademán con la mano, descartando la idea.

—¿Por qué iba a mentir?

Cienfuegos se sorprendió, tenía entendido que los huéspedes desconocían la verdadera profesión de Hortiguera. Ladeó un poco la cabeza hacia la muchacha.

—¿Cómo te enteraste de eso?

Ella bajó los párpados.

—Por los policías.

—¿Usted sabe algo, señor Galo? —inquirió Elena, acomodándose en una de las butacas altas.

—Creo que la señorita Carolina trabajaba como... bailarina, en un pub de la zona.

—Era stripper en el Mantra —abrevió Elsita.

—¿En serio? ¡Quién iba a creerlo!

—Elsita —dijo Cienfuegos—, estoy intentando ayudar, dentro de lo que puedo, a la policía.

—Lo sé —respondió ella, con la vista fija en el vaso.

—Tengo entendido que la noche que mataron a la señora Inés, vos le dijiste a la policía que habías estado en tu casa, con tu familia.

—Sí.

—Pero eso no es cierto.

—¡¿Le mentiste a la policía?! —intervino Elena, ofuscada.

—¡Fue una tontería!

—¡Una tontería, claro! ¡Cómo no! ¿No sabés que pueden detenerte por obstrucción? ¡Y por falso testimonio! ¡A vos y a toda tu familia, que te cubrió la mentira!

—¡Yo no hice nada! —gritó la chica, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué me van a detener?

—¡Por mentir, chica tonta!

Cienfuegos levantó una mano, como para calmar los ánimos. Habló después, lo más pausado que pudo.

—Según parece, a la hora del crimen no estabas en tu casa ni en el hotel. ¿Me podés contar dónde?

—Fui a El Ángel —contó entre sollozos—, a encontrarme con mi..., a buscar a mi..., a mi ex.

—¿A Mateo? —intervino, incrédula, la casera—. ¡Ay nena! ¡Eso ya terminó! ¿Por qué insistís con ese chico?

—¡Porque lo quiero! ¡Y no puedo aceptar que me haya cambiado por otra!

—¡¿Está con otra?!

—¡Sí! ¡Yo lo vi! ¡Fui al Ángel y lo vi con ella! Esteban me había contado que andaba con otra, pero yo no le creía. ¡Y era cierto!

—Después fuiste a otro lado, ¿verdad? —insistió Cienfuegos.

—Sí. Fui al Mantra, a ver si encontraba a Esteban. Necesitaba hablar con él, es mi amigo. A veces suele ayudar a Héctor, pero esta vez no, no había ido... Igual me quedé un rato, me encontré con los Scull, tomé una cerveza con ellos y ahí la vimos.

—¿A quién?

—¡A la Hortiguera! Estaba medio desnuda, bailando en la pista alta.

Elena emitió un gemido de sorpresa.

—¿Me acompañan con una cerveza? —preguntó, agitando las manos para darse aire—. Necesito un trago.

—Yo también —dijo Elsita.

—Yo no. Gracias. —rehusó Galo, jugueteando con su vaso vacío, pensando—. «La noche que mataron a Inés, Hortiguera, los

Scull y Elsita se habían encontrado en el Mantra. A la noche siguiente, asesinaron a Hortiguera».—. ¿Quién era esta señora... Inés? —inquirió.

—Una vieja amiga mía —contestó Elena, sirviendo dos vasos con cerveza y alcanzándole la jarra con jugo—. Yo trabajaba para ella, después me ayudó a abrir este hotel y se vino a vivir acá. No tenía familia, estaba solita, jubilada. Acá, por lo menos, tenía compañía; nos hicimos muy buenas amigas. ¿Sabe cuándo la podremos enterrar?

—En cuanto la policía termine de recolectar la evidencia que ayude a dar con su asesino, o asesina.

—¿Una mujer? —Ambas se sobresaltaron—. ¿Usted cree que pudo haber sido una mujer?

—¿Por qué no? —sostuvo Cienfuegos—. ¿Inés tenía algún negocio? ¿De qué vivía?

—De su jubilación. No, no tenía ningún negocio. ¿A qué se refiere?

—A si hacía alguna otra cosa como para ganar un dinero extra.

—¡Tenía ochenta años! —protestó Elena, con un sollozo ahogado—. ¡El cuerpo apenas le respondía, pobrecita! Ni siquiera salía a la calle porque no podía bajar y subir la escalera. Era flaquita, pero tenía artrosis, creo...

—¿Le conocieron familiares?

—No. Creo que tuvo una hija, que murió hace muchos años..., no sé la verdad.

—Y este chico, Esteban. ¿Trabaja acá? Casi no lo vi. ¿De dónde lo conocen?

—Se hospedó hace un par de años, vino de vacaciones, según dijo, y se quedó. Yo necesitaba un ayudante, él buscaba trabajo..., se mudó conmigo. Y medio que lo adopté.

—¿De dónde venía?

La mujer encogió los hombros.

—Creo que de Buenos Aires.

—Vivió en San Jerónimo un tiempo —agregó Elsita.

—¿Y su familia?

—No tiene. Su papá y su mamá murieron. No tiene hermanos. Está muy solito el pobre; es un gran chico, ¡muy trabajador!

—Entiendo. —Cienfuegos se puso de pie—. Me encantaría seguir conversando, pero necesito descansar. Si me disculpan, me voy a retirar. En otro momento seguiremos con esta agradable charla. Buenas noches.

Ya en su cuarto, encendió el enorme ventilador de techo, se quitó la ropa y, tras una refrescante ducha, se sentó en la cama. Abrió el sobre que le había entregado la inspectora Del Barco y comenzó a acomodar su contenido. A la izquierda colocó lo que había sobre el

asesinato de Adriana Schiavone; frente a él, lo referente a Inés Farías y a su derecha, el asesinato de Carolina Hortiguera.

La carpeta de Corina Fuentes había quedado en su auto, pero lo había leído tantas veces que casi lo podía recitar de memoria. Comenzó a leer cada historia con detenimiento.

Amanecía, cuando al fin pensó en dormir un rato. Tiró los papeles a un lado de la cama, apagó el velador y cerró los ojos.

«En casa de Corina vi, una vez, una chica llamada Belén. Adriana Schiavone salió de su casa, a encontrarse con una chica llamada Belén. A Adriana Schiavone le gustaba un chico llamado Fabián. Fabián fue a encontrarse con una chica llamada Belén.

Corina, Adriana y Fabián están muertos. ¿Y Belén? ¿Dónde está? ¿La mataron también y aún no la encontramos? ¿O ella es la asesina? Inés Farías y Carolina Hortiguera vivían en este hotel. Las dos murieron acá. ¿Conocían a Belén? ¿Vino ella a este lugar? ¿O las mató otra persona? ¿Está en peligro, Belén?».

# 9

El día amaneció completamente gris, unas nubes espesas envolvían el cielo. Llovería sin duda, antes del mediodía. Incluso, había refrescado bastante. Ana encendió el motor del auto y arrancó. Estuvo a punto de doblar en la misma esquina de siempre, pero miró su reloj y decidió seguir de largo. Iba con tiempo y las calles estaban desiertas. Pensó que sería buena idea pasar a buscar a Galo y llevarlo a desayunar al Galeón. Tenía entendido que aún no había retirado su vehículo, así que le haría un favor acercándolo para recogerlo.

Con estos pensamientos en la cabeza, notó que una llovizna muy fina comenzaba a nublar el parabrisas. Tenía que encender los limpiadores. Buscó el botón debajo del tablero y lo pulsó; fue entonces que el auto dio un salto, escuchó un golpe seco en el costado izquierdo, luego un crujido metálico. Clavó los frenos y miró a su alrededor; había chocado con algo, pero no veía con qué. Abrió la puerta y bajó rápidamente.

—¡Ay! —Un gemido salió de algún sitio. ¡Había atropellado a alguien! Un manojo de metal brillaba bajo la rueda delantera izquierda. Otra rueda, pero de bicicleta, había rodado unos pocos metros más allá. Se agachó para mirar debajo y suspiró con alivio al ver que no había cuerpo alguno, sólo unos trozos de metal.

Al otro lado sí: una persona estaba tirada en el piso. Se incorporó y dio la vuelta, casi corriendo. Un jovencito flaco, largo, y medio atontado, se retorcía, quejándose sobre el asfalto mojado.

—¿Estás bien?

—¡Ay! —se quejó el chico, por toda respuesta.

—¡Dios mío! —Ana lo reconoció en el acto. Tomó su radio policial y pidió una ambulancia urgente. Lo tapó con una campera que acostumbraba llevar en el asiento trasero. La llovizna se espesaba a gran velocidad. Varias personas se acercaron a ver.

—¡No lo toquen! —gritó—. Soy policía; ya viene la ambulancia ¡No lo toquen! —¿De dónde había salido ese chico?, pensó, agarrándose la cabeza; no lo había visto en absoluto.

Un rato más tarde, Facundo Romero y Galo Cienfuegos entraban al hospital; buscaron la sala de guardia y allí encontraron a la inspectora Del Barco, sentada en uno de los numerosos bancos azules, con la cara metida entre las manos, los codos clavados en sus rodillas.

Cienfuegos la tocó en el hombro. Ella levantó la cabeza y sonrió débilmente.

—Fue un susto nada más—dijo—. El chico está bien.

Romero le entregó un café bien cargado que había sacado recién, de la máquina que estaba en la entrada.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, gracias Facundo. La verdad es que no me explico qué pasó. No lo vi. Salió de la nada...

—No te preocupes, ahora voy a hablar con el doctor. —Mientras el oficial se encaminaba al escritorio de recepción, Cienfuegos se sentó junto a ella.

—Te iba a ir a buscar para desayunar juntos —comentó, con voz débil. Por toda respuesta, Galo pasó el brazo por sobre sus hombros y la atrajo hacia sí. Ana sollozó. El cansancio, el susto, los recuerdos, todo confluyó para que su espíritu se resquebrajara.

—Te juro que no lo vi, si le pasa algo yo...

—Quedate tranquila, no le va a pasar nada. Ahí viene Facundo.

—El chico es Esteban Casenave, de nuestro hotel preferido, el de la calle Quintana —detalló el oficial, con una sonrisa—. Se encuentra bien. No se rompió ningún hueso, lo van a tener un rato en observación y después lo voy a llevar al hotel.

—¿Le avisaron a la señora Elena? —preguntó Ana.

—No sé. Ahora averiguo.

—¿Se puede hablar con él?

—Todavía no. Pero, quedate tranquila, el doctor me dijo que el chico no va a hacer ninguna denuncia.

—Me alegro por mí —suspiró Ana, con una débil sonrisa—, pero no era por eso que quería hablarle. Necesito escuchar de su propia boca que está bien, quiero pedirle disculpas.

—Ya va a haber tiempo para eso. —señaló Cienfuegos con suavidad, y agregó—: ¿Por qué no van a la comisaría antes de que Salcedo se altere con esta noticia? Yo me encargo de avisar a Elena; voy a buscar el auto mientras los doctores terminan de examinar al chico y después lo llevo al hotel.

La inspectora se mostró un tanto indecisa, pero su compañero terminó de animarla.

—Dale, jefa. Vamos. Después hablamos con Esteban.

* * *

El comisario Salcedo no tenía la mejor cara cuando entraron en la comisaría. Estaba de pie, en el centro del recibidor, con las piernas separadas y los brazos en jarra.

—¡Como si no tuviéramos bastante! —se quejó. Con una seña les ordenó que se acercaran—. ¿Qué fue lo que pasó? —preguntó, una vez dentro de su despacho.

Del Barco se sentó.

—No lo sé, la calle estaba desierta y, de la nada, la bicicleta

estaba debajo del auto. ¡No lo vi ni por asomo! Ni de lejos, ni de cerca, no lo vi. No sé de dónde salió.

—Menos mal que no le pasó nada. Y que no va a formular ninguna denuncia. ¿Quién quedó en el hospital?

—Cienfuegos —contestó Romero.

—Bueno. —El comisario se sentó en su sillón y abrió uno de los cajones del escritorio—. Ya tengo los resultados finales de las autopsias y de las escenas. Todo lo que faltaba está acá. —Les entregó tres sobres de papel manila—. Vamos a liberar los cuerpos hoy mismo.

—¡Qué rápido! —exclamó la inspectora sin ocultar su asombro.

—No voy a permitir que me manden a alguien de afuera —aseguró Salcedo—. Chicos, de verdad, esto es serio. En esta semana tenemos que encontrar por lo menos a uno de los asesinos y conseguir pistas sólidas del otro. De lo contrario, el lunes tendremos acá a un nuevo jefe de investigaciones, ¿está claro?

—Como el agua —respondió Del Barco—. Espero que no te equivoques al entregar esos cuerpos tan rápido.

—Ya les hicieron las autopsias, sacaron todas las muestras que había que sacar y cientos de fotos. No necesitamos los cuerpos. Los padres de Adriana están presionando para poder enterrar a su hija, a la viejita la va a enterrar la señora Elena y a la Hortiguera la vienen a buscar desde Córdoba, mañana, así que, si tienen que hablar con los familiares, aprovechen.

—De acuerdo. —Ana tomó los sobres y se puso de pie—. Te aviso en cuanto tenga algo.

—Otra cosa —añadió el comisario—, el departamento no se va a hacer cargo de los arreglos de tu auto. Ni de la bicicleta del pibe. Sólo del hospital.

Se despidió con un mohín de desagrado y salió de la oficina, escoltada por Romero.

* * *

Cienfuegos prefirió hablar con la señora Elena personalmente, en lugar de llamarla por teléfono.

Por eso la pasó a buscar para llevarla al hospital, a recoger al chico. No estaba seguro de que el joven quisiera irse con él, así como así. Después de todo, apenas si se habían visto desde su llegada; el muchacho se había pasado la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto, descompuesto, según dijo.

—¡Demasiadas muertes! —declaró Elena, ya dentro del auto, como justificando el insistente malestar de Esteban.

—Por supuesto —respondió Cienfuegos—. Es un chico muy joven, supongo que tanto él como Elsita estarán demasiado

impresionados.

—¡Imagínese! —exclamó ella mientras se secaba la transpiración de la frente con un pañuelo—. ¡Los nervios me hacen transpirar!

Galo no respondió, inmerso en sus propios pensamientos. La señora, por tanto, permaneció en silencio.

Minutos después se detenían frente al hospital. Esteban los esperaba al final de la rampa, sentado en una silla de ruedas, junto una fornida enfermera que sostenía un paraguas sobre las cabezas de ambos.

Elena bajó con los brazos abiertos y lo estrechó en medio de un lloriqueo nervioso, cargado de angustia.

—¿Estás bien, mi querido? —preguntó, acariciando su cara.

—Sí, sí, estoy bien Elena —contestó Esteban, algo fastidioso mientras subía al asiento trasero. Elena le agradeció a la enfermera con un largo discurso mientras ésta sonreía, ansiando ponerse a resguardo de la llovizna, que caía cada vez más espesa.

—¿Estás mejor? —preguntó Cienfuegos, mirando al chico por el retrovisor.

—Sí.

—La enfermera me dio los remedios y me dijo que te cuide —señaló Elena con mucha seriedad, ya en el interior del automóvil, medio volcada hacia atrás—. Así que llegás y te metés en la cama. Si no querés estar solo en tu habitación, tenés la camita extra de mi cuarto, ahí hay televisión y todo. Total, creo que Elsita ya puede volver a su casa. —Esteban mantenía la vista fija en el cristal de la ventanilla. Cienfuegos lo observaba por el retrovisor—. Por lo menos dos días, dijo la enfermera, que tenés que guardar reposo —continuó la mujer— y, si sentís algún dolor, sobre todo en la cabeza, tenemos que llevarte de nuevo al hospital para que te vean los doctores, así que cualquier cosa me avisas; ¿tenés hambre?

—No.

—¡Dios mío! ¡Ya es casi el mediodía! ¡Cómo se voló el tiempo! ¡Espero que Elsita haya podido con las empanadas!

Cienfuegos volvió a mirar el espejo y se encontró con los ojos del muchacho clavados en los suyos. Le impresionó su mirada. Era dura, dramática. Una mirada que alguna vez había visto, o que le recordaba a otra. Volvió la vista hacia el frente. «¿Lo conozco?». Retornó al espejo, los ojos de Esteban se habían fijado de nuevo en el paisaje exterior. Por encima de la vincha de gasa que le rodeaba la cabeza asomaban mechones de cabello castaño.

—Lo que no me dijo la enfermera, es si podés comer cualquier cosa —continuó parloteando, Elena—. ¡Dios! ¡Cómo llueve! ¿A vos te

dijeron algo de la comida? —preguntó, girándose trabajosamente sobre su asiento.

—No. No tengo nada en el estómago, Elena, puedo comer cualquier cosa. Igual no tengo hambre —contestó, lacónico.

Cienfuegos se estremeció ligeramente. Había algo en Esteban que le resultaba conocido. «¿A quién me recuerda?».

—¿Ese no es Mateo? —señaló la mujer, hacia su derecha. Galo miró por reflejo, no conocía a ningún Mateo.

Esteban sí, lo conocía. Sí, era Mateo. Seguro que iba al trabajo. Era enfermero en el hospital del que acababa de salir. Estaría a punto de comenzar su turno.

—Ese infeliz fue novio de Elsita —comentó Elena, con cierto desprecio—. ¡Pobrecita! ¡Es tan ingenua que ya parece tarada!

Cienfuegos sonrió.

—¿Por qué dice eso, Elena? ¡No me parece que esa chica sea tonta!

—¡Es demasiado buena, señor Galo! ¡Y ese enfermerito es un aprovechador! ¡Pasa que, en realidad, anda con una atorranta y como no la puede mostrar en público, usa a Elsita para que todos crean que sale con una chica decente! ¡Menos mal que ella lo dejó! Aunque ahora, la pobre anda como alma en pena. ¡Es muy jovencita, la pobre desgraciada!

Cienfuegos volvió al espejo y se encontró con la extraña mirada de Esteban, como si sonriera con los ojos.

«¿Ironía tal vez? ¿Por qué? ¿He visto antes a este chico?».

# 10

—¿Adónde vamos? —preguntó Romero, ni bien abandonaron la comisaría.

Del Barco metió los sobres en el bolso.

—Al puerto.

—¿Al puerto?

—Y sí. Por algún lado tenemos que empezar, ¿no? Cienfuegos va a estar investigando en el hotel, así que nosotros vamos a ver a los hermanitos alemanes, tal vez logremos saber por qué se escondieron el día de las entrevistas. Me gustaría pasar después por el hotelito, para hablar con Esteban.

—De acuerdo.

Encontraron a los Scull en uno de los galpones del puerto, almorzando junto a sus compañeros, unos doce o quince hombres sentados en sillas plegables, de madera, a lo largo de una improvisada mesa de tablones, apoyados en caballetes. Todos alzaron la vista al verlos entrar, los hermanos Scull se pusieron de pie, muy serios y con cara de pocos amigos.

—Podemos esperarlos —dijo Del Barco, levantando la palma—. Terminen de almorzar tranquilos, no queremos importunarlos.

—Ya terminamos —repuso, toscamente, el más joven.

Los hermanos los condujeron a una especie de cuarto de depósito, en donde se veían objetos dispersos, en completo desorden.

—¿Qué pasa? —inquirió con cierta prepotencia, el mayor de los alemanes, cerrando la puerta tras de sí, levantando la barbilla, con actitud beligerante.

«¿Quieren intimidarnos?». Instintivamente, Romero llevó la mano a su arma.

La inspectora lo detuvo con un gesto, luego observó a su alrededor. Localizó un delgado taburete de metal y lo atrajo hacia sí, lo limpió con una hoja de revista que encontró tirada y se sentó, con un pie apoyado en el piso; los miró fijamente a los ojos, alternadamente.

—La pregunta es simple —dijo con voz calma—. ¿Por qué, el domingo, cuando entrevistamos a todos en el hotel, ustedes dos no aparecieron?

—Ya lo dijimos a comisario, inspectora —señaló el mayor, arrastrando las erres—. Estábamos en cocina. Pensamos que nos iban a llamar, pero cuando dimos cuenta, se habían ido.

Ana del Barco sonrió de lado.

—Eso es una mentira demasiado infantil, caballeros. Saben que

tarde o temprano vamos a descubrir en qué andan, ¿verdad? Entonces, ¿por qué mejor nos lo cuentan y no perdemos tiempo?

El más joven estuvo a punto de abrir la boca, pero el mayor se adelantó.

—No tenemos nada que esconder, inspectora. Hacía calor, estuvimos esperando buen rato en galería; como no nos llamaron pensamos: «mejor vamos a cocina y tomamos algo fresco, después venimos, si necesitan, nos van a llamar». Pero nadie buscó, nos entretuvimos charlando y, cuando pensamos, «qué raro, nadie vino por nosotros», ustedes se habían marchado.

—¿Quién les dijo que nos habíamos ido? —insistió ella, con mirada desafiante.

—Alguien de ahí, del hotel...

—¿Quién?

—No sé nombres.

—¿Cómo que no saben los nombres? ¿No viven ahí?

—Sí, pero no relacionamos mucho.

Romero se adelantó.

—¡Un momento! —exclamó—. Cuando le pedí a la señora Elena la lista de las personas del hotel, me dio dos: una, con los nombres de los residentes, y otra, con los que están de paso; ustedes no estaban en ninguna de las dos ¡Por eso los pasamos por alto!

Los dos hombres intercambiaron miradas. El más joven se retorció las manos sobre el cinturón de cuero que ajustaba su redondo vientre. El otro empezó a rascarse la cabeza.

Del Barco se paró delante de ellos con las piernas separadas y los brazos cruzados. Aunque eran bastante más altos y, por supuesto, mucho más gruesos, los miró con aire de superioridad, con el mentón levantado, para parecer más intimidante.

—¡Estoy esperando!

—Bueno... la verdad es que... señora Elena ni se debe acordar que no estamos en listas —comenzó el menor—. Llegamos hace año más o menos, año y medio, escapando de acreedores, dijimos mentira. —Su hermano entornó los párpados, con resignación—. Hicimos el cuento a señora Elena, que unos hombres querían golpear a él por problema con esposa. Y señora Elena, aceptó dejarnos pasar en hotel un par de semanas. Después se olvidó, la pobre. Como nunca retrasamos con pago y ayudamos con arreglos que haya que hacer en propiedad... Nunca dimos problemas.

—Acreedores —repitió Romero—. Bien ¿Qué tipo de acreedores?

—De los que buscan hasta en retretes y meten tiro en cabeza, si no pagar.

—Drogas.

—¡Ya estamos fuera! —gritó Bren Scull—. ¿Podemos ir?

—No —replicó Ana con tranquilidad—. Necesito que me cuenten cómo pagaron esa deuda. ¿O no lo hicieron aún?

—¡Sí, pagamos! —chilló el menor—. ¡Todavía estamos pagando!

—¡Iker! —gritó el otro.

—Ya está, Bren. ¡Van a saber tarde o temprano! Héctor Modigliani compró deuda. Ahora pagando a él.

—¿El dueño del Ángel y del Mantra? —Romero estaba asombrado.

—Sí.

Los policías se mostraron sorprendidos. Dos veces se habían cerrado los clubes por venta de sustancias ilegales; en ambas oportunidades el abogado de Modigliani había encontrado la vuelta para que las causas no prosperaran y los locales siguieran trabajando como si nada.

—Supongo que el bueno de Héctor no les hizo un plan en cómodas cuotas a dos, tres o quince años —ironizó la inspectora—. Imagino que hay algo que ustedes deben estar haciendo por él.

—Yo cuento todo a usted, a cambio, inmunidad —desafió Iker.

—Inmunidad —repitió ella,

complacida—. Así que la cosa es bastante fulera... Bien. Nos lo vas a contar de todas maneras. Ya veremos qué podemos hacer. Inmunidad tal vez sea un precio muy alto, pero, por ahí podemos ponerlos a salvo de los sicarios de Modigliani.

Bren Scull fue hasta la puerta, espió por una hendija para asegurarse de que nadie estuviera escuchando. Luego se sentó en el piso y se agarró la cara, resoplando nerviosamente.

—¡Vas a hacer que maten! —protestó en voz muy baja, dirigiéndose a su hermano

—No sólo drogas —murmuró Iker, y se detuvo.

—¡Hablá! —gritó Romero con impaciencia.

—¡Quiero que anote, mi hermano y yo sólo ocupábamos de drogas...!

—Ok. No me hagas perder la paciencia, Iker —presionó Del Barco.

—Tráfico de personas —soltó el hombre, en un hilo de voz.

—¡¿Qué?! ¡¿Me están diciendo que Héctor...!? ¿Cómo?

—¡Tienen que prometer que van a cuidar a nosotros! —rogó Bren, levantándose de un salto.

—¡Hablen!

—Acá no. ¡Basta! —dijo Bren, haciendo un esfuerzo por no volver a levantar la voz—. Salimos cinco. Vayan hotel a las seis y contaremos. Acá hay... Paredes oyen.

La inspectora dibujó una sonrisa mordaz.

—No vamos dejarlos acá para que se escapen, tienen que venir con nosotros.

—Si acompañamos, van a dar cuenta que estamos hablando.

—¿Quiénes?

—Algunos nuestros compañeros. Por ahora creen que hablamos asesinatos en hotel, si se dan cuenta que estamos hablando de.... «lo otro» ... ¡Somos hombres muertos!

—Una pregunta más —insistió Romero—. ¿Por qué se presentaron en la comisaría, si lo que querían era pasar desapercibidos?

—Porque tarde o temprano iban a dar cuenta, pareció que, si nos presentábamos voluntariamente, no levantaríamos sospechas. ¡De verdad hubiéramos preferido que interrogaran en hotel! ¡No queríamos que pareciera que estábamos escondiendo! —Iker estaba sumamente nervioso y su rostro totalmente enrojecido, su rabia y su vergüenza se habían puesto al descubierto.

—De verdad fuimos a cocina a tomar algo —continuó su hermano—. Y a discutir qué íbamos a decirles. Cuando fuimos buscarlos, se habían ido. ¡Es verdad! ¡No sabíamos qué hacer cuando dimos cuenta! Después tranquilizamos, dijimos: «Mañana vamos a comisaría a declarar, así no pasa nada». —Bren se encogió de hombros —. «Total... ¡Nosotros no matamos nadie!». ¡Ni se cruzó por cabeza posibilidad de Elena todavía no anotado en dichosas listas!

Los policías salieron del recinto con pasos rápidos y decididos. Los alemanes los despidieron desde la puerta. El resto de los trabajadores conversaban distendidamente, en la sobremesa de su almuerzo. Solo dos de ellos, de temible aspecto, los observaban, muy serios.

Una vez que llegaron al auto, Del Barco pidió por radio una custodia encubierta para el puerto. No terminaba de confiar en que los hermanos no aprovecharían, para escabullirse, antes de las cinco de la tarde. O que alguien, por las dudas, los hicieran pasar a mejor vida.

Obviamente, Salcedo puso el grito en el cielo; tenía demasiado poco personal como para resignar efectivos que cuidaran a dos traficantes, pero Del Barco le aseguró que valdría la pena; no sólo tendría a sus dos asesinos, sino también algo mucho más jugoso para decorar su expediente, quizás, hasta le valiera un ascenso.

Envió entonces al oficial Zuviría y a la joven agente que había asistido a Ana el día anterior. Los dos novatos tenían vastos conocimientos de inglés, por lo que, con ropas apropiadas y sendas cámaras fotográficas colgadas del cuello, se convertirían en un tris, en una simpática parejita extranjera, fascinada con el ¡amazing port of

Canalejas!

# 11

Cienfuegos estacionó en la puerta del hotel. Allí los esperaba Elsita con un enorme paraguas, con el que se dispuso a proteger a Elena.

—Cubrilo a Esteban, que viene todo roto —pidió la mujer, dándole un empujoncito hacia la puerta trasera.

El muchacho, de evidente mal humor, tuvo la intención de bajar rápidamente, pero un dolor en el muslo izquierdo se lo impidió y quedó tieso en medio del asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Elsita, con dulzura. Esteban la miró con hosquedad y continuó quejándose.

Cienfuegos corrió a tomarlo por el brazo. El muchacho gruñó un poco, pero finalmente se rindió y se dejó ayudar. Una vez que lograron bajarlo, Elsita le pasó el brazo por la cintura y él se tomó de ella. Elena lo sostuvo por el otro costado.

—Quédese tranquilo, señor Galo —dijo la señora—. Nosotros lo llevaremos. ¡Guarde sus cosas y suba al comedor, así almuerza!

Cienfuegos observó, por unos instantes, las tres figuras subiendo lentamente las escaleras del hotel. El cuadro lo llenó de recuerdos, aunque, en lugar de un muchacho herido siendo asistido por dos amigas, se vio a sí mismo, totalmente borracho, intentando llegar a alguna parte con la ayuda de dos «alguienes» a los que nunca recordaba después. ¡Qué patética había sido su vida a pesar de la fama! Hizo una mueca y sacudió la cabeza; no tenía caso recordarse de esa forma. Debía enfocarse en el presente, en seguir nutriendo su yo actual, como le enseñó el psicólogo. «Este es el único Galo que existe», se dijo. Cerró las puertas del auto y sacó dos bolsos marrones del maletero, colocó el seguro y entró al hotelito.

Le había llamado la atención la forma en que Esteban había mirado a Elsita cuando ella había ido a ayudarlo. Fue una mirada gélida, casi de desprecio, que la chica no pareció notar. «¿No eran amigos estos dos? ¿Es impresión mía o ella apenas lo miró? ¿Qué hay entre estos dos?».

Una vez acomodados los bolsos en su habitación, subió al comedor. Allí estaban los huéspedes, que lo recibieron con sumo afecto y lo invitaron a sentarse con ellos. Habían unido tres mesas para almorzar todos juntos. Elsita había colocado dos enormes fuentes con empanadas y servía refrescos. Galo recorrió con la vista el salón, no vio a la dueña del lugar ni a Esteban.

—Elena está acomodándolo en su cuarto —comentó Elsita, como si hubiera leído sus pensamientos—. No lo dejó ir al suyo,

arriba, porque no quiere que esté solo.

—Es bastante malhumorado, Esteban, ¿no es así? —preguntó en voz baja mientras ella le servía jugo. Elsita abrió grandes los ojos.

—¡No, para nada! Tiene muy buen carácter. Me parece que está así porque le duele todo. Además, la bicicleta era muy importante para él. —Se le acercó, bajando la voz—. Mientras subíamos le hice un chiste, que me parece que no le gustó —dijo con una risita—, por un momento, ¡le juro que pensé que me iba a empujar por la escalera! Si no hubiera estado Elena, no sé... Esa bicicleta era un regalo del papá, que ya se murió.

—¡Uh! —exclamó Cienfuegos, algo compungido—. ¡Se la podemos mandar a arreglar!

—¿Le parece?

—¿Y cuál fue el chiste que lo hizo enojar? —preguntó, sonriendo, el señor Rogelio, sentado al otro lado de Galo—. No habrá sido sobre la bicicleta, me imagino.

—¡Sí! —Elsita se agachó hacia el centro de la mesa para que pudieran escucharla, aunque siguió hablando muy bajo—: ¡Le dije que ahora se podía comprar una bici de hombre! ¡Me olvidé que se la había regalado el papá!

—Pasa que es una bicicleta playera —explicó Míguez, ahogando la risa—. No tiene caño adelante, entonces parece de mujer.

—Encima —agregó el señor Cáceres—, Esteban le agregó el canasto para traer el pan. Y bueno, quedó como... muy femenina.

—¿Alguno de ustedes conoció al papá? —preguntó Galo, mordiendo una empanada.

—No. Esteban vino hace unos tres años creo yo. O dos, no me acuerdo —declaró el señor Rogelio—. Ni siquiera recuerdo cuánto hace que vine yo. —Sonrió cómicamente y enseguida se puso algo más serio—. Vino buscando un lugar adonde vivir; en realidad, dijo que venía de vacaciones, pero yo estuve hablando con él y me contó que, la verdad era que se le había muerto el papá y no tenía donde ir. Por suerte es un chico sumamente agradable, y como la señora Elena no tiene hijos, medio que lo adoptó. Además, se hizo muy amigo de la pobrecita Inés. Ella lo quería mucho. En realidad, todos lo queremos mucho, ¿verdad?

Todos asintieron, excepto Daniela Rivas, que no parecía formar parte de la conversación. Se había sentado junto a una de las ventanas y no disimulaba su aburrimiento, manteniendo la vista fuera de la casa.

—¿Saben dónde vivía antes? —volvió a preguntar Cienfuegos.

Fue Elsita quien contestó.

—En San Jerónimo.

—Tenía entendido que vivía en Buenos Aires —acotó Armando

Rogelio, con aire de duda.

—También vivió allí —afirmó la chica, sentándose por fin a almorzar.

Elena apareció por la puerta del comedor, con aire cansado Se había quitado los zapatos de taco y se había colocado unas sandalias plásticas que dejaban ver sus dedos regordetes, con las uñas pintadas de rojo. También había cambiado su colorido vestido por un batón más liviano. Pese a que había refrescado, la transpiración le caía a raudales por la frente, y ella la repasaba a cada momento con un pañuelo.

—Se durmió, ¡pobrecito! —exclamó mientras buscaba con los ojos un lugar donde sentarse—. ¡Con tanta pastilla que le dieron, se quedó frito!

Marcos Rivas le acercó una silla; su esposa, aburrida del paisaje exterior, miraba a todos con indiferencia. Detestaba ese lugar. Cien veces le había pedido a Marcos que se hospedaran en El Galeón, ése sí era un hotel con todas las letras, tenía el mejor restaurante del pueblo y la atendían a una como se lo merecía. Solía alojarse allí cuando pasaba las vacaciones junto a sus padres, mucho antes de cometer la estupidez de casarse. En El Galeón nunca habían asesinado a nadie.

—¿Esteban se quedó en su cuarto? —preguntó Cienfuegos.

—En el mío, sí —replicó Elena—. No quiero que esté solito allá arriba. No lo escucharía si necesitara algo, ¿no le parece?

—Él tiene su cuarto en... ¿Hay otro piso?

—La planta baja y éste. Esteban tiene su cuarto en la terraza. Si usted mira desde la calle, hay una ventanita arriba, con techito a dos aguas. Es el único cuarto que hay ahí. Yo lo usaba para depósito, para guardar las escobas y eso, ¿vio? Cuando Esteban decidió quedarse a vivir acá, lo acomodó para él. Le gusta estar solo.

» El resto de la terraza es un espacio muy lindo, hay un lavaderito, unas piletas y algunas plantitas de las que se encarga Esteban, por lo general. Ahí, en la azotea colgamos la ropa... y de vez en cuando, hacemos algún asado, o alguna fiestita. —La señora Elena sonrió y sus mejillas formaron dos simpáticos pompones rojizos que hicieron sonreír al actor.

* * *

Por suerte había refrescado, lo que le dio a Esteban la posibilidad de acomodar unos almohadones, y taparlos con el cubrecama, para fingirse dormido en caso de que alguien se acercara a comprobarlo.

Se colocó una bata de Elena, ya que no pudo encontrar su propia ropa; seguramente la habían llevado a lavar; se calzó unas pantuflas que le sobraban en ancho y le faltaban en largo; se miró en

el espejo y se sintió absolutamente ridículo, disfrazado, con la cabeza vendada que le dolía bastante y manchas violáceas bajo sus ojos, pero necesitaba ir a su cuarto. En realidad, también le hubiera gustado llegarse hasta la habitación de Cienfuegos, a ver en qué andaba ese tipo, aunque era peligroso que lo encontrasen hurgando las pertenencias de un inquilino. Por ahora, lo urgente era ir hasta su propio cuarto. La buena de Elena quería cuidarlo, él lo sabía; la pobre tenía las mejores intenciones, pero a veces se excedía. Él ya no era un bebé.

Se acercó a la puerta y, abriéndola suavemente, espió el pasillo hacia uno y otro lado. Las voces venían del comedor. Todos estarían almorzando, nadie le prestaría atención. Comenzó a caminar por la galería con el cuerpo pegado a la pared, mirando siempre hacia el fondo, donde estaba el comedor; temía que, en cualquier momento, Elsita pudiera cruzarse hasta la cocina y lo viera. ¡Era lo único que le faltaba!

El dolor de cabeza se había vuelto más intenso, tal vez la adrenalina no le estuviera sentando bien en aquellos momentos. Al llegar a la escalera volvió a mirar, se escuchaban risas; se preguntó si todos los inquilinos estarían allí o si a alguno se le habría ocurrido quedarse en su cuarto. Tenía que apurarse. Comenzó a subir lentamente. Una punzada de dolor le atravesó la sien, hizo un esfuerzo para no gritar. Se agarró la cabeza y siguió subiendo, sigilosamente. Al llegar al rellano no pudo más, el dolor lo atravesó de lado a lado y cayó.

Alguien se acercó en puntas de pie, subió los escalones y se quedó a su lado, observándolo por algunos segundos. Esteban abrió ligeramente los ojos, agarrándose la cabeza y quejándose. Se acomodó en el piso con cierta dificultad y levantó la vista.

—Rosamund...

—Va a estar bien, no dejen que se levante —ordenó el médico, al salir de la habitación.

—Quédese tranquilo doctor, no lo voy a dejar poner un pie fuera de la cama —aseguró Elena—. ¡Yo no sé qué pretendía hacer este chico! —Miró a los demás, que se habían quedado preocupados en la galería—. ¡Menos mal que Elsita lo encontró!

Cienfuegos observó a la muchacha, que estaba de pie junto a la puerta de la cocina, con las manos en la espalda. Su rostro expresaba algo indescifrable. ¿Miedo? ¿Preocupación? ¿Incertidumbre? Decidió ir a hablarle.

—Elsita, ¿estás bien?

—Sí. Me asusté un poco nomás. Pero estoy bien, no se preocupe.

—Bueno, cualquier cosa que quieras o necesites contar, podés confiar en mí, sé guardar secretos.

—Gracias. —La joven bajó la vista y a Cienfuegos le pareció que se había sonrojado. Hubiera querido insistir un poco más. Intuía que había algo que Elsita se estaba guardando y le hubiera gustado saber qué, pero juzgó que no era momento para presionarla. La chica parecía perturbada, mejor no molestarla.

Regresó a la puerta de la habitación, donde Elena conversaba con los inquilinos. El médico ya se había marchado.

—Le puse dos almohadas porque el doctor dijo que tiene que mantener la cabeza más alta —decía la mujer—. Me parece que le molestaron, entonces las quitó y al bajar la cabeza, se descompuso. Pienso eso porque las almohadas estaban puestas a lo largo de la cama, como si las hubiera apartado.

«¡Qué inocente es!» —pensó Cienfuegos al escucharla—. «¿A lo largo de la cama?».

—¿Las almohadas estaban tapadas? —preguntó, con una sonrisa.

—Creo que sí, con los nervios... Sí, se ve que quiso acomodar y corrió el cubrecama.

Juan Manuel Míguez, que había acompañado al médico hasta la puerta, estaba llegando a los últimos peldaños cuando sonó el teléfono, situado en mitad de la galería. La señora Elena le hizo una seña para que lo atendiese

—Hola. Sí... Sí, un momento por favor. Cienfuegos, es para vos. —Míguez dejó el auricular sobre la mesita y fue a reunirse con los demás.

Galo le agradeció, al tomar el aparato.

—Diga... ¡Manuel, qué sorpresa! ¿Qué novedades hay?

* * *

La cita para la realización del identikit de Belén era en la comisaría, a las tres de la tarde. Pese a los contratiempos sufridos en el hotel, Cienfuegos llegó puntual. La inspectora y Romero lo esperaban junto al especialista.

Tras las presentaciones de rigor, Cienfuegos les informó sobre la salud de Esteban; luego se ubicaron en torno a una computadora que el técnico comenzó a manejar con soltura.

—Hay novedades —empezó a relatar el ex actor—. Manuel estuvo hablando con las familias de Adriana Schiavone y de Fabián Núñez, en San Jerónimo. Y con los amigos de ambos. Los dos eran chicos comunes y corrientes, ella tenía dieciocho años, él veintiuno. Se gustaban, aunque a ella le gustaba él más de lo que a él le gustaba ella. Salieron un par de veces a dar unas vueltas con los amigos, a tomar un helado; cosas de chicos, sin demasiado compromiso. Parece ser, que un fin de semana, en algún pub, Fabián conoció a Belén. Guido, amigo de Fabián, dice que quedó enloquecido con ella.

—¿Guido vio a Belén? —preguntó Romero.

—No, estaba con su noviecita en otro lugar del pub. Fabián se lo contó después. Parece que Adriana se lo tomó bastante mal. Hubo reclamos, algunas lágrimas. La madre de Adriana confirmó que la chica tuvo un par de días algo melancólicos, pero que después se le pasó.

El joven de la computadora requirió su atención, estaba listo para comenzar el retrato.

Cienfuegos se aclaró la garganta.

—Veamos, era una chiquita de unos quince años, flaca, alta, cara redondita... —El joven tecleó y en la pantalla, aparecieron diferentes tipos de óvalos—. No, cachetona no —señaló—, redondita. Bueno —continuó hablando a los policías—, Belén le comentó a Fabián que vivía en Canalejas y que había ido a San Jerónimo para visitar a alguien. No, no tan redonda —indicó al técnico—. Eso es una galleta. Redondita, como las caritas de los nenes... redon..., sí, así está mejor, creo que podemos probar con eso. Tenía flequillo, usaba un pañuelo en la cabeza, ancho, como una vincha y lo tenía atado en la nuca, recuerdo que las tiras le colgaban sobre el hombro. Tenía un flequillo lacio, medio rubio, bastante largo.

—¿Pelo largo? —preguntó el muchacho

—No me acuerdo, puede ser. Ya te digo que tenía ese pañuelo; me acuerdo del flequillo porque le quedaba muy simpático. Fabián y Belén —siguió hacia Ana y Romero—, charlaron varias veces por

teléfono. Él hablaba desde su casa. Manuel está tratando de averiguar desde qué teléfono hablaba ella. Parece que la última vez que se encontraron, en la estación de trenes, no habría sido la primera. Y escuchen esto, parece que los padres de Belén no la dejaban salir demasiado, por lo cual, le había pedido a Fabián que no la visitara en Canalejas. Pero una vez, él la visitó igual y ella se enojó mucho. Después de eso, comenzaron a encontrarse en San Jerónimo. Todo esto lo contó Guido, el amigo de Fabián.

—Bien —intervino el técnico—, ahora los ojos.

—Yo la vi furiosa —recordó Cienfuegos—, así que su mirada era bastante enojosa. —Como buen actor que era, hizo los gestos, a medida que los describía—. El color no lo recuerdo, pero no eran ni muy oscuros ni claros... Verde, tal vez gris, marrón, no sé. Pupilas grandes. O, quizá, como estaba enojada, abría mucho los ojos.

—¿Recuerda si llevaba maquillaje?

—Ni idea.

—¿Cómo era la boca? ¿La nariz?

Mientras preguntaba, el muchacho iba corriendo narices y pares de ojos sobre la cara de la pantalla.

—La verdad es que no me acuerdo tanto detalle. La vi un ratito nada más. Creo que tenía una nariz pequeña y labios finos... ¡La boca! ¡Sí! Recuerdo que tenía los labios pintados de un rosa chillón. —Hizo una pausa—. La mamá de Adriana Schiavone —prosiguió— dice que no recuerda que su hija le haya hablado de ninguna Belén hasta el viernes, cuando le dijo que se iba a encontrar con ella en la estación.

—¿No le preguntó quién era? —preguntó Del Barco—. Las madres suelen interesarse por saber a quiénes ven sus hijos, ¿no?

—Una amiga. No le dijo nada más. —Cienfuegos miró de nuevo el monitor.

—Esa se parece bastante... —concedió—. La verdad es que no lo puedo asegurar. ¿Podés ponerle un pañuelo en la cabeza? Brillante, de colores, a modo de vincha.

—¿Hay alguien más que haya visto a esta chica? —preguntó Ana.

—¡Ah! —exclamó Galo, chasqueando los dedos—. Manuel estuvo en la estación, hicieron una convocatoria para la gente que estuvo el día del accidente... Bueno, hay tres jóvenes y una mujer que dicen haber visto el momento en el que Fabián cayó delante del tren. Ninguno está seguro si tropezó, si lo empujaron o se tiró. Dos de los chicos y la mujer dicen que lo vieron con una piba y que, en cuanto comenzó el griterío, ella desapareció. Tanto es así, que llegaron a preguntarse si no habrían caído los dos. Pero no, los restos encontrados dicen que solo Fabián terminó bajo el tren.

—Y esas personas de la estación ¿Podrían reconocer a Belén?

—No lo sé. En cuanto terminemos con esto, vamos a enviar el identikit a Manuel y veremos qué pasa.

El técnico, finalmente obtuvo un rostro para mostrarles, mas éste no convenció a Cienfuegos.

—No —dijo—, esta chica tiene una cara muy adulta, la Belén que yo vi era más... aniñada. Con rasgos más... No sé.

—¿En qué año la viste?

—Habrá sido... A ver, dejame hacer memoria. A mediados del ochenta y cinco creo yo. O del ochenta y seis. ¡Ochenta y seis! Sí, porque en el ochenta y cinco no estuve en Argentina. Fue en el invierno del ochenta y seis.

—Y tenía más o menos quince años, según tu apreciación.

—Más o menos, sí. Es difícil saberlo con las chicas de hoy.

—Entonces ahora debe tener unos veinticinco, veinticuatro, veintiséis tal vez. La del identikit, ¿no podría ser ella a los veintitantos?

—Podría ser... No lo sé.

—Ajustamos lo que usted me diga —intervino el muchacho, levantando sus gafas.

—Es que no sé qué... Cada rasgo está bien. No puedo decir otra cosa porque es lo que recuerdo, lo poco que recuerdo. Por partes está bien, pero el conjunto no me parece ella.

* * *

Cuando Esteban despertó se encontró con Elena que, sentada a su lado, lo miraba con una cariñosa sonrisa.

—¡Nenito! —suspiró, acariciando su brazo—. ¡Qué susto nos diste! ¿Cómo te sentís?

—Bi...Bien —respondió, intentando incorporarse, Elena lo sujetó por los hombros.

—No, no, no. Ya hiciste bastante por hoy. El doctor dijo que tenés que quedarte en la cama por lo menos, hasta mañana. ¡Te diste un flor de golpe!

—Está bien —consintió el chico, agarrándose la cabeza—. Pero hagamos un trato.

—¿Qué trato? Acá no se puede tratar nada.

—Yo me quedo en la cama todo el tiempo que diga el médico, pero en mi cuarto, ¿dale? Quiero ir a mi cuarto.

—Pero, ¿por qué? ¿No estás cómodo acá?

—Elena, porfi, quiero ir a mi cuarto. Quiero estar con mis cosas. ¡Por favor!

—¡Pero hijo! —protestó, apenada, la mujer—. ¡No puedo estar subiendo las escaleras a cada momento para saber si estás bien!

—Que suba Elsita.

—Pero ella se va a su casa, hoy. La policía ya revisó su... coartada ¿Se dice así?

—Bueno, no sé Elena. Poneme un teléfono en la pieza. ¡Que se quede uno de los policías, ya que parece que se van a quedar a vivir acá!

—¡Ay, las cosas que decís!

—Yo puedo subir a ver si está bien —aseguró una voz, desde la puerta. Ambos se voltearon, extrañados. Era Daniela Rivas que, apoyada en el marco y con los brazos cruzados, los observaba con una extraña sonrisa. Caminó con lentitud hacia la cama—. A mí no me molesta —añadió—. Al contrario, ya que ni siquiera puedo salir del hotel, al menos haré algo de ejercicio subiendo y bajando escaleras.

—Se lo agradezco mucho, señora —replicó Elena—. Pero la verdad es que usted es una inquilina y puedo andar molestándola; tal vez le pida al señor Cáceres.

—No se preocupe —insistió la señora Rivas—. Le pediremos a mi marido y a Míguez que lo suban hasta su cuarto, son hombres fuertes y no les va a resultar ningún problema. Después, yo me ocuparé de cuidarlo.

Elena negó con la cabeza, no lo permitiría. No, señor. Su instinto le decía que algo no andaba bien. La mirada de Esteban era amenazante. La sonrisa de ella también.

# 13

Una vez terminado el identikit, la inspectora Del Barco se lo mostró al Comisario Salcedo, que lo observó durante largos minutos, acariciándose la barbilla. Odiaba los identikits, le resultaban feos, imprecisos. Las personas nunca salían bien. Eran horribles. Devolvió el papel a la inspectora con un suspiro de resignación.

—Bien —dijo. Distribúyanlo, verifiquen datos, si fue ingresada alguna vez.... ¿Es todo lo que hay acerca de ella? ¿No hay un apellido, una dirección..., ¿algo?

—Por ahora no.

—¿Y ustedes piensan que es la asesina de la chica de San Jerónimo?

—Y de Fabián Núñez —agregó Romero.

Salcedo se volteó hacia él.

—Todavía no se sabe en qué circunstancias murió ese chico —consideró.

—Adriana Schiavone fue a encontrarse con Belén y nadie volvió a verla —apuntó Del Barco—. Apareció muerta. Fabián Núñez, igual. Es mucha casualidad. Al menos tendríamos que intentar hablar con esta dichosa Belén.

—De acuerdo. Búsquenla.

—¿Alguna novedad del puerto? —inquirió la inspectora, que no había vuelto a tener noticias de aquella pista, tan gentilmente cedida por los hermanos Scull.

—Puse a la parejita a dar vueltas y a sacar fotos por ahí. Tengo dos autos vigilando. Espero que estés en lo cierto, porque si no....

—Tranquilo Salcedo. Te van a dar una medalla por esto.

El comisario suspiró, con poco convencimiento.

—¿Y de los muertos del hotel? ¿Qué se sabe?

—Ahí estamos un poco más perdidos —reconoció Del Barco—. ¿Podría ser que tenga que ver con las actividades de los dos alemanes?

—Carolina Hortiguera, tal vez. Pero, ¿la viejita? ¿Te parece?

No, realmente no le parecía. Era difícil creer que Inés estuviera vinculada con el tráfico de personas.

Mientras los dos policías estaban reunidos con el comisario, Cienfuegos los esperaba sentado en el cómodo sillón, frente al escritorio de la inspectora, jugueteando con los bolígrafos y marcadores que encontró en el lapicero. «Se parece bastante a la Belén que recuerdo», pensaba, mirando la hoja con el dibujo. «¿La he vuelto a ver? Algo me dice que sí. Pero ¿dónde? ¿Cuándo?... Elsita... ¿Qué le pasa a esa chica? ¿Qué le pasa con Esteban? ¿Le gusta? Y la mujer,

Daniela Rivas, ¿qué esconde? Es raro... Muy raro».

—Listo, Galo. —Ana lo sacó de sus cavilaciones—. Vamos a mandar esto a Manuel Drago para que lo distribuya en San Jerónimo; nosotros vamos a hacer lo mismo por acá. —Giró sobre sí misma y le entregó la hoja con el dibujo a Romero—. Yo me voy a ocupar de las muertes del hotel. ¿Me acompañás? ¿O preferís seguir con Belén? —agregó, dirigiéndose a Cienfuegos.

—Te acompaño.

* * *

Juan Manuel Míguez y Marcos Rivas llegaron a la terraza con Esteban en brazos. Elena, agitada y sudorosa, había subido tras ellos. Se adelantó para abrir la puerta de la habitación.

—¡Déjenme en el piso! —reclamaba a viva voz, el muchacho—. ¡Puedo caminar dos pasos!

Pero nadie le hizo caso y fue depositado, con mucho cuidado, sobre su cama. Elena abrió las ventanas y encendió el ventilador.

—¡Qué lindo cuarto! —exclamó Rivas.

—Yo pensé que te morirías de calor acá arriba, pero con las dos ventanitas y la puerta abierta, corre bastante aire —acotó su esposa, que también había subido.

Esteban la miró con desagrado. Elena, siempre pendiente de su muchacho, lo notó.

—Bueno, vámonos todos —ordenó—. Dejemos que el enfermucho descanse.

—Yo lo cuido —volvió a insistir Daniela—. Quedamos en eso, ¿no?

—No —respondió Elena—. Usted baje, que yo me encargo.

—¡Ay Elena! —rio la mujer—. ¡Si usted misma dijo que no podía estar subiendo y bajando la escalera a cada momento!

—No se preocupe por eso, señora Rivas. Yo me ocupo. —Estaba decidida a no dejarla allí; se había dado cuenta de que a Esteban le molestaba su presencia, aunque no comprendía el motivo. De todos modos, no permitiría que nada perturbara a su chiquito—. Muchas gracias a todos. Vamos abajo.

—Cierren un poco esas ventanas —reclamó Esteban.

Míguez fue quien se ocupó de hacerlo, entornó las hojas dejándolas entreabiertas para que entrara el aire. Elena esperó a que salieran todos.

—Esteban, querido —dijo, al cerrar la puerta, guiñándole un ojo—, en un rato subo.

—¡Gracias, viejita! —repuso él, tapándose hasta la cabeza con la sábana.

La mujer sonrió, mientras la frustración de Daniela Rivas

resultaba más que notoria. Su mirada destilaba furia. Justo cuando había encontrado con qué divertirse, se lo quitaban. Bueno, era cuestión de paciencia. Después de todo, Elena no iba a pasarse las veinticuatro horas protegiendo a su nenito.

* * *

En la comisaría, Facundo Romero había terminado de fotocopiar el identikit de Belén. Se sentó al escritorio y se dispuso a enviarlo por fax, a San Jerónimo.

Mientras esperaba la señal, miraba la hoja que tenía en la mano. «Yo he visto a esta chica en alguna parte, ¿dónde?».

El pitido le avisó que podía pulsar el botón verde. Lo hizo y el papel se deslizó suavemente, regresando después.

Dejó la hoja sobre el escritorio, con el resto de las fotocopias. Miró a su alrededor, nadie le prestaba atención. Entonces respiró hondo, tomó nuevamente el teléfono y marcó un número.

—Hola, papá, tenemos que hablar... No. No. Sentémonos a hablar como dos... Hola... ¡Hola! —¡Le cortó! La frustración le hizo estampar el auricular contra la base del teléfono. En sus húmedos y enojados ojos había una profunda tristeza, que comenzaba a ahogarlo. Se puso de pie con tanta furia que la silla cayó estrepitosamente, hacia atrás.

—Perdón —dijo, avergonzado, mirando a su alrededor. Sus compañeros lo observaban, asombrados. Incluso Salcedo, desde su oficina, mostraba su disconformidad meneando la cabeza.

Facundo acomodó la silla, tomó las fotocopias, su morral y salió de prisa.

Salcedo no dejó de observarlo hasta que lo tuvo fuera de su vista. No le gustaba Romero.

* * *

Ana y Galo se hallaban sentados junto a uno de los ventanales del comedor del hotel. Elsita les servía jugos y café.

—¿Cómo está Esteban? —preguntó la inspectora—. Me gustaría verlo.

—Pregúntele a la señora Elena, creo que por ahora necesita descansar —respondió la chica con desgano—. Lo llevaron a su cuarto, arriba. Yo tengo que subir a cada rato a ver si está bien. —Hizo un gesto de fastidio, resopló y se alejó.

—Mirá —dijo Ana, sin percatarse de la forma en que Galo observaba a la chica—. Acá están las fotos de los homicidios. Detrás del cuerpo de Inés hay como un blanco, ¿lo ves? Todo está lleno de sangre, pero acá —señaló detrás de la cabeza—, hay una parte que no

tiene sangre.

—La «silueta del asesino».

—Exacto. Inés estaba acostada en su cama. Según el forense, él o ella, se colocó casi sobre la almohada. Y a juzgar por las fotos, coincide, ¿ves?

—Sí.

—Apoyó la cabeza de la viejita sobre su falda y le pasó el filo por la garganta. —Ana se estremeció—. Se necesita mucha sangre fría para hacer eso. Un psicópata. Pero, nos dice algo: Inés conocía a su agresor.

—¿Le abrió la puerta?

—Elena dijo que nunca cerraba con llave, cualquiera podía entrar en su cuarto.

—Inés no sólo conocía al asesino o asesina —señaló Galo, pensativo—. Además, le tenía confianza. Mirá este informe, no muestra signos de lucha. Y, de acuerdo a la foto, el asesino se habría sentado o acuclillado en la almohada e Inés colocó su cabeza en la falda, aparentemente por voluntad propia, porque, repito, no hay señales de forcejeo, ni se encontraron drogas en su sistema.

—Es raro —pensó Ana en voz alta—. ¿A quién dejás que se siente en tu almohada y le apoyás la cabeza en la falda? A tu pareja, únicamente. No hay señales de que Inés, con ochenta años, tuviera una pareja.

—A los ochenta años... —meditó Cienfuegos—, podría ser un hijo, una hija, nieto, nieta...

—Pero se supone que no tenía familia. Eso dijo Elena.

Galo asintió. Observó un grupito de cuatro fotografías, debajo de uno de los papeles. Levantó una.

—¿Qué es esto?

—Un alhajero que se encontró en la escena. Estaba vacío, tirado en el piso. De acuerdo a lo que contó Elena, la viejita podría haber tenido alguna joya, aunque no de gran valor. En realidad, no está muy segura, porque cree que, en realidad, la pobre no tenía nada. Tal vez el asesino vio algo que le gustó y se lo llevó.

—Hay un grabado acá.

—Sí, lo descubrieron en el laboratorio. Tal vez sea una marca. Es muy viejo y está deteriorado, faltan algunos trocitos de letras y letras enteras...

—Cor- ra —leyó el actor.

—Es lo que alcanzó a reconstruir el perito. Falta una letra en el medio.

—Una i —estimó, con la mirada fija en la foto—. Y a la segunda r le falta una patita, es una n. Corina. Este alhajero era de Corina Fuentes, lo tenía sobre su mesa de noche.

Ana quedó estupefacta. De verificarse tal cosa, el alhajero conectaba directamente el asesinato de Inés Farías con el de Corina Fuentes y con la misteriosa Belén, lo cual también conectaba con Adriana, Fabián y, tal vez, con Carolina Hortiguera.

—¿En su mesa de noche? O sea que vos... entrabas a su dormitorio, eran íntimos.

Cienfuegos sonrió con cierta tristeza.

—No. O, bueno, tal vez. Dos personas que acostumbran juntarse para emborracharse hasta no dar más, terminan teniendo una relación bastante íntima. Se cuentan cosas que, sobrios, no se las contarían a nadie. Uno pierde la vergüenza, el miedo, la dignidad. Esa era toda la intimidad que tuve con Corina. Era una de las pocas mujeres en el mundo que no era «mi tipo». — Marcó las comillas con los dedos y su ronca voz se llenó de melancolía. Ana no supo si fue por el recuerdo de Corina o por su pasado como adicto. O por ambos —. No sé la historia del alhajero —continuó Galo—. Nunca le pregunté de dónde salió ni por qué tenía grabado su nombre. Sólo sé que no guardaba joyas ahí. No las tenía. No verdaderas, al menos. Lo usaba para guardar cocaína, ácido, heroína, lo que tuviera. Siempre tenía algo. Por eso te puedo asegurar que ese joyero es..., era de Corina. Yo lo conocía bien.

—Tenemos que hablar con Elena. Tal vez sepa algo más. La voy a buscar —Ana se levantó. Galo comenzó a juguetear con la cucharita del café. Sus recuerdos retrocedieron unos años, hasta el departamento de Corina, su risa contagiosa, sus divagues. Nunca había habido entre ellos una intención sexual. Corina no era el tipo de mujeres por las que Galo pudiera sentirse atraído, pero era una buena mujer. Al menos lo había sido con él.

No tenía idea cuáles fueron las circunstancias que la habían llevado a abandonar a su marido y a su hijo. O a matarlos. Por más esfuerzo que hiciera, no podía recordar qué le había contado al respecto. «¿Me dijo que su hijo tenía un problema? ¿Por eso lo abandonó? ¿Los mató? ¿Me lo habría contado si lo hubiera hecho? Tal vez, mi estimada Corina no era tan buena persona, después de todo».

Elena y Del Barco se acercaron y se sentaron junto al actor. Elsita trajo jugos y café. Esta vez sí, Ana notó la forma en que Galo observó a la muchacha. Tal vez había algo extraño en ella. Prefirió no decir nada por el momento.

—Elena —expresó, en cambio—, ¿usted conocía bien a la señora Inés?

—Bastante bien, sí. Hace como diez años que ella vive..., vivía, acá. Desde que abrí el hotelito. Es más, me ayudó a abrirlo.

—Cuéntenos, por favor.

—Estaba solita desde... No sé mucho de su vida. Vivía sola, en

la parte antigua del pueblo, al norte. Yo iba a limpiarle la casa una o dos veces por semana, era bastante..., ¿cómo se dice? Huraña. Pero a mí me trataba muy bien.

» Cuando enviudé me pagaron un buen dinero. Mi marido era obrero y tenía un seguro, por si se moría en un accidente de trabajo. Yo no lo sabía, me enteré cuando murió. La señora Inés conocía mis sueños; varias veces lo habíamos hablado, de tener un hotelito, o una posada. Usted sabe, en el verano viene bastante gente a la playa, y los únicos lugares que había para hospedarse eran El Galeón, que es carísimo, y El hostal del Moro, que es un poco más económico, pero igual resulta caro para cierta gente. Yo quería algo más barato, para los que no tienen recursos. Bueno, Inés me convenció primero y me ayudó después, a vender la casa que teníamos con mi marido y, con esa plata más la del seguro, comprar esta hermosa esquina para transformarla en un hotel. Incluso ella también vendió su casa y me prestó la plata para que comenzara. La pobrecita no quería vivir más tiempo sola y se mudó conmigo. —La buena mujer se enjugó las lágrimas con su eterno pañuelo de mano, agarró el vaso de jugo y bebió, de a sorbitos.

—¿Dónde, exactamente, vivía antes la señora Inés? —preguntó Cienfuegos.

—Detrás de los andenes. ¡Tenía una casa preciosa! Pero la pobre llevaba demasiado tiempo viviendo sola, con poco dinero. La casa estaba muy deteriorada.

—Detrás de los andenes —pensó la inspectora, en voz alta—. Dígame, Elena..., por ahí cerca había una calesita, ¿verdad?

—¡Claro! Justo ahí, a la vueltita. Usted salía de la casa de la señora Inés, y a dos pasos estaba la esquina, doblaba y, para un lado estaba la vía del tren, a unos quince o veinte metros, hacia el otro, el taller de Antonio y a unos pasos más, la calesita.

—¿Antonio? —preguntó Cienfuegos, con asombro.

—Sí, alquilaba el taller, arreglaba de todo, desde cocinas hasta bicicletas.

—¿A quién le alquilaba el taller?

—No sé. Sé que era alquilado porque una vez le llevé una plancha para arreglar y estuvimos hablando un ratito; era un hombre muy amable. El pobre murió, me enteré años después.

—¿Sabe si tenía un hijo? —inquirió nuevamente, Cienfuegos.

—Una nena, tendría unos ocho o diez años por aquél entonces...; la vi de lejos porque alguna vez, Antonio me la señaló. ¡La adoraba! La nena estaba en la calesita, con otras niñas, así que nunca supe cuál de todas era.

—¿Una nena? —el rostro de Cienfuegos rezumó decepción.

—Sí, la verdad es que no me acuerdo mucho. Mi memoria ya

no es la misma que antes. Me acuerdo que Antonio le estaba construyendo una carroza, ¡pobrecitos! —Sonrió con nostalgia, mientras las lágrimas se le derramaban sin remedio—. Me la mostró cuando le llevé la plancha, que fue el momento en que más hablamos. Era un armatoste que estaba a la entrada del garaje, parecía un karting, con unas ruedas enormes... No me acuerdo de la nena porque, ya le digo, nunca llegué a identificarla entre las otras que jugaban con ella. ¡Pero el pobre Antonio la adoraba! Decía que era su princesita. ¡Hasta le había hecho un trono! —La mujer limpió sus lágrimas—. El trono era una especie de pilar de piedra, unos adoquines que el padre había amontonado y pegado con..., cemento, supongo. Me pregunto qué habrá sido de la vida de aquella chiquita. ¿Cómo se llamaba? Inés seguro que se acordaría...

—¿Belén? —preguntó Cienfuegos, siguiendo una corazonada.

—Podría ser, no me acuerdo... Pero podría ser.

# 14

Cuando Romero regresó a la comisaría, a última hora de la tarde, el comisario lo estaba esperando. Lo llamó a su oficina.

—¿Novedades?

—Ya pasé el fax a San Jerónimo. Estamos esperando respuesta acerca de la identificación de la chica del andén, presumiblemente, Belén. Y llevé las copias del identikit a las estaciones de tren, de ómnibus, a los lugares de hospedaje, a las estaciones de servicio...

—Bueno, bueno, muy bien —interrumpió el superior—. ¿Su relación con la inspectora Del Barco está bien?

Romero levantó una ceja, le extrañó la pregunta.

—Perfecta, señor.

—Bien. Porque hoy al mediodía lo noté un tanto alterado, ahí afuera. —Señaló el escritorio. Romero enrojeció.

—Le pido disculpas por eso, señor. Es un tema personal.

—¿Problemas con su esposa?

—No estoy casado, señor.

—¿Con su novia?

Romero inspiró profundamente y exhaló como para dejar en claro su molestia. No le gustaba que lo interrogaran sobre su vida personal.

—No tengo novia, señor —contestó a regañadientes.

Salcedo sabía perfectamente que era soltero y no tenía hijos. Ahora le decía que tampoco tenía novia; se preguntó entonces, qué clase de problemas podría tener un joven, soltero, con trabajo y sin mujer que lo atosigara. A él le iba muy bien de esa forma, y eso que era bastante mayor. Encogió los hombros.

—¿Hay algo en lo que yo pueda ayudar? —preguntó, en un fingido gesto de cortesía.

—No, señor. Se lo agradezco.

—De acuerdo. Si necesita unos días, avísele a Del Barco.

—No es necesario, señor. Pero muchas gracias.

—Está bien. Vaya nomás.

Romero salió de la oficina y Salcedo se quedó pensando que era una pena que no necesitara unas pequeñas vacaciones. ¡Le hubiera gustado tanto no verle la cara por unos días! En realidad, no tenía idea por qué no le gustaba. Había algo en él que le molestaba. Le parecía demasiado... «perfectito».

Facundo se sentó en su escritorio y llamó por teléfono al hotel. La inspectora y Cienfuegos lo esperaban allí. Estuvo a punto de hacer otra llamada, pero se contuvo. Salcedo lo miraba fijamente desde su

escritorio. Tomó su morral y partió.

* * *

—Vine a ver cómo estás —dijo Elsita, con voz seca, entreabriendo la puerta, sin atravesar el umbral.

—Estoy bien —repuso Esteban.

—¿Necesitás algo?

El chico se sentó en la cama y abrazó una almohada.

—Entrá.

Ella dudó, pero al ver un oficial apostado cerca de la escalera, tomó confianza. Empujó suavemente la puerta y entró, sin cerrarla del todo. Se quedó de pie.

—¿Qué querés?

—¿Fuiste vos quien me encontró en la escalera?

—Sí.

La miró, desafiante.

—¿Estabas con alguien?

—No, pero la Rivas, se ve que me siguió. Yo ni la había visto; estaba parada al pie de la escalera.

—¿Dijo algo?

Elsita encogió los hombros.

—¿Qué va a decir? «¿Está vivo?», preguntó la muy estúpida.

El muchacho sonrió.

—¿Y mi bicicleta?

—El señor Galo dijo que tal vez la mandaba a arreglar.

—¡No! Decile, por favor, que me la traiga, esté como esté. Yo mismo la voy a arreglar cuando me sienta mejor.

—¿Y con qué herramientas la vas a arreglar?

—¡Yo tengo herramientas! Las que están abajo, en el cuartito de la escalera, son mías. Igual le puedo pedir a Héctor que me ayude. Pero la quiero arreglar yo.

—Está bien, le digo. ¿Algo más?

—No.

—Bueno. Chau.

—Chau.

Elsita bajó lentamente la escalera, absorta en sus propios pensamientos.

«La Rivas llegó después. Yo sé que vos sabés. Y vos sabés que yo sé. Pero yo sé algo que vos no sabés: que me las vas a pagar».

* * *

Rosamund abrazó sus rodillas y lloró. Con tanta angustia que sintió que el corazón saldría en cualquier momento de su pecho y se estamparía contra la pared.

Tenía tanta necesidad de verlo, de hablar con él, de estar con él. Quería mirarse dentro de esas pupilas maravillosamente verdes, quería besarlo, que la tocase. No hablaban desde el sábado, cuando habían estado juntos, bailando en El Ángel. Tan felices, tan enamorados.

Ella lo había visto después. Pero él a ella no. Tuvo ganas de gritarle para llamar su atención, pero no lo hizo. Tantos años cuidándose, no iba a traicionarse ahora, de una forma tan burda.

Se levantó para tapar el espejo con uno de los pañuelos que tenía escondidos bajo la cama, en una hermosa caja forrada de azul.

Tenía que taparlo; no quería verse con los ojos hinchados y enrojecidos de llanto. Odiaba verse fea. Cuando lloraba se veía fea. Volvió a tirarse en la cama, cuidó de meter bien abajo la caja azul. Y siguió llorando hasta que se quedó dormida.

Entonces todo se volvió gris. La silueta de Belén se acercó sigilosa, con una sonrisa dibujada en los labios. El rostro se veía borroso, pero era ella. Inconfundible. Sonreía. Le extendió la mano y la invitó a tomarla. No lo haría. Contrajo el brazo. Quería huir, escaparse, correr. No podía. No podía moverse, no podía gritar. Belén la miraba, extrañada, hasta parecía triste, a pesar de su sonrisa. ¿Por qué no querría irse con ella?

—¿Me vas a dejar sola? —preguntó, comenzando a reír. Era una risa forzada, dura, furiosa. Dolorosa. Trágica.

—¡Sabés que no podés dejarme sola! —gritó.

Se despertó de golpe y se sentó en la cama. Estaba empapada de sudor. Su corazón latía con fuerza. Belén quería matarla y ella lo sabía. Tendría que matarla primero. ¿Matar a Belén? ¿Podría?

# 15

Romero llegó bufando, de muy mal humor. Se acercó a la mesa en la que se hallaban la inspectora Del Barco y Galo Cienfuegos, y se sentó junto a ellos, en el comedorcito del hotel.

—No tenés buena cara —señaló Del Barco.

—¿No? Bueno, no es nada.

Ana levantó las cejas. Prefirió no preguntar y lo puso al corriente de las últimas novedades con respecto al alhajero y a lo que Elena les había contado de la señora Inés.

—¿Ustedes creen que esa nena, la hija del tal Antonio, es nuestra Belén? —preguntó, atónito.

—No estamos seguros —concedió Cienfuegos, mordiendo uno de los grisines que acababa de llevar Elsita en una canasta—. Pero parece probable, ¿no? Además, Belén, hace tiempo que dejó de ser una nena, debe tener ahora unos veintitantos.

—Una pregunta que me quedó pendiente. —Ana tomó otro grisín y se dirigió a Galo—: ¿Por qué pusiste esa cara de asombro cuando Elena mencionó a Antonio?

—Porque Antonio, si no me equivoco, se llamaba el primer marido de Corina, el papá de su hijo. Por un momento pensé que podía ser el mismo, pero ya ves, me equivoqué de lado a lado; el tipo tenía una nena. Lo cual, no vendría nada mal si esa nena fuera nuestra Belén.

La señora Elena se acercó en ese momento.

—¿Van a cenar acá? La casa invita.

—De ninguna manera —repuso Cienfuegos, muy serio—. Nos vamos a quedar a cenar, sí, pero vamos a pagar, como corresponde.

—Pero señor Galo, usted se ha portado tan....

—Nada, nada, Elena —la interrumpió—. Cuando esté lista la comida, usted o Elsita la traen, y después carga todo a mi cuenta. Sin discusión.

—Está bien... ¡Muchas gracias, señor Galo! —Con una ruborizada sonrisa y una reverencia, la señora se retiró, justo en el momento en que los Rivas hacían su entrada. Él, siempre amable, saludó a todos. Ella, muy seria, se limitó a mirarlos con desagrado.

—Esta mujer me cae muy mal —reconoció Ana por lo bajo.

—A todos —coincidió Galo.

En los siguientes minutos fueron entrando los que faltaban, Rogelio, Cáceres y Míguez, que saludaron cortésmente, y los hermanos Scull, quienes no disimularon su asombro al verlos.

—¿Tenés idea cómo va lo del puerto? —preguntó Romero a la

inspectora, en voz baja.

—Sigue su curso. Salcedo no me cuenta mucho los detalles, pero creo que hizo algún tipo de trato con los alemanes.

—¡Oh! Bueno, espero que salga bien... Me pregunto... si estamos concluyendo que el asesinato de la señora Inés tiene conexión con el de Adriana y el de Fabián… Y tal vez, o seguramente, con el de Corina. ¿Cómo encaja Carolina Hortiguera?

—Aún no lo sabemos. Tal vez vio algo que no debía... —Cienfuegos se quedó pensando. Los otros dos aguardaron en silencio a que terminara de hablar. Pero no lo hizo, se levantó de golpe y, en dos zancadas, abandonó el comedor.

Ana y Romero se miraron, con el entrecejo fruncido. El señor Cáceres se les acercó entonces, cautelosamente.

—Perdonen —susurró con timidez—. Hay algo que quisiera decirles, si me permiten.

—Diga nomás, siéntese —invitó Facundo.

El hombrecito, agradecido, se sentó en la silla que había dejado vacante Cienfuegos.

—No pude evitar, hace un rato, oír algo de la conversación que tuvieron con la señora Elena —dijo—, contándoles de Inés y su vieja casa, detrás de los andenes... Bueno, no sé si sirva de algo, pero yo también viví por allí unos años, a una cuadra; y conocí a ese señor, Antonio... Yo pasaba prácticamente todos los días por su taller, de camino a la estación de tren que, aunque está bastante lejos, a mí me gusta caminar. No quería ir por la parte de los andenes viejos, siempre me dieron algo de temor. —El señor Cáceres se estremeció ligeramente—. A la señora Inés no la conocía mucho por entonces —continuó—, pero la veía por el barrio. A la señora Elena también la veía, iba y venía, con sus bolsas y su carterita... Siempre fue una mujer muy buena.

—¿Usted sabía que el señor Antonio tenía una hija? —preguntó Ana

—Sí, sí, claro. Una niñita hermosa.

El señor Cáceres había apoyado las manos sobre la mesa con los dedos entrelazados y los miraba con sus ojos saltones, esperando la siguiente pregunta.

—¿Se acuerda cómo se llamaba la nena?

—La verdad es que no. Lo que sí recuerdo, y es por lo que quise venir a hablarles ya que escuché que algo de eso les comentó Elena, es que Antonio también me habló de la carroza que le estaba haciendo a su hija, con unos hierros viejos. Los pulía y los pintaba con antióxido. Le estaba armando una especie de karting, como dijo Elena. Para ello, juntaba todo tipo de cosas de metal. Entre esas cosas, había una parte de una bomba de agua, de esas viejas, con manija para subir y bajar...

Bueno, en esa pieza, exactamente, grabó las iniciales, suya y de su hija. Lo iba a poner artísticamente adelante de..., del vehículo ése que armaba, así como se ponen las marcas de los coches, ¿vio? Bueno, él iba a poner las iniciales de ellos dos. ¡Me lo mostró! Recuerdo que le dije que había hecho un muy buen trabajo, era bastante artístico..., aunque no puedo recordar qué letras eran.

—No se preocupe —lo tranquilizó Ana—. Vos viste una bomba de agua ¿no? —preguntó a Romero.

—Si, y se le sacaron fotos. Pero no había ninguna manija. Y seguro, ninguna inicial.

—Tal vez ya la había colocado en la carroza —señaló Lorenzo Cáceres, pensativo.

—Me pregunto dónde estará esa cosa, ahora...

—Tal vez ya no existe —meditó Romero—. O está dentro del garaje. El taller.

—No —sostuvo Ana—. Ya lo abrieron, no hay nada allí, más que algunas herramientas y pedazos de bicicletas, de televisores... Nada que nos ayude. Dígame, señor Cáceres, ¿usted sabe a quién pertenecía ese lugar? Tengo entendido que Antonio lo alquilaba.

—En realidad yo estaba convencido de que era suyo. No estoy seguro. No quiero decir tonterías.

—Bueno, no se preocupe. Le agradecemos muchísimo la información. Es muy útil para nosotros.

Elena y Elsita estaban terminando de acomodar las bandejas que llevarían al comedor.

—Elsita —Cienfuegos entró impetuosamente en la cocina—. Necesito que me digas la verdad, ¿viste algo?

La chica giró sobre sí misma.

—¿De qué?

—De lo que sea. Algo que creés que no se lo tenés que contar a nadie, algo que te parece que está mal, que pensás... ¡Algo, lo que sea!

—¿Por qué le pregunta eso señor Galo? —se sobresaltó Elena.

—Porque es lo que creo... Una corazonada. Creo que esta niña vio algo..., raro. ¿Me equivoco?

—¿Viste al asesino? —preguntó Elena, azorada.

—¡No! —gritó Elsita—. Vi algo, pero no tiene que ver con los asesinatos. Es... algo personal..., mío.

—¿Me lo podés contar? —insistió Cienfuegos.

La chica no se decidía a hablar; movió la cabeza negativamente y Elena perdió la paciencia.

—¡Elsa! —gritó—. ¡No sos una criatura! ¡Hablá! Si el señor Galo te está preguntando es porque es importante, ¿verdad? —Miró al actor con ojos de cachorro. Cienfuegos consintió.

—¡Vi a Mateo con otra! ¡Eso es todo! —Elsita intentó salir corriendo de la cocina, pero Cienfuegos la tomó por los hombros.

—¿Cómo era esa chica? Describila.

—¡No sé! ¡No me quiero acordar! —Se echó a llorar y Galo la abrazó. La hizo sentar en una de las sillas y, mientras Elena le daba un vaso con agua, fue hasta el comedor.

—Facundo, ¿tenés alguna copia del identikit?

Romero sacó una hoja de su morral y se la entregó. Regresó a la cocina y le enseñó el retrato a la joven.

—¿Esta es la chica que viste con Mateo?

Ella miró el papel con ojos llorosos.

—Es parecida... Pero la atorranta esa tiene el pelo negro, cortito.

—Entonces, ¿no es ella? Mirala bien.

—¡No lo sé! —Elsita se levantó y salió corriendo. Elena se mostró muy sorprendida.

—Discúlpela —dijo—, es muy jovencita, a su edad esas cosas duelen mucho. Son los primeros tropiezos amorosos...

—No se preocupe —la interrumpió, chasqueando la lengua—. Voy a ayudarla a servir las mesas.

—¡Pero no, hombre, vaya a sentarse! ¡Faltaba más!

* * *

Ana estaba feliz, pese al cansancio. Finalmente había logrado que Galo aceptara tomar una copa con ella. Hablarían como en los viejos tiempos, le gustaba mucho la idea. Galo tenía sus dudas, pero había aceptado igual.

Terminada la cena en el hotelito, Ana había aprovechado una breve ausencia de Romero para hacerle la propuesta.

—¿No tenés ganas de acompañarme a casa? Tomamos algo y charlamos un rato.

Lo había dicho con un mohín tan gracioso que no pudo rechazar.

—De acuerdo —le había contestado él, con una sonrisa—. Un rato voy. Sólo un rato, no te olvides que mañana tenemos una cita en el cementerio.

Era cierto. La morgue había liberado los cadáveres y al día siguiente sepultarían a la señora Inés.

Se marcharon del hotel cada uno en su auto, ella se encargó de llevar a Romero, que seguía de mal humor, hasta su casa.

—Al final no vi a la mamá de Adriana ni al hermano de la Hortiguera —dijo Ana mientras se quitaba los zapatos, ya en su casa.

Galo torció la boca.

—Hablaron con Salcedo, según dijo Facundo. No había mucho para preguntar.

—Espero que no nos estemos equivocando... Estamos tirando todas las fichas a la Belén ésta. Espero que sea realmente la asesina...

—Lo es —aseguró Galo—. Mañana vas a ver que Manuel nos va a llamar diciendo que la identificaron por el dibujo.

—Eso espero, porque como digan que no es la misma chica, como pasó con Elsita, ¡nos vamos a querer matar!

—A mí me parece que Elsita la reconoció. Solo que no quiso decirlo.

—Pero, ¿por qué? ¿No se da cuenta que puede ser peligroso?

—Sí, creo que se da cuenta y por eso el papá la va a pasar a buscar por el hotel.

Ana suspiró y se rascó la cabeza con fuerza.

—Me voy a duchar. Servite lo que quieras. Vengo enseguida.

Galo abrió la heladera, había varias latas de cerveza y una gaseosa. Agarró la última y se sirvió en un vaso que había quedado olvidado dentro de la batea, al que enjuagó ligeramente.

Al sentarse en el sillón, junto a la mesita ratona, vio la foto sobre el mueble. En ella, Gerardo y Ana se mostraban sonrientes y felices. Los ojos del actor se nublaron.

Hacía dos años que Ana del Barco y Gerardo Roca habían estado trabajando para atrapar a un asesino serial que ya cargaba con más de diez muertes en su haber. Al fin iban a acorralarlo. Su especialidad eran mujeres entre veinte y treinta años. Las atrapaba por las noches, cuando regresaban a sus hogares.

Siempre que estuvieran solas, estaban en peligro. Rondaba por ciudades y pueblos del partido, desde San Jerónimo hasta Clementina, pasando por Canalejas, Villa de los Ángeles y Las Tacuaras. En todos había matado, al menos, a dos.

Por iniciativa de Ana, una oficial de veintitrés años había actuado de carnada. Protegida por más de quince compañeros fuertemente armados, la muchacha salía todas las noches de un supuesto trabajo, en una cafetería, a la una de la madrugada, para dirigirse a su casa, situada a unas siete cuadras de distancia. Era una presa que el «Chacal» —así lo llamaron—, no podía dejar escapar.

Y finalmente una noche ocurrió. Pero todo salió mal. Rápido como una flecha, el tipo se dio cuenta del ardid y cortó la garganta de la joven policía, con una navaja, para luego huir, escondiéndose entre las sombras de la noche. Ana y Gerardo lo persiguieron junto con otros compañeros. Spaciutto, su jefe de entonces, les había gritado que regresaran, que las patrullas y los helicópteros se harían cargo. Gerardo se había detenido, pero Ana lo había instado a seguir.

—¡Vamos! ¡Es nuestro, Gerardo! ¡Hace dos años que lo

buscamos!

Y Gerardo la siguió.

En un callejón, iluminado solo por la luz de la luna, Ana se parapetó detrás de una pared, en un recodo, y le gritó a su compañero «¡Yo te cubro!» Gerardo comenzó a correr. Ana vio, a unos metros, el destello de un arma y disparó. Pero el «Chacal» había disparado un segundo antes, con tanta puntería, que le acertó a Gerardo en el medio de la frente. No hubo nada más por hacer.

Gerardo había sido gran amigo de Galo, quien era además, padrino del mayor de sus hijos.

—Ya estoy —dijo Ana, apareciendo por el pasillo. Se había puesto una musculosa gris y una falda de hilo, larga hasta los pies. Tenía el pelo mojado y suelto—. Hacía tiempo que quería que hablemos —expresó mientras sacaba una lata de cerveza de la heladera.

—¿Sí? Bueno, acá estamos.

Se sentó en el piso, junto al sillón en el que estaba Galo.

—Cuando Salcedo dijo que Zuviría y López iban a ir encubiertos al puerto, se me puso la piel de gallina —confesó con tristeza.

—Ya veo por dónde vamos —replicó Galo, de inmediato, levantando las cejas—. Ir encubierto no es lo mismo que ir de señuelo, y el trabajo policial es así, mi querida amiga. Dejá de culparte por lo de Ger.

Ana bebió un sorbo de su lata.

—¿Cómo está Analía?

—Bien, sobreviviendo, como todos. Los chicos están bien. Todo está bien. No los veo mucho porque me lo paso mayormente en Buenos Aires. Pero estos días, que estuve en San Jerónimo, fui a verlos y están bien.

—No puedo evitar la culpa. Por todo.

—Ya está Ana. Ya pasó. —Galo intentó hablar con calma—. No me digas que me hiciste venir para que te haga de psicólogo otra vez. Ya no, por favor. —Ana lo miró con los ojos llenos de lágrimas. La paciencia de Galo tenía un carrete muy corto esa noche, se puso de pie y caminó de una punta a la otra, en la pequeña salita—. ¡Sentís culpa porque un hijo de puta le pegó un corchazo a Gerardo; culpa porque le metió los cuernos a Analía con vos; culpa porque fue tuya la idea de mandar una chica de veintitantos como señuelo...! ¿Pero sabés qué? ¡La vida es así, Ana! ¡Se toman decisiones, se hacen elecciones y hay consecuencias, hay que afrontarlas, hacerse responsable! La culpa no sirve de nada. La culpa te anula. La responsabilidad es lo que te hace accionar. Hacete responsable de... ¿Sabés qué? No quiero hablar más de esto. Si querés que hablemos de otra cosa, me quedo un rato.... Si

no, me voy.

—Está bien, no te enojes. Sentate, dale.

Galo obedeció con un largo bufido. Sus emociones se alteraban al hablar del tema con ella. Gerardo había sido su amigo, no culparla de su muerte no era fácil, aunque hacía lo posible. Pero consolarla, era pedirle demasiado.

Hablaron del caso, de Belén y de los asesinatos. Finalmente, se fue. Ana terminó de convencerse de que algo se había quebrado en su relación. Tal vez, inconscientemente, Galo también la culpaba, como la culpaba Analía, como se culpaba ella misma.

Lloró un rato, tirada en la cama y se quedó dormida. Se fue transportando, lentamente primero, rápidamente después, hasta su infancia, donde todo era posible. Donde su mamá preparaba la merienda mientras Guido, su padrastro, la llevaba a la calesita. En su sueño más querido, Guido la tiraba hacia arriba y la atrapaba con sus enormes manos de obrero. Y ella reía, feliz. Era feliz. Mucho. Muy feliz. Y así, hasta que Guido moría. Así era en su sueño y así había sido en la vida.

Pero en sus sueños no había sarcófagos. Guido reía con ella. Su papá postizo. El único que había conocido. El único que había tenido.

Se despertó llorando. «Gerardo, Guido, mamá...». Sus muertos tan amados... Sus culpas y sus miedos. Y esa horrible soledad que la acosaba noche a noche.

# 16

Al abrir la puerta del departamento, lo primero que vio Facundo, fue la cara desencajada de Joaquín. Un escalofrío le corrió por la columna. Lo conocía lo suficiente como para saber que algo andaba mal. Muy mal.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Tu mamá acaba de llamar —Joaquín se acercó y lo tomó por los hombros—. Es tu papá. Está internado en la clínica Rosales.

—¿Por qué? ¿Qué le pasó?

—Tu mamá quiere que... Tuvo un infarto.

Se tomó la cabeza con ambas manos, la desesperación se le cargaba de culpa.

—¡Ay, Dios mío! —sollozó angustiosamente, Joaquín lo abrazó.

—Ya tengo todo listo —intentó tranquilizarlo éste—. Nos vamos ya. Dale, yo conduzco. Mañana temprano le avisamos a tu jefa, a Salcedo, a quien sea, pero ahora vamos. ¡Dale, vamos!

Joaquín lo llevó, tomado de los hombros y él se dejó guiar, tambaleante e inseguro. El último contacto con su padre había sido nefasto. Se habían ido a las manos. Lo había llamado «ignorante» y «homofóbico». Su padre había tildado de «maricón de mierda» a Joaquín. Él le había dicho que era su gran amor. «¡Soy gay! ¿¡Qué parte no entendés!?», le había gritado. Y todo había terminado muy mal.

* * *

Cienfuegos saludó al agente apostado en la puerta y entró silenciosamente al hotelito. Fue hasta la escalera, se paró en el primer escalón y miró hacia arriba. Las luces estaban casi todas apagadas, sólo una lámpara de la galería, en el primer piso, continuaba encendida. Subió un pequeño tramo y se quedó observando.

Se preguntó cómo habría hecho, el asesino, para pasar entre ellos, en dos oportunidades, sin haber sido visto. Esta era una buena oportunidad de intentar averiguarlo. Sacó una pequeña linterna del bolsillo de su pantalón.

«Estaría lleno de sangre, ¿cómo es que no quedó ninguna huella? ¿Será Belén, la asesina? ¿Tan inteligente es?».

Siguió subiendo. Recorrió el primer piso. El policía apostado allí le sonrió, con el cansancio pintado en el rostro.

Miró dentro de la cocina y del comedor. No había nada que llamara su atención. observó la puerta de la habitación de Inés; recién esa mañana la policía había quitado el precinto y Elena y Elsita habían

limpiado un poco, pero aún se podían ver rastros de sangre en las paredes. «La persona que degolló a Inés tiene que haber terminado bañada en sangre. ¿Nadie la vio? ¿Habrá visto algo, Elsita, y tiene miedo de hablar?».

Había llegado al comienzo de la segunda escalera, la que iba a la terraza, a la habitación de Esteban. ¿Cómo estaría el chico? «No conozco la terraza», pensó mientras pisaba los primeros escalones.

Una vez arriba, sintió el aire fresco de la azotea. Desde allí, la vista del pueblo le pareció hermosa. Pocas luces encendidas; a lo lejos, la playa, iluminada por una luna redonda y brillante que se reflejaba en el agua. Parecía una postal.

La habitación de Esteban estaba a la izquierda, la puerta cerrada; caminó con lentitud para no hacer ruido. Sabía que, a la calle, daba una ventana, la había visto desde la vereda y le llamaba la atención que siempre estuviera cerrada; con el calor, lo lógico hubiera sido que se mantuviera abierta. Se quedó de pie frente a la puerta, pintada de verde oscuro. Por supuesto, también estaba cerrada. Hacia la derecha había otra ventana que distaba unos cinco o seis metros de la barandilla que rodeaba la terraza. También estaba cerrada. «Es extraño, sopla un aire hermoso como para dormir encerrado». Se convenció a sí mismo de que, tal vez, el tema de los asesinatos tuviera nervioso al joven y que por eso necesitaba encerrarse, para sentirse seguro.

Caminó hasta la barandilla y se asomó. La casa vecina también estaba a oscuras. Después de todo, eran cerca de las dos de la madrugada. Hacia su derecha había un raído techo que no se veía desde la calle, dos bateas de cemento y un lavarropas bastante grande. Más o menos como lo había descrito Elena por la tarde. Vio también algunas plantas, un tanto alicaídas.

Sintió frío, pensó en bajar; pero entonces vio algo en la esquina de la pared del fondo: una maceta de terracota, de esas panzonas, enormes y pesadas, de tres patas; no contenía planta alguna, pero se podía ver que dentro había algunos objetos. Se acercó, dudando un poco. «Se supone que la policía ya registró todo el hotel, por lo tanto, deben haber registrado esto».

La maceta estaba llena de piedras, y entre ellas, alcanzó a ver unas sogas.

«Andariveles», se dijo a sí mismo al tomar una y levantarla, para estudiarlo mejor. «Sí, es un andarivel..., ¿cuántos hay?». Los sacó y los tiró sobre el piso. «Dos». Estaban enrollados y metidos como al descuido entre las piedras, las cuales removió un poco. Nada más encontró allí.

Volvió a colocarlos como estaban, se asomó de nuevo por la barandilla y miró hacia abajo. Notó que una parte del borde estaba

ligeramente descascarada; no era extraño. Era una terraza. Lo raro hubiera sido que la pintura estuviese impoluta. Pero, tal vez...

Siguiendo una nueva corazonada, giró la cabeza hacia la maceta y extrajo otra vez los andariveles, los ató a las patas y los largó al vacío. Llegaban casi hasta el piso. «La maceta con las piedras queda bastante pesada...Si yo intentara bajar por ahí, seguro me daría un buen porrazo. Pero una persona joven, liviana y ágil... tal vez...».

El rostro de Elsita volvió a su mente. Tenía la edad apropiada para ser Belén y tenía acceso al hotel. Pero no se asemejaba a quien recordaba. Sin embargo, tenía la sensación de haber vuelto a ver aquel rostro, el de la chiquilina que viera en casa de Corina Fuentes.

# 17

¡El dato es falso! ¡Es una trampa! ¡Corré! ¡Yo te cubro! —gritaba Gerardo. Ana corrió hacia un callejón apenas iluminado por la luz de la luna, dobló por un recodo y se colocó pegada a la pared, levantando el arma.

—¡Ahora! —le gritó a su compañero.

Lo vio correr, vio el destello del arma, disparó y lo vio caer otra vez.

—¡Gerardo!

Se despertó empapada de un sudor frío, temblaba. Parpadeó, aturdida, se dio cuenta de que, una vez más, se había quedado dormida en el sillón de la sala. Sentía la cabeza pesada.

Había soñado con su mamá, con Ciro, con su infancia..., y se había despertado angustiada. Se había levantado a tomar agua, se había sentado en el sillón y, mirando la foto de Gerardo, se había quedado dormida.

Fue al baño, a mojarse la cara. El despertador comenzó a sonar, lo había programado para las seis y media.

Miró su rostro en el espejo, se tocó la frente. No tenía fiebre, pero su corazón estaba acelerado. ¿Por qué soñaba esas cosas?

Abrió la canilla y dejó que el agua corriera, mientras apagaba la alarma del bendito despertador, que le taladraba el cerebro. Buscó algo de ropa y fue a ducharse con la voz de Gerardo metida en la cabeza. «El dato es falso».

Estaba convencida de que su subconsciente intentaba decirle algo a través de la voz de su compañero muerto. «El dato es falso. Es una trampa».

Resopló con resignación. Se vistió con un pantalón de hilo y una blusa de algodón de color negro, peinó su cabello tirante hacia atrás y salió.

* * *

La joven, apostada detrás del mostrador, abrió enormes los ojos cuando distinguió, del otro lado, al mismísimo Galo Cienfuegos.

—Buenos días, señorita —saludó éste, con voz amable—. Tengo entendido que en este hospital trabaja un enfermero llamado Mateo Villalba. ¿Es así?

—Eh..., sí.

—¿Está?

—Si me espera un minuto, me voy a fijar... Usted es...

—Sí, soy yo. —Sintió la obligación de sonreír, a lo que la

muchacha respondió con un ligero suspiro de satisfacción y, de inmediato, puso manos a la obra pasando revista a unos papeles que sacó de un cajón.

—Debe estar yéndose en estos momentos, su turno empezó a las dos de la mañana. ¡Ahí está, mire! —Señaló el hall—. ¡Mateo! —llamó, agitando la mano.

Un robusto joven de menos de treinta años, vestido de impecable ambo verde, levantó la vista y sonrió.

—El señor es Galo Cienfuegos —dijo la chica, cuando el enfermero estuvo junto a ellos—. Te está buscando.

—¿Me va a contratar para una película? —preguntó éste, en tono burlón.

—No, no, no. Sólo quiero hablar unos minutos con vos, si me lo permitís.

—¡Claro! —Mateo no salía de su asombro. ¿Por qué un actor de la talla de Galo Cienfuegos querría hablar con él?

Saludaron afectuosamente a la recepcionista y se encaminaron hacia el exterior del nosocomio.

—Tengo entendido que tenés una relación con Elsa Morales —comenzó Cienfuegos.

—Tenía. Terminamos hace un tiempito, un mes más o menos.

—La dejaste por otra chica, ¿verdad?

El muchacho se detuvo.

—No quiero ser grosero, pero eso pertenece a mi vida privada; por más famoso que sea usted...

Cienfuegos recordó sus propias reacciones ante la prensa, que durante años lo había perseguido, entrometiéndose en cuanta cosa le sucediera, y sonrió, comprensivo.

—Tenés razón, no tenés por qué contarme nada. Sabrás que en el hotel donde trabaja Elsita hubo dos asesinatos.

—Sí, me enteré.

—Estoy ayudando a la policía con eso.

Otra vez, el enfermero se detuvo y lo miró, esta vez con algo de sorna.

—¿Está preparando un rol para una nueva película?

—No —Cienfuegos intentó mantener a raya su paciencia—. De verdad estoy ayudando a la policía. Ya no actúo más.

Mateo lo miró con incredulidad.

—¿Por qué?

—Otro día te cuento. —Sacó del bolsillo la hoja con el dibujo de Belén y se lo enseñó—. ¿Esta es la chica con la que salís?

El enfermero tomó el papel y lo observó bien.

—Podría ser..., pero Rosamund tiene el pelo negro y corto. —Se lo devolvió—. Esta chica se le parece bastante.

—¿Rosamund?

—Así se llama mi chica.

Habían llegado a la puerta, Mateo la empujó, dejando que Cienfuegos pasara primero.

—¿Cómo se apellida?

—No lo sé. —Rio—. La verdad es que no sé nada de ella. ¡Sólo que es una mujer única! ¡Me tiene completamente enamorado!

Eso es evidente, pensó Galo, ante la tonta sonrisa del muchacho.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Ni idea. Ya le dije, no sé nada de ella.

—¿Y cómo la contactás?

—No lo hago. Nos vemos en El Ángel los sábados y domingos. Pero este domingo no fue. A veces quedamos para un día, en la semana, suele llamarme al hospital.

—Y ahora, ¿cuándo la vas a ver?

El muchacho se encogió de hombros.

—Ya le dije, el domingo no fue. Y no me ha llamado todavía, así que no lo sé.

—Mirá bien el dibujo, Mateo, ¿esta chica es Rosamund?

—Ya le dije, se parece bastante, pero no estoy seguro.

—Una última pregunta, ¿Elsita está muy enojada porque la dejaste?

El enfermero frunció el entrecejo.

—Bueno, a nadie le gusta que lo dejen, ¿no? Pero me parece que se lo tomó bastante bien..., supongo. No hablé más con ella. El sábado me la encontré y pensé que me iba a hablar, la verdad es que pensé que me iba a hacer un escándalo. Era la primera vez que me veía con Rosamund, pero no dijo nada. Se fue enseguida.

—Los vio en El Ángel.

—Sí. Pero como le digo, se fue enseguida, supongo que a buscar a su amiguito.

—¿Qué amiguito?

—El que trabaja con ella... Esteban. Suele trabajar en El Mantra los sábados.

Cienfuegos arrugó el entrecejo.

—¿Qué hicieron, vos y Rosamund, después de que Elsita se fue?

—Bailamos, nos dimos unos besos... —Apretó los labios, reprimiendo una sonrisa—. Todavía no puedo hacer mucho más, con ella.

—Entiendo, ¿qué edad tiene?

—¿Rosamund? Veintitrés.

—Gracias, Mateo.

Se saludaron con un apretón de manos. Cienfuegos miró su

reloj; aún le quedaba un rato antes del funeral de Inés Farías.

* * *

Las cosas se estaban precipitando; mientras en Canalejas, un nutrido grupo de personas se aprestaba a asistir al funeral de Inés; en San Jerónimo, Facundo Romero lloraba el reciente fallecimiento de su padre. «Lo único que me preocupaba era que el viejo no me denunciara por haberle pegado... para no perder mi trabajo...», se atormentaba.

Contenido por Joaquín, lloraba sin consuelo en un rincón apartado de la sala de espera del hospital.

—Lo llamé por teléfono —contaba entre lágrimas—. Pero lo único que hizo fue gritarme... Yo quería hablarle...

Joaquín por su parte, intentaba continuar entero para sostenerlo, aunque cargaba con sus propios problemas. Por un lado, la muerte de su suegro lo aliviaba, por horrible que sonara. Sentía que aliviaría en algo la tensión en la que vivían. Ambos eran hijos de policías. Por lo que, durante el funeral del comisario Romero, se vería obligado a enfrentarse a su propio padre, el comisario general Dante Spaciutto, con quien mantenía bastante distancia, aunque no tanta como la de los Romero.

Como para empeorar la situación, cabía la posibilidad de que Spaciutto se enterase en esos momentos, de que la pareja de su hijo también pertenecía a la fuerza. A Joaquín, todo esto le provocaba escalofríos; no podía compartirlo con Facundo; el problema de su novio era mucho más grave.

* * *

Cienfuegos había decidido pasar por la comisaría antes de ir al cementerio, quería llamar por teléfono a Manuel Drago. Muchas ideas y palabras daban vueltas en su cabeza sin formar conceptos válidos para la investigación. Necesitaba detalles.

Después de veinte minutos de conversación, permaneció un largo rato sentado en el sillón del escritorio de Ana, con las piernas estiradas y los codos en los apoyabrazos.

De pronto se dio cuenta de que Salcedo lo observaba desde la puerta abierta de su oficina; entones se puso de pie, con una sonrisa triunfal.

—¡No te preocupes Salcedo! Estamos muy cerca de esclarecer todo esto.

—¿Estás seguro? Para mí no tiene pies ni cabeza.

Galo se acomodó el pantalón, sacó de su bolsillo las llaves del auto y pasó, amistosamente, su brazo derecho por encima de los

hombros del policía.

—Vamos —le dijo—. Te invito al cementerio.

# 18

El día había amanecido radiante. Hacia las nueve de la mañana, hora en que se realizaría el funeral de Inés Farías, el cielo se mostraba de un hermoso y brillante color celeste.

Elsita sabía que a esa hora no habría nadie en el hotel, todos estarían en el cementerio. Las calles estaban también bastante desiertas. Con tan espléndido día, la mayoría de la gente había optado por acercarse a la playa.

Llegó hasta la puerta del hotel, donde un letrero rezaba: «Cerrado por duelo. Abrimos a las doce del mediodía». Lo había colocado Elena.

Sacó su llavero de la mochila, eligió una, la metió en la cerradura, la giró y bajó el picaporte. Entró sigilosamente, como si no se le estuviese permitido estar allí. En realidad, sentía que no debía estar ahí. Algo dentro suyo le decía que se fuera, que saliera corriendo de ese lugar. Pero el deseo de venganza era más fuerte que cualquier otra cosa. Se lo haría pagar. Y sabía muy bien cómo.

Cerró con llave la puerta de entrada y dejó el llavero colgando en la cerradura. En la planta baja, miró dentro del cuartito de las escobas, donde Esteban guardaba su malograda bicicleta. Observó la puerta de la habitación del señor Cienfuegos: estaba cerrada. El actor también estaría en el cementerio.

Luego de asegurarse de que nadie andaba por los pasillos, subió al primer piso. Miró en la cocina y en el comedor. Al pasar por la habitación que había ocupado Carolina Hortiguera sintió un ligero escalofrío. Todas las habitaciones estaban cerradas. Menos las de las dos difuntas. No quiso ni mirar dentro.

Ahora venía su parte más riesgosa: subir a la azotea y asegurarse de que Esteban no estuviese.

Tal como había imaginado, la terraza estaba desierta. ¿Estaría, el muchacho, en su habitación? Las ventanas estaban cerradas, como siempre; la puerta también. Se acercó sigilosamente e intentó escuchar algún sonido que proviniera de adentro. Nada. Permaneció indecisa durante algunos segundos, golpeó con los nudillos.

—Esteban —llamó, sin alzar demasiado la voz—. ¿Estás ahí? — Nadie respondió. Asió entonces el pomo, que giró sin inconvenientes; no habían echado la llave. Su corazón se aceleró.

—¿Esteban?

Nadie respondió. Asomó la cabeza. La luz de la lámpara estaba encendida. La habitación parecía vacía. Suspiró profundo y entró.

* * *

El funeral consistió en una corta y sencilla ceremonia que finalizó cuando el féretro ingresó en el horno, que lo engulló lentamente, bajo la mirada desolada de los presentes.

—No sabía que la cremarían —comentó Salcedo.

—Salía más barato —explicó Ana por lo bajo—. La pobre no tenía familiares, así que Elena tomó las decisiones.

—¿Va a poner la urna de adorno, en el hotel? —preguntó el policía, levantando una ceja.

A la inspectora le molestó el comentario.

—No tengo idea —repuso con sequedad.

—Voy a saludarla —El comisario señaló a Elena, que conversaba, compungida, con una de las asistentes, y se marchó.

—Galo... —dijo Ana, ni bien se quedaron solos— Yo..., quería pedirte disculpas.

—¿Por?

—Por lo de anoche

—No, no, no. Dejémoslo así. Yo tampoco estuve muy bien que digamos. Ya me conocés, Anita, cuando me concentro en algo, no quiero que se me distraiga. Y ahora estoy concentrado en estos asesinatos, sabés que me fascina la investigación. Ya nos vamos a sentar a hablar, cuando hayamos resuelto esto.

—De acuerdo —concedió ella, bajando la vista—. Y no me llames Anita.

Galo esbozó una sonrisa ligera, ella le correspondió y señaló un grupito de personas.

—Voy a saludar a los padres de Elsita.

Cienfuegos asintió y caminó hacia los señores Rogelio y Cáceres, que conversaban entre ellos.

—¡Señor Cienfuegos! —dijo el primero—. ¡Qué amable de su parte haber venido! Usted ni siquiera conoció a la difunta, ¿verdad?

—No, pero los conozco a ustedes y los considero buenas personas..., me gustaría mucho saber quién asesinó a esa mujer. Y a la señorita Hortiguera.

—Le estaba diciendo a Armando que nunca antes habíamos vivido una tragedia semejante. ¡Estamos atónitos! ¡Sencillamente atónitos! —comentó Lorenzo Cáceres, mientras Rogelio asentía, con cara de circunstancia.

—Al parecer —señaló Cienfuegos—, la policía ya está próxima a atrapar al asesino.

—¿De verdad? —inquirió Armando Rogelio, retorciendo su bigote con los dedos.

—Sí, pero no puedo darles más información por el momento — Hizo una pausa y luego agregó—: Díganme señores, ¿ustedes sabrán de algún lugar, por acá, en donde se pueda comer sushi?

—¿Sushi? —se asombraron ambos.

—No creo que por acá se venda eso —comentó Lorenzo Cáceres, con poco convencimiento.

—¡Ay, Galo! —Suspiró Rogelio—. ¡Ustedes los actores, son tan excéntricos!

—¡No! ¡No les estoy preguntando para mí! Es que la policía me preguntó eso mismo hace un rato y no conozco la zona.

—Le repito —insistió Cáceres—. No creo que vendan eso por acá. La gente de este pueblo y la que suele venir de vacaciones, son gente sencilla y de poco dinero. ¡No comemos esas cosas!

—De hecho —comentó Rogelio—, sí que lo venden. —Cáceres lo miró con asombro—. En el restaurante de El Galeón lo hacen, y muy rico. Una vez fui a cenar allí con un amigo que vino de Buenos Aires, y a él se le ocurrió pedir sushi. Y creo que en un parador de la playa..., espere que ya le digo el nombre... No, no me acuerdo, pero Elsita debe saber, porque alguna vez me habló de ese lugar.

El señor Cáceres no lograba salir de su asombro

—¡¿Elsita?! —exclamó—. No sabía que Elsita tuviera un paladar tan... ¡exótico!

—¡Para nada! —rio Rogelio—. Al contrario. No le gusta para nada. Acompañó a Esteban, ¡a él sí que le gusta!

—Bueno, tampoco hubiera creído que a Esteban le gustara...

—¿Cuál es el apellido de Esteban? —interrumpió Cienfuegos, sin saber bien por qué formuló tal pregunta, en el hospital lo habían dicho: Casenave. Tal vez para cambiar de tema.

Los dos hombres lo miraron, un tanto desorientados por la pregunta, tan ajena a lo que venían conversando.

—No lo sé.

—Yo tampoco.

Los Rivas se acercaron en ese momento. Marcos, como siempre, con una amable sonrisa mientras que Daniela, mantenía su gesto fruncido.

—¿A ustedes también les gusta el sushi? —inquirió Rogelio, divertido. Daniela lo miró con acritud.

—No —contestó, seca.

Cienfuegos hizo caso omiso de su gesto avinagrado.

—Usted fue maestra en Canalejas, ¿verdad? —le preguntó.

Ella se mostró ligeramente sobresaltada.

—Hace muchos años.

—¿Tomaba alumnos particulares?

—A veces.

—¿Allá por el... setenta y nueve, ochenta?

La mujer revoleó los ojos y respondió con voz cansada:

—Sí... Hacía poco que me había recibido y hacía reemplazos.

Me ofrecieron un año entero y acepté, por supuesto. Fue en el ochenta y uno; después me volví a San Jerónimo, siempre me resultó horrible este lugar. —Miró con reproche a su marido—. ¿Cómo lo sabe?

—Una de esas alumnas... ¿se llamaba Belén?

Daniela volvió a mirar a su marido, como buscando protección, pero éste ni se inmutó.

—No lo sé —titubeó—, la verdad es que no me acuerdo. ¿Por qué me pregunta eso?

Cienfuegos estaba a punto de contestar, cuando la inspectora Del Barco se le acercó.

—Necesitamos hablar —dijo, apartándolo, con una sonrisa de disculpas—. Creo que empiezo a armar este rompecabezas, pero obviamente, me faltan algunas piezas. Y creo que las tenés vos. Contame todo lo que te haya dicho Drago esta mañana.

El actor cerró los ojos, como para poner en orden sus ideas y se metió las manos en el bolsillo del pantalón.

# 19

Elsita forcejeaba, intentando quitarse las ataduras que la sujetaban a la silla. Quería gritar, pero una cinta le aprisionaba la boca, en la que le habían introducido un pañuelo, que se veía forzada a sujetar con los dientes. Estaba atragantándose.

Le dolían las piernas, los brazos y la cabeza. Le habían propinado un tremendo golpe con algo muy duro en cuanto había cruzado la puerta de la habitación de la azotea; no había llegado a perder el conocimiento, pero bastó para que no pudiera defenderse. De pronto, todo se había vuelto oscuro, una bolsa plástica le había envuelto la cabeza y un filo frío se le había apoyado en el cuello. Una voz desconocida, impostada, infantil, le gritó que caminara, obligándola a trasponer la barandilla de la terraza. Su miedo se convirtió en pánico cuando entendió que, si daba un paso adelante, solo había vacío. Si su atacante la empujaba, moriría.

Eso no sucedió. En cambio, la había obligado a asirse de una soga que tenía nudos en todo su largo, y descender, aferrada a ella. Era difícil con las manos atadas.

La otra persona había descendido también, por otra soga. Había sentido cómo se le acercaba y la golpeaba en la espalda, obligándola a continuar.

—¡Saltá! —le gritó cuando llegaron al final.

Elsita no podía ver, le costaba respirar pese al agujero rasgado en la bolsa. Asustada, había obedecido y saltado. Por supuesto, había calculado mal la distancia y dio de lleno las piernas contra el suelo, que estaba más cerca de lo esperado.

Alguien la había levantado de un tirón, obligándola a apresurarse. La había conducido por un camino de tierra cubierto de piedras. Varias veces se habían agachado y le había colocado la mano sobre la boca. Como si hubiera podido gritar. Habían andado durante un tiempo que le pareció eterno y la había subido a un vehículo. Por el ruido, Elsita imaginó una camioneta, como la de su papá, pero más ruinosa.

No pudo evitar que le saltasen algunas lágrimas. ¡Qué estúpida había sido! Lo único que había querido era asustar a Esteban, buscar algo que lo avergonzara, que lo pusiera en evidencia. ¡Y había terminado poniéndose en manos del asesino! ¿Quién era? A juzgar por su voz, una mujer... Tenía voz aniñada... ¿Sería...? No. Imposible. No sería capaz de hacerle daño...

* * *

—Tengo que volver a la Comisaría —señaló Salcedo—. Hay novedades del puerto. Y Spaciutto quiere hablar conmigo —agregó, mirando interrogativamente a Del Barco—. ¿Novedades para contarle?

—Ya estamos a punto de atraparlo... O atraparla —respondió ella—, ¿verdad, Galo?

—Así es.

Salcedo miró a uno y a otro, alternadamente.

—Bien. Con Romero de baja por estos días, andamos bastante justos de personal..., te agradezco la ayuda, Cienfuegos. —Palmeó ligeramente al actor y se retiró.

—Yo creo que el panorama está aclarándose... —dijo la inspectora, convencida—. ¿A quién mirás con tanto interés?

Cienfuegos observaba a Mateo que, aislado, parecía buscar ansiosamente a alguien.

—Aquel enfermero se llama Mateo... —explicó con voz lenta—. Creo que está buscando a Rosamund. Y me parece que ella no está aquí. Era novio de Elsita.

—¿Rosamund? ¿Quién es Rosamund? ¿Qué tiene que ver que haya sido novio de Elsita? —se asombró Ana—. Me perdí.

—Sí, claro —repuso Cienfuegos, vagamente—. Es una idea mía. ¿Nos vamos? Tengo hambre.

—Sí. Yo también tengo hambre, pero me parece que vamos a ir a buscar a Elsita, primero. No anduvo por acá esta mañana, ¿no te resulta raro?

—Estará en el hotel; alguien tendría que quedarse, supongo.

—Tal vez. ¿Y Esteban? ¿Lo viste?

—No.

—Bueno, andando, vamos. Primero busquemos a esos dos; si están bien, nos vamos a almorzar, yo invito. Pero si no los encontramos, olvidate de la comida por ahora.

* * *

Elsita seguía intentando deshacerse de las ligaduras, el forcejeo le hacía sangrar las muñecas; el dolor en las piernas era insoportable, no podía moverlas. Sus tobillos también estaban atados con firmeza. Le habían quitado la bolsa de la cabeza, pero la habitación, en penumbras, no le permitía distinguir demasiado.

La puerta se abrió y alguien, que sonreía con coquetería infantil, entró, distinguía sus dientes, blancos. Traía una bandeja plástica que apoyó sobre la mesa ubicada en un costado. Luego tomó un cúter y se acercó, con movimientos gatunos, hasta la prisionera, que la miraba con furia, pero también con miedo.

La captora siguió sonriendo, cortó la cinta que le aprisionaba la boca y le quitó el pañuelo con brusquedad. Tiró ambos a un lado y los

pateó hacia un rincón. Se agachó hasta quedar justo delante del rostro de su presa; cruzó los labios con su índice izquierdo.

—Shhh —susurró, amenazante, apoyando, en la mejilla, el filo del cúter—. No hagas el menor ruido o te corto la cara.

Con una risita burlona, tomó la bandeja y, tras colocar una silla, se sentó, cruzando las piernas. Era una mujer.

—Ahora vamos a comer —sentenció.

—No me gusta el sushi —balbuceó Elsita, mientras intentaba reconocerla en la penumbra de la habitación. Sus propias lágrimas y el cabello pegoteado en la cara no la ayudaban demasiado.

Su captora frunció los labios y bajó teatralmente, la cabeza.

—¡Ah! —exclamó en voz baja—. ¡A la puta no le gusta la comida! ¡Pues te la vas a comer igual! —gritó, con un chillido que la estremeció. Luego volvió a bajar el tono de voz y tomó unos palillos con delicadeza, levantando un roll, que le acercó—. ¡A mí me encanta el sushi...! —Elsita abrió la boca, obediente y temerosa—. Yo soy una princesa, ¿sabés?

La cortina azul de la ventana bailoteó, ligeramente con la brisa, iluminando una porción de su rostro.

—¡Sos vos! —exclamó Elsita con la boca llena.

Una carcajada aguda resonó en el cuarto.

—¡Por supuesto que soy yo! —. Tomó un roll y lo engulló con satisfacción—. ¡Delicioso!

—¿Por qué hacés esto?

—¿Por qué hago qué? ¿Sacar del medio a la gente que me caga la vida? ¡Por eso! ¡Porque estoy harta! ¡Harta de que me caguen la vida! ¡Harta! —Se puso de pie, dejó la bandeja sobre la mesa y comenzó a caminar de un lado al otro. De pronto se detuvo con los brazos en jarra, y la miró—. ¿Por qué me ponés nerviosa? Yo estaba tranquila; íbamos a almorzar juntas, tranquilamente. ¡Y vas, y me ponés nerviosa!

Inspiró profundamente, exhaló dos o tres veces, mientras su cautiva la observaba, asustada.

Se sentó, tomó la bandeja, los palillos y la miró seriamente.

—Ahora vamos a terminar de comer.

# 20

Salcedo no esperaba encontrar al mismísimo comisario general Dante Spaciutto dentro de su oficina. Pero allí estaba, con su enorme figura, de pie, con las manos tomadas en la espalda, observando el jardín desde la ventana. Volteó al escuchar que la puerta se abría.

—¡Buenos días, mi comisario general! —exclamó, respetuosamente.

Sin inmutarse, Spaciutto lo miró de arriba a abajo.

—Buenos días —respondió, caminando hacia él. Quedaron frente a frente. Se miraron con fiereza. Luego sonrieron y se fundieron en un caluroso abrazo, en medio de estruendosas carcajadas.

—¡Benito! —dijo Spaciutto—. Te seguís llamando Benito, ¿no?

Salcedo asintió resignado. Su nombre de pila había sido objeto de burla durante toda su vida. Nunca le había molestado demasiado, a él le gustaba su nombre.

—Vamos —dijo el superior—. Tenemos que hablar de dos o tres asuntos mientras almorzamos. Yo invito. Pero tiene que ser ya. En un rato tengo que estar de regreso en San Jerónimo.

Optaron por ir hasta un pequeño restaurante, cercano a la playa. Se ubicaron en una mesa contra los ventanales

—¿Cómo está el tema de los asesinatos? —preguntó el comisario general, levantando apenas la vista del menú.

—Ya casi estamos —respondió Salcedo rogando a todos sus santos que fuera cierto, el único aval que tenía era la palabra de Ana del Barco—. Tengo a mi mejor inspectora trabajando en ello —continuó—. Y le hemos pedido a un asesor que reemplace momentáneamente al oficial Romero...

El comisario general cerró el menú, lo apoyó sobre la mesa y se acodó, con una sonrisa socarrona.

—¿En serio? ¿Un asesor? ¿Galo Cienfuegos? ¿Un actor?

—Yo lo conozco —intentó explicarse Salcedo—. Y es amigo de Ana. Es bueno investigando. Entre los dos están a punto de resolverlo... ¡Te lo aseguro!

Spaciutto se quedó viéndolo por varios segundos, sin decir palabra.

—Está bien —concedió finalmente, mientras llamaba al camarero con una seña—. Si para el lunes a las ocho de la mañana no tengo al asesino entre rejas, al mediodía tenés un nuevo inspector que se hará cargo de todo. Y Del Barco lo va a ayudar. ¿Tu mejor inspectora? —largó otra risotada que hizo que molestó a Salcedo, pero no dijo nada—. De todos modos —continuó el superior—, para esta

tarde, a última hora quiero un informe completo de lo efectuado hasta ahora. Pasamelo por fax, o por mail. Pero que sea hoy mismo. —Salcedo asintió. El camarero se acercó y ordenaron el almuerzo—. Puerto. Contame cómo va eso —finalizó Spaciutto.

—Todo bajo control. Tenemos fotografías, grabaciones, escuchas y dos testigos, que están colaborando y dispuestos a declarar en contra del cabecilla. El viernes, Dios mediante, Modigliani queda expuesto y es nuestro. Hay un envío que atraca al mediodía y ahí vamos a estar, con toda la caballería.

—Perfecto. Tercer punto: Sabrás que falleció Romero, el comisario de la primera.

—Sí, por supuesto; era el papá del oficial Romero.

—Sí... Ya sé quién es... —La mirada del superior se ensombreció. El comisario lo atribuyó a la tristeza por la pérdida del compañero—. El caso es —continuó Spaciutto— que me queda una comisaría acéfala. Y si no me equivoco, vos querías volver a San Jerónimo, ¿es así?

—Sí. Yo..., no sé... ¿A quién vas a poner acá?

—A cualquiera. Este es un pueblo tranquilo, nunca pasa nada, estas muertes son una rara excepción, dudo que se vuelva a repetir algo así... Tal vez podría ascender a Mercado, o a Triglio que están a la espera desde hace un tiempo.

—¿Lo puedo pensar?

—No. El comisario Romero ya se murió. Tengo que cubrir ese puesto ahora.

—Pero supongo que me vas a dejar cerrar mis casos primero.

—No puedo, Salcedo. Igual no te preocupes. ¿No me decís que está todo listo para resolverse este fin de semana? Si es así, los créditos serán tuyos. Si hay demoras, no.

* * *

Elsita no podía tragar un solo bocado más. Estaba a punto de vomitar. Su captora la miró con una sonrisa triunfal, mientras le limpiaba la boca con un pañuelo de papel.

—Mi mamá nunca me entendió —se quejó—. ¡Borracha de mierda! Era una basura, ¿sabés? Adicta a lo que fuera... ¡Menos a mí, claro! Mi papá era el único que me entendía... —Tomó otro roll con los palillos y la forzó a seguir comiendo. Luego engulló ella misma, uno más—. ¡No conseguí teriyaki! ¿Te gusta el teriyaki? ¡Es mi preferida! Mi papá me compraba sushi cada vez que podía... Éramos muy pobres, ¿sabés? Y me traía teriyaki... Solíamos comer juntos, mirando la tele...

—¿Dónde están tu papá y tu mamá? —preguntó, tosiendo desaforadamente para no atragantarse.

—¿Querés agua? Ahora te doy. —Salió suavemente de la habitación.

«¿Dónde estoy?», se preguntó Elsita.

Su captora regresó con un vaso con agua, lo apoyó en sus labios y, lentamente, la ayudó a beber.

—Te entiendo —dijo, en tono cómplice—. Esto da mucha sed. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Me preguntaste por mis viejos... Están muertos. —Levantó los hombros, y una sombra de tristeza destelló en sus ojos—. Mi papá estuvo enfermo mucho tiempo... yo lo cuidé. Adoraba a mi papá. —Dejó el plato con lo que quedaba de comida y se sentó, haciéndose un ovillo con las piernas entre los brazos; gimió amargamente, como una criatura pequeña—. Mi papá me dio todos los gustos... Me hizo un trono, porque yo era su princesa... Y una carroza... Porque las princesas andan en carrozas, ¿sabías vos?

Elsita asintió con la cabeza.

—A mi mamá la maté —continuó, con voz entrecortada—. ¡Por hija de puta! No se merecía vivir.

La miró, espantada. ¿Qué clase de locura...? Había reconocido a quien tenía enfrente, pero le costaba aceptarlo. Indudablemente, no era la misma persona con la que trabajaba día a día desde hacía tanto tiempo. Un miedo cerval la enmudeció.

* * *

Ana giró el pomo de la puerta, pero ésta no abrió. Retrocedió dos pasos y miró hacia arriba.

—«Cerrado por duelo. Abrimos a las doce del mediodía» —leyó —. Este cartel lo deben haber puesto Elsita, Elena o Esteban. ¿Pero, dónde están estos chicos?

—Tal vez adentro, limpiando o algo —señaló Cienfuegos, que se agachó y miró por el ojo de la cerradura—. La llave está ahí —dijo. Tocó el timbre y esperaron. Volvieron a tocar, Ana golpeó varias veces, con la palma abierta—. Es rarísimo que no asistieran al funeral, tengo entendido que querían mucho a la señora Inés.

Luego de mirar por ambas calles, Del Barco fue hasta el auto y llamó por radio a la comisaría. Del otro lado, alguien le dijo que Salcedo no estaba; pidió entonces, que lo localizaran, necesitaba urgente una orden de allanamiento para el hotel.

—No hay tiempo para esperar la orden —aseguró, mirando a Galo.

—Elena nos autorizó a entrar —comentó éste.

—¿Cuándo?

Galo revoleó los ojos, con un suspiro.

—¡En el cementerio, Anita!

Se miraron, cómplices. Elena querría proteger, por sobre todas

las cosas, a los jóvenes. Poco le importaría si, para ello, le rompían la puerta.

La inspectora, que aún se encontraba apoyada en el auto, fue hasta el baúl y sacó una gruesa palanca de hierro con la punta plana, algo curva.

—Tenés razón, yo escuché a Elena decir que nos autorizaba. —Metió la barra por el intersticio, a la altura de la cerradura y luego de unos minutos, entre los dos, lograron abrirla.

—¡Elsa! ¡Esteban! —gritaron. Nadie respondió.

Una vez que se aseguraron de que la planta baja se encontraba desierta, subieron corriendo por la escalera, hasta el primer piso.

Ana dio un repaso rápido a las habitaciones, la cocina y el comedor, mientras Galo, siguiendo un impulso, siguió hasta la azotea. La puerta de acceso estaba abierta, al igual que la de la habitación de Esteban. Instintivamente miró la maceta de tres patas. Los andariveles estaban atados a ellas.

—¡Ana! —gritó. La inspectora subió rápidamente. Miraron hacia abajo, recorriendo con la vista, el paisaje.

—Pudieron haber ido a cualquier sitio —sentenció ella.

Cienfuegos asintió, pensativo.

* * *

Elsita creyó reconocer el vaso plástico en el que su captora le daba el agua para beber, tenía el borde rojo, como los que usaban en el Mantra. Los de El Ángel tenían borde azul.

La chica aún se encontraba ovillada sobre la silla, meciéndose y lloriqueando. Elsita la observó con cierta pena, aunque también con miedo; se había dado cuenta de que era la misma del identikit: Belén.

Entonces lo comprendió todo y el terror se apoderó de ella. La policía, Cienfuegos, todos... ¡Estaban tan equivocados! Miró a su alrededor, la ruinosa habitación en penumbras era más grande de lo que le había parecido en el primer momento. ¿Estarían en uno de los galpones del Mantra? Forcejeó tanto como pudo, pero el dolor en las muñecas y los brazos era insoportable.

Belén se recompuso, de pronto, y se levantó de un salto. Se limpió las lágrimas de las mejillas y, con una servilleta de papel, repasó cuidadosamente sus párpados inferiores, cuidando de no correr su maquillaje, Elsita apenas alcanzaba a ver sus facciones, en ráfagas, cuando la cortina azul se movía con el aire. La vio sonreír ligeramente. Y tomar, con sus dedos largos y temblorosos, el cúter amarillo.

—¡No me mates! —imploró, llorando.

—No puedo no hacerlo —respondió Belén en voz muy baja y llorosa—. No quiero... pero me descubriste....

—¡No puedo morirme sin saber por qué lo hiciste, por qué me mentiste durante tanto tiempo, por qué no confiaste en mí! ¡Éramos amigos! —Lloraba tan lastimosamente que Belén sintió pena. Era cierto. Habían sido buenos amigos—. ¡Me di cuenta el sábado de quién eras...! —siguió la prisionera—. Y no dije nada, ¿no viste que no dije nada? —En efecto, se había dado cuenta quién era, pero nunca imaginó que también fuese la horrible Belén.

—¡Porque fuiste muy estúpida! —gritó la asesina—. ¡Fuiste tan patéticamente estúpida! ¡Creíste que podías vengarte de mí porque te robé a Mateo! —Suspiró hondamente—. ¡Te equivocaste! Fuiste a buscar a Rosamund y te encontraste conmigo ¿Sabías que Rosamund me quiere matar? —preguntó, mientras acariciaba su propio mentón con el filo del cúter.

Elsita no pudo evitar un grito de espanto, estaba frente a un ser desquiciado; nada podía hacer para escapar, se ahogaba.

Belén la miró con cierta ternura dolorosa, mientras caminaba con lentitud, hacia la puerta.

—¿Vos creés que Mateo me va a aceptar? —preguntó, volviendo a su voz infantil, ladeando la cabeza.

—¡Claro que te va a aceptar! —Elsita hacía un tremendo esfuerzo para hablar sin que le temblara la voz—. ¡Sos hermosa! ¿Cómo no te va a aceptar?

Belén suspiró nuevamente y levantó la cabeza, mirándola, altiva.

—La gente no suele aceptarme —Su voz se había endurecido—. Y menos los hombres. Bueno, creo que las mujeres tampoco.

—¡Yo sí! Yo siempre fui buena con vos. Fui tu amiga... ¡Siempre!

—¡Eso no es cierto! ¡Querías vengarte de mí porque Mateo me prefirió!

—¡No! Yo no quería vengarme de vos... ¡Quería vengarme de Esteban! Por mentirme, por no haber confiado en mí...

Belén levantó el cúter, amenazante. Sus ojos se tornaron violentos. Rojo. Todo se había vuelto rojo. Belén tenía que irse. Rosamund quería matarla. «Mateo quiere a Rosamund». Todo estaba rojo. Elsita lloraba lágrimas rojas. Su ropa estaba roja también.

Belén iba a irse. Él no quería hacerle daño. No había querido tomar la pastilla. Quería agarrarla de un brazo y sacarla de allí. «Pero, ¿cómo? ¿Cómo protegerla? ¿Cómo cuidarla? Belén no va a irse. No puedo permitirlo. Rosamund la quiere matar».

—Me tengo que ir, como en la estación de tren... «¡Todo está tan lejano ahora!». —Belén se agarró la cabeza con ambas manos—. Me tengo que ir —repitió sonriendo, con la mirada perdida, meciéndose hacia atrás y adelante—. Voy a subirme a mi carroza y me

voy a ir muy lejos..., a mi reino....

La habitación daba vueltas y era roja. Belén iba a irse. Era Elsita la que estaba en la silla. «Él no quiere hacerle daño. No quiere dañarla». Levantó el cúter y se acercó a la silla.

Un grito desgarrador atravesó el mediodía.

—¡Esteban!

El cuerpo comenzó a desangrarse. Todo estaba rojo. Belén se había ido. «Mi pobre nenita...».

# 21

La mayor parte de las casas linderas estaban vacías. Los habitantes de Canalejas se habían volcado a la playa o estaban en sus trabajos. Ana y Galo treparon por algunas rejas hasta llegar al terreno hacia donde se deslizaban los andariveles.

—Uno cayó por acá —dijo Del Barco, mirando las marcas en el piso de tierra. Mirá, el otro lo arrastró...

—Probablemente Esteban arrastró a Elsita —agregó Cienfuegos —, es más fuerte que ella, seguramente siguieron para allá. ¿Qué hay allá?

—Galpones. ¿Esteban?

—Están juntos, eso es seguro.

Ana suspiró. —Sí. Yo también lo creo. Saben quién es Belén.

—Es uno de ellos —afirmó Galo.

La inspectora abrió grandes los ojos. Había evaluado esa teoría y la había descartado.

—El Mantra tiene los galpones para guardar su mercadería allá —señaló—. Supongo que también guardarán los insumos de El Ángel. Tenemos que apurarnos, amigo. Espero que no lleguemos tarde.

Un grito desgarrador se escuchó en las cercanías.

—¡Allá! —Cienfuegos señaló hacia el frente. Ana desenfundó el arma y empezaron a correr.

* * *

Los huéspedes se encontraban reunidos en la sala de espera del hospital, azorados y confundidos. La señora Elena lloraba sin parar, en los brazos de Armando Rogelio, que tenía los ojos húmedos, igual que el señor Cáceres.

—Estaba loco desde chiquito —murmuró Daniela Rivas, con los brazos cruzados.

—Usted lo reconoció, ¿verdad? —preguntó Salcedo, de pie junto a ella.

—No enseguida. Me di cuenta cuando lo vi con la venda en la cabeza, después del accidente con la bicicleta. Era la misma carita que tenía cuando era chico, o chica. En aquel entonces era solo Belén.

—Pero ¿no sabían que era un chico? —preguntó su marido.

—¿De chiquito? Lo sospechábamos. Supuse que por eso su padre no lo mandaba a la escuela, los demás se burlarían de él... Nunca pregunté nada —reconoció, encogiendo los hombros.

Marcos la miró con desprecio.

—A mí me pasó igual —comentó Cienfuegos—. Cuando lo vi

con la venda me resultó familiar, aunque tardé más en relacionarlo porque sólo lo había visto una vez, en casa de Corina Fuentes.

—Su madre —apuntó Salcedo, con voz queda.

—Su madre, sí. Su primer asesinato.

—Pero... ¿Por qué nadie dijo nada? —preguntó el señor Míguez, que había permanecido en silencio—. ¡Tal vez se podría haber evitado tanta tragedia!

Ana del Barco bajó la cabeza.

—Fue todo muy rápido, ayer se hizo el identikit, apenas comenzábamos a conectar los hechos... De todos modos, creo que no lo hicimos tan mal. Llegamos a tiempo, esta última vez...

—¿Qué va a pasar con él? —volvió a preguntar Míguez.

—Lo decidirá el juez. Supongo que una vez recuperado, será internado en algún neuropsiquiátrico.

—Ya pueden pasar, inspectora —dijo una enfermera, asomándose por la puerta vaivén.

El doctor Spagna se acercó y les habló en voz muy baja.

—Por suerte el corte fue bastante superficial, se va a reponer rápido... Su psiquis ya es otra cosa, lo decidirán los psiquiatras.

—Gracias.

* * *

—Sabía que usted me iba a traer problemas —reprochó Esteban en cuanto se acercaron a él. Esposado a los barrotes laterales de la cama, miraba a Cienfuegos con una profunda tristeza. Lo habían sedado y un vendaje le rodeaba, esta vez, el cuello.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó el ex actor, con el rostro contraído de pena.

—¿Cuál de todas las cosas que hice?

—Todo... Matar a tu mamá, en principio...

—Era tu amiga, ¿no? —Sonrió—. Deberías saberlo.

—No. No lo sé.

Acercó una silla y se sentó junto a la cama. El chico sonrió apenas.

—¿No te contó que nos abandonó? ¿A mi papá y a mí, tu maravillosa amiga, la «actriz»? ¡Porque le salió un hijo puto! ¡No podía darse el lujo de tener un hijo maricón! ¿Cómo iba a ascender en su carrera con un hijo puto? No... La borracha de mierda le echó la culpa a mi papá... ¡Pobre viejo! ¡Fue el único en la vida que me aceptó como soy!

El muchacho hizo un esfuerzo por no llorar. Galo también. Sacudió la cabeza y preguntó si podían traerle un vaso con agua. Uno de los agentes fue a buscarlo.

—Hace unos años, cuando me viste en su casa —continuó el

joven— había ido a pedirle, a rogarle, que ayudara a mi papá, porque se estaba muriendo y no teníamos plata. Vivíamos de lo que hacía en el taller y, como no podía trabajar mucho, no teníamos un centavo... ¿Sabés qué me contestó? ¡Que saliera a venderme! ¡Eso me dijo la infeliz! «Si querés plata, andá a vender el culo, como hacen todos los que son como vos!» —Se detuvo un instante y continuó, con voz cansada—: ¿Cómo no iba a matarla? ¿Se merece vivir una mujer así? ¡Mi viejo murió como un perro, en un hospital de mala muerte, porque la hija de puta no fue capaz de darnos una mano...! Te juro que no me arrepentí ni por un momento de lo que hice

El agente sostuvo el vaso mientras Esteban bebía con una bombilla de plástico. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban desde su frente, barriendo los restos de maquillaje que aún le quedaba. Cienfuegos tuvo ganas de llorar, de abrazar a ese muchachito que ahora parecía tan endeble, tan frágil... Había conocido a Corina, se había dedicado a beber con ella muchas, muchísimas veces. ¿Cómo imaginar, siquiera, la sordidez de la historia tras ella?

—¿Qué es todo eso del sushi? —preguntó Ana, que había permanecido de pie junto a ellos.

Esteban sonrió débilmente, haciendo un gesto de dolor, al intentar moverse.

—Probé el sushi una vez, cuando fuimos a comer a la casa de una actriz, conocida de la innombrable; yo era chiquito... ¡Fue la comida más deliciosa que había probado en mi vida! Cuando volvimos a casa le dije a mi papá y a la estúpida, que quería volver a comerlo, pregunté por qué en casa no comíamos esas cosas. Mi vieja, que estaba borracha, obvio, me recagó a trompadas y me contestó que «eso» era comida de ricos y nosotros éramos pobres, gracias al inútil de mi papá. Así lo llamó: inútil. ¡A mi viejo, que era el único que laburaba! Porque ella, lo único que hacía, era tratar de llamar la atención, a ver si alguien la contrataba para algún programa de televisión o alguna obra de teatro. ¡Pobre idiota! No tenía talento ni para cantar el arrorró. —Hizo una larga pausa—. Así que cuando fui a matarla... Porque no fue un arrebato ni una discusión, ¿eh?, fui especialmente a matarla —continuó, masticando su rabia—, me di el gusto de hacerle tragar el sushi que yo misma había comprado. Mi papá ya se había muerto y, por supuesto, no tenía un peso, así que, ¿sabés como lo compré? ¡Vendiéndome! Tal como lo había sugerido mi ignorante y asquerosa madre...

—¿Y Adriana Schiavone? ¿Fabián? ¿Inés? ¿Carolina? ¿Era necesario todo eso?

—No tengo idea si era necesario o no... Ahora que lo pienso... Sí. Claro que fue necesario —las lágrimas rodaban copiosamente hacia las sienes del muchacho—. Adriana se me puso en el camino cuando le

quité a Fabián, que ni su novio era, pero bueno, el flaco le hacía el verso... Me la saqué de encima. ¡Me siguió hasta Canalejas, la muy zorra! Me llamó «pobre pibe». Por eso la llené de sushi a ella también. Porque a mí nadie me dice «pobre» aunque lo sea. ¡Yo soy una princesa! Siempre me lo decía mi papá... Y después Fabián... El pobre idiota había esperado más de media hora que llegara el tren, me había visto una vez en el pub, hablamos un par de palabras y ya se me quería venir a Canalejas. ¡Nadie podía venir acá! El boludo había estado saliendo con Adriana, pero cuando me conoció..., no sé, se enamoró. Claro que no sabía que Belén también era Esteban..., hacía falta más tiempo para decírselo... apenas nos habíamos besado una vez.... Habíamos quedado en encontrarnos en la estación... —Su voz comenzó a sonar más aguda, con tintes infantiles—. Yo estaba nerviosa porque había matado a la imbécil de Adriana... Me gustaba Fabián. Y habría tenido una buena relación con ella, pero la tarada se puso insolente y prejuiciosa. Cuando me dijo «puto de mierda» no la toleré más. ¿Quién se cree que es? No la toleré más, pero no se lo dije. La llevé a la calesita, para mostrarle dónde jugaba cuando era chiquita... y nada, le apreté la garganta con una soga hasta que dejó de respirar, después me llevé su ropa, era de mi misma talla y era cara... —Sonrió con picardía—. Y tampoco toleré más a Fabián. ¡Los dos eran tan hipócritas! Ella por venir a criticarme, y él por hacerse el enamorado, jugando a dos puntas ¡Hijos de puta! —gritó, con su voz original—. ¡Igual que la puta que me parió, que le metía los cuernos a mi viejo con el primero que le prometía meterla en alguna mugrosa novela! —Esteban suspiró con dificultad, por momentos parecía que se quedaría dormido. El médico se acercó, pero él levantó la mano. Necesitaba soltar todo aquello—. Ya cuando lo vi en la estación, supe que iba a terminar mal —continuó al fin—. Estaba nerviosa. Pedí un helado de vainilla y chocolate. «No tendrías que haber venido», me dije por dentro... ¿O lo dijo mi voz interior? ¿O soy yo la voz interior de otra persona? —Esteban hablaba lentamente, en voz baja, con los ojos entrecerrados—. Tuve miedo. Yo soy Belén y quería seguir siéndolo. Me encanta ser Belén, pero tenía miedo. Estaba furioso conmigo por estar furioso con Belén... ¡Había matado a Adriana! No podía disfrutar de ser Belén otra vez, como cuando vivía mi papá. Lo que había hecho antes me perturbaba. No había sido mi primera vez, claro. Pero aquella otra, cuando maté a la bastarda que me parió, me había prometido no volver a hacerlo jamás. No quise tomar la pastilla delante de ella, no con Belén ahí, mirándome... ¿Qué hubiera dicho papá? Tenía que cambiarme primero, para poder medicarme. —Ana y Galo se miraron. Una profunda tristeza se coló entre ambos—. Fabián me miraba extrañado —siguió murmurando el joven—, «¿qué le pasa a esta chica?», habrá pensado... Yo me di cuenta que transpiraba...

Leo... Leo estaba a punto de salir a la luz. No podía permitirlo. «Tengo que irme, otro día nos vemos», le dije. Fabián me acompañó al andén. —Se agitó levemente—. Yo transpiraba y veía todo rojo. Leonardo apareció..., cerró los puños. El pitido del tren nos aturdió, el tren se acercaba. ¡Belén iba a irse! Tenía que irse —sollozó—. Leo quería que se fuera... El tren estaba tan rojo... Fabián lo miraba, la miraba, no comprendía. El andén era rojo. Sólo bastó un empujón. Y Fabián ya no estaba. Me sentí mal por Adriana, él le había metido los cuernos conmigo y no le importaba a nadie, ¿entendés? Pensé que Fabián no se merecía saber que Adriana estaba muerta. Vino el tren y lo empujé... fue tan fácil...

» Inés... bueno... —prosiguió—, había conocido a mi mamá, ella le dio el estúpido alhajero que encontró tu policía, Romero. La vieja sabía quién era yo. De hecho, ella fue quien me dijo que fuera a vivir al hotel cuando murió mi papá. Y fui... ¿Cómo no iba a ir, si no tenía dónde más estar? Estaba todo bien, hablábamos mucho... Hasta que me empezó a sermonear cuando me vio vestida de mujer, saliendo de noche... ¡Ahí se pudrió todo! Fue tan fácil deshacerme de ella.... Estaba viejita, la pobre.

» Y la Hortiguera me vio en El Ángel, y me reconoció. La perra había ido a tomar un trago antes de hacer su numerito de striptease en El Mantra. ¡Flor de puta, ésa también! Se me hizo la viva tratando de asustarme... les iba a contar a los alemanes que yo era... bueno, yo. Y como los alemanes llevan y traen chicas..., me dijo que le pagarían bien por la información. Parece que pagan bien por un puto, y más si le gusta vestirse de mujer...

Suspiró y tosió brevemente.

—Y ya está. Se me terminaron los muertos—agregó.

—¿Y Elsita?

—No pude matarla... Ella supo que yo era yo, cuando me vio con Mateo en el Mantra... —el chico comenzó a llorar otra vez—. Mateo tampoco me va a querer cuando sepa que no soy tan mujer como cree.

—¿Por eso te quisiste matar? ¿Porque Mateo no va a quererte?

—¡Es que nadie puede quererme...! Nunca me quiso nadie, más que mi papá... y él ya no está..., me hizo una carroza... Yo quería ir a pasear en mi carroza...

El joven cerró los ojos, los calmantes habían hecho el efecto esperado y se durmió. Su rostro sereno sonrió brevemente.

* * *

—Antonio lo cuidó muchísimo. Fue el único que lo comprendió —contaba Ana del Barco; Elena no paraba de lloriquear.

—Pero entonces, ¿no se llama Esteban?

—No, su verdadero nombre es Leonardo Molina; hijo de Antonio Molina, el mecánico que estaba en el terreno lindante al de la calesita... ¿Se acuerda?

—Sí, el que tenía la nena

—Claro, pero era Esteban. Leonardo, en realidad.

—¡Dios mío! —la señora Elena se tomó la cabeza con ambas manos.

—Cuando Antonio se enfermó, Leonardo lo llevó a San Jerónimo y allí estuvo internado por más de un año; después que murió, el chico anduvo sin rumbo... Regresó algunos años más tarde haciéndose llamar Esteban, y bueno... el resto ya lo sabe...

—Pero, ¿por qué?

—Porque sufrió demasiado y se quedó muy solo... Su psiquis se quebró. Cuando falleció su papá se sintió absolutamente solo, desamparado.

—Pero no entiendo... ¡Acá lo queremos mucho!

—Lamentablemente —señaló Cienfuegos— el amor de los padres durante la niñez, es irreemplazable. Cuando un niño carece de él, crece con el alma dañada y hace falta mucha fortaleza para recomponerla. No existe otro amor capaz de suplirlo. Pero hace falta mucho amor y mucha paciencia para aprender a convivir con esa carencia tan primaria y tan fundamental en la vida.

# Epílogo

El sábado había amanecido lloviznoso y gris. «Día ideal para sepultar a los muertos», pensó Spaciutto mientras se miraba en el espejo de su dormitorio. Estaba impecable con su uniforme de gala. Y triste. No había muchas cosas en la vida que lo colocaran en ese estado; la absurda muerte de un compañero era una de ellas. Como jefe de la policía tendría que hacer los honores en el funeral del comisario Romero.

Cuando llegó al cementerio, se asombró al ver la cantidad de personas que habían acudido. Hacia la izquierda estaba la doliente viuda y su hijo, Facundo. Junto a ellos, su propio hijo, Joaquín, que lo observaba discretamente.

Dante Spaciutto saludó a los concurrentes, conocía a la mayoría. Los compañeros del difunto lo saludaron desde la formación y él les correspondió.

Se acercó a la familia, Leonora Romero lo abrazó y le agradeció que estuviese allí. Facundo hizo la venia, le ordenó que descanse y luego lo tomó por los hombros, apartándolo de los demás, también le hizo una seña a su hijo, para que se acercara.

Caminaron con pasos lentos a través del césped impoluto.

—Romero —dijo—, su padre ha sido un gran orgullo para esta fuerza.

—Muchas gracias, señor.

El superior carraspeó ligeramente.

—Tengo entendido que usted había discutido con él, en los últimos días.

Facundo no dijo palabra, se limitó a mirar hacia el césped. Joaquín miró a su padre con reproche, éste le respondió con una mueca que pretendió ser sonrisa.

—El infarto que tuvo su padre no fue su culpa —prosiguió el comisario general—, créame. Después de su altercado, había conversado conmigo; estaba calmado a pesar de..., bueno, lo acalorada de la discusión. —Tomó aire y continuó—: El caso es que luego tuvimos un enfrentamiento con unas personas en el bar en donde solemos reunirnos. Eso fue el detonante. Su padre y yo, estábamos discutiendo con ellos cuando el pobre cayó al piso, descompuesto.

—¿Vos estabas ahí? —preguntó Joaquín, asombrado.

—Sí. Y quiero que sepa, Facundo, y de paso que lo sepas vos también, hijo, que la discusión se produjo por defenderlos a ustedes... Tu padre, Romero, salió ardorosamente en tu defensa por algo que dijo uno de otra mesa; yo lo secundé, por supuesto, y cuando éstos...

bastardos, se metieron con mi hijo..., bueno, creo que se salió un poco de control. No nos fuimos a las manos ni nada parecido, aunque... discutimos bastante fuerte.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Facundo, desconcertado.

—¿Por qué se le ocurre, oficial? ¡Ustedes esconden su «secreto»! ¿Piensan que nadie lo sabe? ¡Todo el mundo lo sabe! Y hay gente que se cree con derecho a molestarnos con eso. Bueno, la verdad es... que ni al comisario Romero ni a mí nos gustó nunca lidiar con... bueno, con eso que son ustedes.

—Gais —apostilló Joaquín—. Somos gais.

—Exacto. Nunca nos gustó; pero son nuestros hijos. Y no vamos a renegar de ustedes por eso.

—Mi padre —dijo Facundo, masticando las lágrimas— me dijo cosas muy duras.

—¡Por supuesto! ¡Era un hombre temperamental! ¿Qué esperaba? Pero también lo amaba con todo su corazón, oficial. No lo olvide nunca. Y ahora, vamos a darle la sepultura que se merece.

Miró de costado a su hijo y lo palmeó en la cara, suavemente.

—Yo te amo, mi querido y, aunque en su momento no te haya comprendido, hoy lo intento. Y estoy muy orgulloso de vos.

—Gracias, papá —repuso el muchacho, emocionado.

—Aunque no hayas querido ser policía —finalizó con una sonrisa.

* * *

Los hermanos Scull habían sido detenidos el viernes anterior, junto a Héctor Modigliani, bajo los cargos de tráfico de personas y venta y distribución de estupefacientes por toda la costa argentina. Un modesto buque pesquero había arribado sin grandilocuencias al puerto para desembarcar algunas cajas, con intención de continuar hasta Uruguay. Cuando la policía lo allanó, se descubrió que, las cajas, contenían grandes cantidades de sustancias prohibidas. En un cuarto escondido, veinticinco jóvenes estaban siendo transportados, en condiciones de hacinamiento, desde Brasil y Paraguay. Benito Salcedo cargó los laureles.

Luego de lo que Leonardo —Esteban— les contó a Del Barco y a Cienfuegos acerca de los dos alemanes, la policía interrogó a algunas de las bailarinas del Mantra, que corroboraron lo dicho por el joven con respecto a la intervención de los hermanos en los negocios de Modigliani; de esta forma se logró que el trato que habían hecho con la policía, quedara sin efecto inmediato.

Los informes infirieron que Modigliani era el dueño de los terrenos en donde se había levantado el taller de Antonio Molina y que, tras la muerte de éste, se había apropiado de todas sus

posesiones. Modigliani le había permitido a Esteban conservar algunas pertenencias en uno de sus depósitos, el más pequeño. En el fondo de éste, había estado cautiva, Elsita. La policía se hallaba buscando evidencias.

—¡Inspectora! —gritó uno de los agentes—. ¡Creo que esto es lo que estaba buscando!

Ana y Galo caminaron hacia el lugar.

Pegada contra la pared del fondo, había una camita, debajo, un baúl de color azul, dentro del cual encontraron la peluca negra de Rosamund, maquillajes, vestidos y una fotografía.

—¿Por qué Rosamund? —preguntó Ana, desconcertada.

—Porque era el único ser bueno que le quedaba... Leonardo era un cobarde; Esteban, un mentiroso; Belén, una princesa, pero también una asesina. Necesitaba imperiosamente ser alguien bueno, como su papá.

Hacia la derecha, una lona verde cubría algo bastante grande. Con la autorización de Del Barco, uno de los agentes tiró de la tela y ésta cayó blandamente sobre el piso de cemento, dejando ver su tesoro.

Los ojos de Cienfuegos se llenaron de lágrimas, la inspectora contuvo el aliento.

Una delicada estructura de hierro, pintada de blanco, se levantaba, majestuosa, ante ellos. Las cuatro ruedas estaban revestidas con cintas plásticas de colores brillantes, que formaban guirnaldas. En el asiento, un almohadón de raso rojo invitaba a sentarse, el manubrio estaba pintado con *glitters* y brillaba con la luz del sol que entraba por el portón levantado. Galo se acercó despacio y miró la parrilla frontal; allí estaba colocada, artísticamente, la manija de una bomba de agua con dos iniciales delicadamente grabadas: A y B.

—Antonio y Belén —murmuró.

—No es el armatoste que me habían descrito —dijo Del Barco en voz baja.

—Seguramente nunca la vieron terminada...

Ana dio media vuelta y se alejó. Ya no llegaba al funeral del papá de Romero. Pero igual iría a abrazar a su amigo, porque ya lo consideraba su amigo; quería conocerlo mejor, que le contara por qué había visto sus nudillos enrojecidos. «Hay que interesarse por la gente que está a nuestro lado», pensó. Y aunque significara remover los dolores, iría a visitar la tumba de Gerardo. Y tal vez, hasta podría ir a ver a sus chicos... Y a su esposa.

Cienfuegos se quedó unos momentos más frente a la carroza. Cerró los ojos y allí lo vio: un jovencito desgarbado, delgado, alto, casi, casi rubio, con una sonrisa en los labios y una vincha de colores en la cabeza. Un vestido violeta y los labios pintados de fucsia...

Encaramada al único tesoro que había poseído jamás, lo único que la devolvía a los brazos de su papá. Ese objeto en donde Antonio Molina había plasmado su esfuerzo, para protegerla del mundo, donde permanecerían por siempre sus huellas y la invitaría a soñar con su reino perfecto, donde nadie la hiriera. Le dejó su amor en lo único que pudo dejarle. Una carroza blanca para su adorada princesa, Belén.

**Fin**

# Otras obras de la autora

Serie Galo Cienfuegos
2. La cruz de alabastro

Kika
Lo imperdonable

*Este libro fue adquirido a través de la tienda Amazon. Me ayudaría muchísimo que dejaras tu comentario en la plataforma. Desde ya, mi más sincero agradecimiento por haber leído esta historia.*

*Patricia Om*